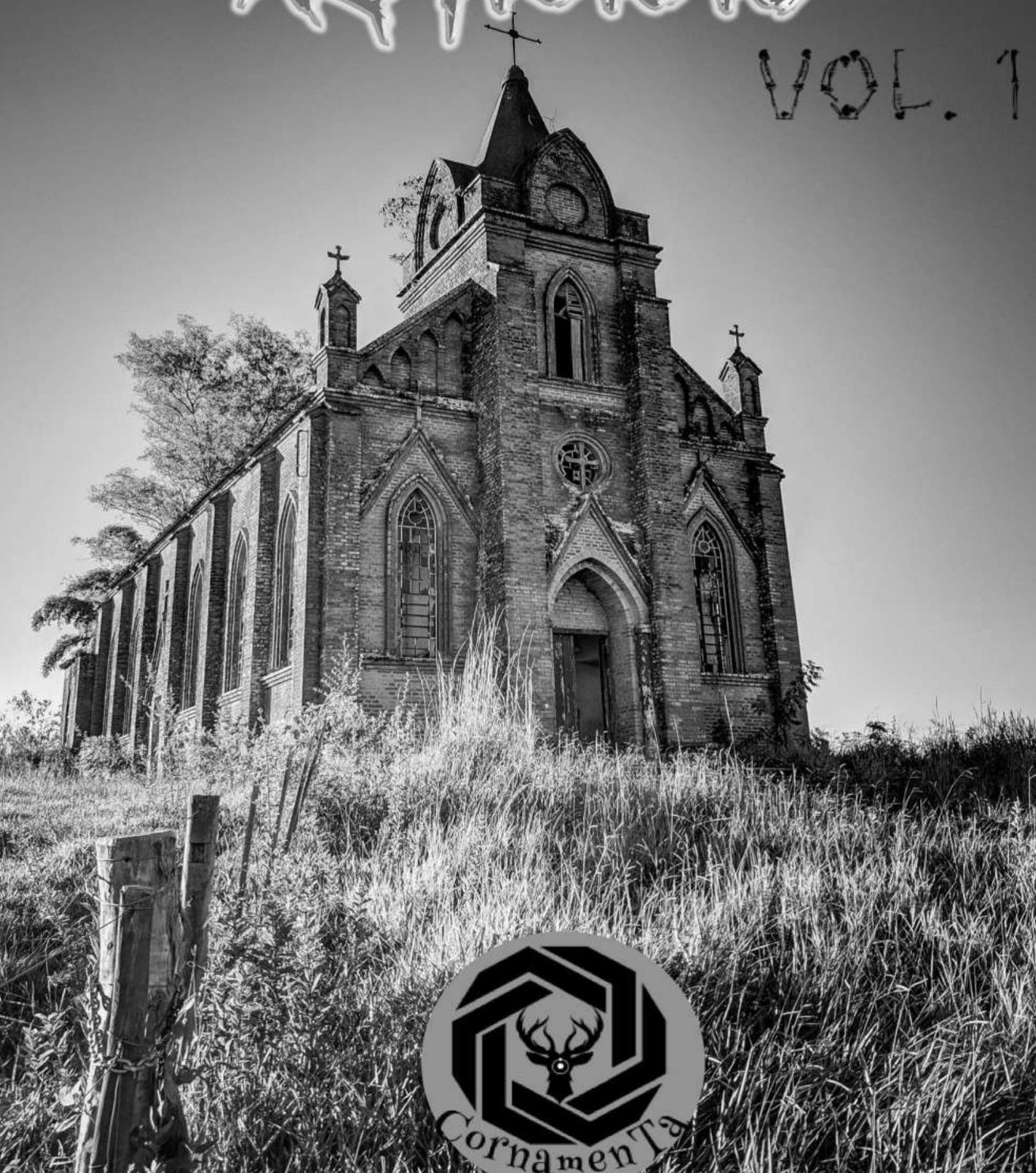


ALMIEDIO

VOL. 1



© Revista Literaria ALMICIDIO

Revista literaria de difusión mensual

DIRECCIÓN:

Alejandro Ramírez Ortiz
Jesús Quinto Celestino

Imágenes:

Portada, contra portada e interior:
@seb.
pexels.com.es

Diseño:

Alhe-Rams

Puede ponerse en contacto con nosotros en la siguiente dirección de correo electrónico:

Cornamentaeditorial@gmail.com

Las obras presentadas son propiedad autoral de sus creadores, o de las instituciones que en su caso detenten los derechos (incluyendo, pero no limitado a texto, logotipos, contenido, fotografías, audio y video), y también están protegidas por las Leyes de Derecho de Autor; la alteración o deformación de una obra, así como su reproducción, exhibición o ejecución pública sin el consentimiento de su autor o del legítimo titular de los derechos correspondientes, es constitutivo de un delito tipificado en la Ley Federal de Derechos de Autor, así como en las Leyes Internacionales de Derecho de Autor.

El uso de imágenes, fragmentos de videos, fragmentos de eventos culturales, programas y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, es exclusivamente para fines educativos e informativos, y cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

CON HORROR:

a los lectores.

La espera ha terminado.

Bienvenidos sean a este número, los seres cósmicos y los astros han trazado el espectro de luz para iluminar a los habitantes de la ciénaga.

15 países, un solo palpitar.

Que lo disfrutes.

BIENVENIDO AL NIVEL MÁS ALLÁ DE LO HUMANO, ESTA ES LA
ÚLTIMA LLAMADA.

J.Q.C.

A.R.O.





CONTENIDO

Tomás Pacheco Estrada.....	8
Memento Mori, Carpe Diem.	8
Lucia Yoelin Gonzales Gonzales.....	12
“MIS OIDOS VIVOS, MI ALMA DESAHUCIADA”	12
EL DESAYUNO	16
Daniel Flores Machuca	16
MENOS DA UNA PIEDRA.....	18
Héctor Daniel Olvera Campos.	18
De visita	22
Eduardo Barragán Ardissino.....	22
Rocamorfosis	25
Fernando Raúl Morro Cruellas	25
La planilla.....	27
Ezequiel Olasagasti.....	27
Emilio Palacio.....	35
LA MAÑANA DE GENARO.....	35
Come, perro.....	36
Richard Sosa.	36
no era la manera, pero tenía razón!.....	42
Alma Delia Blancas Mirano.....	42
“Manuel: la frase que escribí”	43
Alma Delia Blancas Mirano.....	43
El metro	45
Martín Esquivel Ochoa.	45
Palabra.....	47
Ale Montero.	47
PÚRPURA COLOR SOL.....	48
Marco Antonio Toche Zevallos.....	48
Tras la pista del macho alfa	52
Guille Horacio Pegoraro.	52
Al Fondo del pasillo	56
Alhe Rams.....	56
Olvido	60



Jesús Quinto Celestino.....	60
El espejo gótico.....	63
Andrés Camilo.....	63
Mariano Diani.....	68
Aparición.....	68
Entre sueños.....	71
Virginia María Amado.....	71
El ermitaño.....	73
José Rodolfo Espinoza.....	73
Transmisión.....	76
Leonardo Martínez.....	76
Loren.....	79
Hugo Álvarez Picasso.....	79
Macarena.....	83
Francisco Barata Bausach.....	83
Madeleine Farescout o la forma de la muerte.....	88
Jar Hollies.....	88
Carne quemada.....	90
Ítalo Leo.....	90
Lucia Yoelin Gonzales.....	92
“ADIOS DETONANTE”.....	92
LEERTE ME COSTÓ EL ALMA.....	92
Rusvelt Nivia Castellanos.....	94
“Amor y Paz”.....	94
NOSOTROS UNIDOS.....	95
EN LA ELEVACIÓN.....	95
Eduardo H. González.....	97
“MANTO DE HOJAS Y AGUA”.....	97
Francisco Valenzuela Sarabia.....	99
“Poemas e.....	99
LOS HORRORES DE UN ETERNO RETORNO.....	100
HTTPS://SOUNDCLOUD.COM/SAINT-OF-.....	100
Enrique Abundio Llamas Ramírez.....	102
Versos sueltos.....	102
Parte de su piel.....	103



Lo eterno (ausencias de luceros).....	103
Gabriela Ladrón de Guevara.....	104
Duda razonable	104
Sandra María Soler.....	105
RETRATO.....	105
MALASANGRE.....	106
David Alberto Cerqueda Benítez.....	107
Una persona se vuelve sus silencios.....	107
Walter David Castillo Cáceres.....	108
Hálito de la muerte.....	108
Indira Ríos.....	110
Maldito el inicio.....	110
Jonathan Ordoñez Noirfalise.....	112
El deseo del pintor.....	112
La poesía es el presente vivido para siempre.....	113
Ya no me ilusiono	114
Jorge Alberto Rascón Guevara.....	115
Mar amargo.....	115
Aleq Garrigó.....	117
Caos	117
María del Refugio Sandoval.....	118
Rejillas.....	118
Esmeralda García.....	120
Marcelo Medone.....	121
MIL OJOS.....	121
Giovani Ocaña Saucedo.....	123
Ansiedad.....	123
Alma Delia Blancas Mirano.....	126
“Las personas sordas como minoría cultural y lingüística”	126
José Antonio Samamé Saavedra.....	129
LA BRUJERÍA Y NIGROMANCIA EN LA LITERATURA OCCIDENTAL	129
Jesús Quinto Celestino	131
Rod DobleM.....	134
De un paraíso del pasado a un paraíso del barrio.....	134
Agradecimientos a:.....	139

CUENTOS





Tomás Pacheco Estrada

Memento Mori, Carpe Diem.

Miguel conduce una motocicleta a toda velocidad, se desplaza cuesta abajo cuando un automóvil se atraviesa en su camino; de pronto todo se oscurece para él.

Despierta en el pasillo de la escuela, esta acostado en el suelo, se levanta y ve a varios de sus compañeros tristes; camina entre ellos.

— ¿Qué les pasa a todos? — se preguntaba. — Ya sé, iré con mi mejor amigo Paco.

Corre entre los pasillos hasta llegar a los vestidores de los jugadores de futbol. Cuando ingresa, ve a su amigo llorando, golpeando la pared. Exclamando.

— ¡No puede ser cierto lo que pasó!

El chico retrocede molesto por la reacción de Paco, su compañero de equipo.

— De seguro está molesto porque a mí me nombraron capitán y a él no; y se dice mi amigo.

— reflexionaba amargamente Miguel.

Después de observar aquella escena, Miguel camina con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, cabizbajo.

— No entiendo que pasa, todos me ignoran.

De pronto levanta el rostro emocionado.

— ¡Mi novia Mariana!, estoy seguro que no me rechazará. — decía mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

La busca por toda la escuela, la ve con sus amigas.

— Ahí está. ¡Hola mi amor! — decía Miguel animado.

Se acerca saludando y, al observar que Mariana está llorando inconsolablemente, se queda quieto.

— De seguro me terminó, se cansó de mí; me dejó por otro.

Miguel deambula por las calles, el día es gris, melancólico; se siente solo, no entiende porqué lo abandonaron. Está a unas cuadras de su casa, de lejos ve a mucha gente vestida de negro, corre presuroso gritando.

— ¿Quién se murió? ¡Que desgracia pasó, díganmelo!

Ya en su casa, contempla un ataúd en medio de la sala. Exclama:

— ¡¿Quién falleció?! ¡¿Quién?! ¿Acaso fue mi mamá o mi papá?

Nadie le responde, lloran abatidos, con un hondo pesar, se acerca y ve al difunto, asombrado retrocede.

— ¡No puedo estar muerto! ¡No! ¡Dios mío! Soy muy joven aún.



Miguel llora, sus lágrimas escurren por sus mejillas, cae de rodillas, se levanta vociferando enloquecido.

— ¡Esto tiene que ser una pesadilla, no puedo estar muerto!

Entre la multitud se encuentra a la Muerte con su guadaña; lo llama.

— Miguel, acéptalo, ya no perteneces a este mundo.

Lo ayuda a levantarse, el muchacho le recrimina.

— No puede ser cierto, mírame, estoy muy chico para morir. Tengo sueños y metas que cumplir, un futuro por delante.

Lo abraza consolándolo, por fin derrotado, acepta ir con la parca, resignado. Están afuera de la casa cuando un ángel desciende del cielo.

— Ustedes dos, deténganse ahí, no den un paso más. — decía una voz imponente.

La calaca se muestra enojada por la inoportuna interrupción, en ese instante Miguel aprovecha para suplicar.

— Ángel, angelito, por favor; dame otra oportunidad de vivir, te lo ruego por lo que más quieras.

La Muerte le dice responde fríamente a Miguel que ya se la dieron. En ese momento, el ángel abre sus alas y extiende su brazo, mostrando una escena: Un coche avanza por la carretera, cuando un vehículo se le atraviesa, descienden seis hombres con ametralladoras y balacean a su tío Rodrigo. Miguel cubre con su cuerpo a su sobrino de cinco años para protegerlo; al final el joven muere recibiendo varios impactos, pero el niño está a salvo; se esfuma la escena y la huesuda habla.

— Ya tuviste tu oportunidad muchacho, ya una vez moriste salvando la vida de un ser querido. Se te dio otro chance de vivir por ese acto de amor desinteresado y lo desaprovechaste, tuviste un accidente en motocicleta. Fuiste irresponsable.

El chico comprendió que si le dieron un poco más de tiempo. Sonrió feliz.

— Gracias por concederme un poco más de vida.

— Ahora si vámonos. — Dijo la Parca.

El ángel extiende su brazo, deteniéndolos.

— ¡Alto! aún no acabo. — decía el ángel a la Muerte — Miguel si murió, pero mira cómo.

En ese momento, señala una bruma y miran como el chico va en la motocicleta con su novia atrás, son felices y sus corazones laten al ritmo del amor. Miguel le dice a su novia.

— Amor, no te quites el casco.

Miguel descubre que un coche se pasó el alto; preocupado por Mariana le dice.

— Mi cielo abrázame fuerte, quiero decirte que te amo mucho.



Ella se recarga en su espalda, lo abraza de la cintura; quiere decirle algo cuando, de pronto, la motocicleta impacta contra el coche. Los dos salen volando, pero Miguel abraza a su novia en el aire, dando vueltas, protegiéndola. Él recibe el impacto al momento de caer al suelo. Su cuerpo se estrelló contra una cortina de hierro; tiene la espalda rota además del cuello desnucado. La escena desaparece y el ángel los mira.

— Este muchacho prefirió morir por un ser amado, otra vez.

La Muerte sonrío triunfante.

— Sí, hizo otro acto noble, pero falleció; se sacrificó por su novia.

Quieto, por fin el joven reacciona.

— Y lo haría otra vez, daría mi vida con gusto por salvar la de una persona que quiero mucho, lo haría mil veces. No me arrepiento de nada.

Al oír eso, el ángel enviado por Dios habló fuerte y claro.

— Muerte, aléjate de él, mi deber es llevarlo al cielo, se lo ha ganado.

La calaca se aleja, el ángel toma a Miguel para conducirlo al paraíso, suben entre las nubes y San Pedro abre las puertas. El mensajero alado exclama.

— ¡Mira quiénes te reciben!

Vio a tíos, a tías y a muchos seres queridos, entre ellos a su abuelito que de bebé lo cargaba, arrullándolo entre sus brazos. El chico se acerca a ellos, se dispone a abrazarlos cuando una fuerza descomunal lo jaló con fuerza al infierno. El chico veía como las almas pagaban su maldad cometida en vida. Sentía miedo, era un lugar dantesco, horrible, donde se oía el crujir de dientes; aterrado, preguntó.

— ¿Qué hago aquí?

Rodrigo, su tío, estaba descarnado, cruelmente castigado, su cuerpo deforme y lleno de múltiples heridas le dijo.

— Te mandaron aquí para agradecerte que salvaras a mi hijo; esos hombres vinieron a matarme.

El joven, asustado aun, preguntó.

— ¿Entonces ya puedo ir de regreso al cielo?

Su tío, que en vida fuera un político corrupto, le dijo.

— ¡No! ¡Aun no Miguel! se te dio otra oportunidad. ¡Vive! Aprovéchala, sé bueno o vendrás aquí conmigo.

Miguel despertó en su cuarto, estaba vivo. Bajó las escaleras para desayunar y, antes de probar alimento, besó a sus padres.



Este relato me llegó en un sobre amarillo, lo abrí y lo he leído por completo; decidí visitar al hombre que me lo envió. Fui a su mansión, me dejaron entrar y mientras lo esperaba, vi como si había tenido una vida plena, sus fotos en el Everest, casado felizmente, saltando de un paracaídas y como fue un millonario altruista: construyendo hospitales, escuelas y beneficiando a muchos huérfanos que se convirtieron en hombres de bien. Un mayordomo se acercaba con un anciano decrepito, postrado en una silla de ruedas, su mano traía una mascarilla conectada a un tanque de oxígeno. Muchos niños lo rodeaban, quizá eran sus bisnietos. El hombre ordenó a los chiquillos retirarse, el mayordomo los acompañó, nos quedamos solos. Por fin le comenté.

— Dígame ¿por qué me eligió a mí? su relato es fabuloso, increíble. ¡Ganaría dinero con el! Me interrumpió.

— Dinero ya tengo y mucho, fama no la quiero y lo escogí por qué usted es escritor. He ahí el motivo.

— Gracias, pondré una dedicatoria en su nombre.

Enérgico, el millonario gritó.

— ¡Eso jamás! el relato será suyo, pero con una condición.

Asentí con la cabeza.

— ¿Cuál es?

Una tos repentina lo interrumpió para por fin aclararme.

— Debe jurarme que jamás dirá quién es el verdadero autor. ¡Prométamelo!

Así lo hice, lo prometí y por ese motivo este relato es creación mía, tiempo después aquel hombre murió y lo visité en su tumba. Recuerdo mi juramento; es por eso que si alguien pregunta si este relato es real, solo les contesto que es ficticio.



Lucia Yoelin Gonzales Gonzales

“MIS OIDOS VIVOS, MI ALMA DESAHUCIADA”

La noche empieza a caer. Me levanto de aquella silla y salgo al jardín de aquella casa enorme, pero inundada de vacío melancólico. El cielo está limpio, adornado y alumbrado.

Mi cuerpo está dañado, cicatrizado y manchado. Mis pies apenas dan escasos pasos y mi cuerpo se introduce entre tantos arbustos húmedos por el sereno de la noche. Mi mente empieza a vagar, a girar, hacia adelante y hacia atrás.

— Shhh...

— «Parece que no estoy sola aquí» — pensé.

— ¿Alguien ahí? — pregunto temerosa y con voz cansada, pues mi boca no es capaz de emitir sonido de lo agotada que esta.

Se mueve un arbusto, mi espalda siente un calor erizando mi piel desde la nuca hasta la punta de los pies.

— «Tengo compañía...» — me decía en voz baja. — No sé quién eres. Pero gracias por acompañarme a pisar la tierra y hojas secas esta noche. — Continué.

Rencor y frustración, es lo que pasa por mi mente buscando sanación; estas sombras me persiguen un día más. Sombras detrás de mí, pero no logro ver qué o quién las emite.

En estas noches es cuando mi mente gira retrocediendo y se detiene en aquella tarde de verano, con lo anaranjado del sol iluminando la tarde cuando su mirada penetró la mía. Desde aquella tarde sus caricias habían sido sutiles y reconfortantes. Sin embargo, sin percatarme del momento exacto en que tono dio un giro tan drástico, sus caricias habían cambiado tanto, pareciera que tenía incrustadas en las palmas de sus manos espinas duras y filosas que una a una se incrustaban en mi piel al rozarlas, dejando cicatrices y heridas cada vez más profundas.

Esta tarde comencé notando como su mirada me desnudaba completa, podía ver su necesidad de satisfacer su deseo carnal y ya no de amor como aquellas noches. No entendía nada, no encontraba respuesta.

— ¿Qué cambio tanto en mí, que detonó en ti de esta manera para que ahora tus pupilas disparen furia cada vez que me atravieso en ellas? — le pregunté llena de miedo.

Los arbustos están muy secos. Siento como al caminar rosan y rasguñan mi piel con sus ramas. Me recuerdan bastante cuando mis uñas solían hacerlo aquellas noches en mi adolescencia, cuando la rabia e impotencia se apoderaban de mí y al hacerlo encontraba una forma de desahogo. Se acercó lentamente hacia mi espalda, me quede paralizada escuchando su respiración agitada; aun no me había tocado y mi cuerpo ya empezaba a reaccionar.

La neblina baja, el frío me abraza, mi respiración se acelera y el miedo me paraliza. Las heridas en mi cuerpo empiezan a punzar, mis genitales comienzan a sangrar una vez más. Sin embargo, las secuelas físicas no igualan las internas.

Su mano empieza tocando mi hombro derecho. Emito un suspiro pausado. Baja su mano iniciando sutilmente y termina acelerando hasta entrelazar fuerte y rápidamente su mano con la mía.



Mi mente cansada de tanto analizar, pensar, imaginar, girar, suponer, grita

— «¡No puedo más!»

El cuerpo se empieza a paralizar, piernas desmayadas, brazos quietos, labios temblando, respiración agitada, corazón acelerado, lagrimas derramando, oídos alertas. Pues el miedo me invade desde el momento en él que me trajo hasta este lugar.

Una puerta se azota, las campanas de una iglesia a lo lejos anuncian una hora; las 12:00 a.m. tal vez. Estas cuatro paredes me consumen, el miedo se apodera de mí. Sigo sin recordar cómo fue que logro traerme hasta esta habitación.

Perros ladrando a lo lejos, una camioneta acelerando, alguien tomando una llamada.

— ¡Basta! — los quejidos de un hombre fuera empiezan a asustarme. Me ha dicho que no volveré a ver aquella casa enorme, ni a salir por las noches entre los arbustos a caminar. Lo último que recuerdo es su voz en mi oído diciendo:

— Prepárate, que esta noche tendrás
visita.

Esta habitación oscura me intimida

— ¡Sáquenme de aquí! — empiezo a gritar, pero tal parece que nadie me escucha, todo esta tan silencioso. Mi oído está más sensible y alerta a cualquier sonido. Desde el más alto al más bajo, al más sutil. Las piernas empiezan a temblar.

— ¡Pronto llegara! — escucho a alguien anunciar.

De un momento a otro todo se queda completamente en silencio.

— ¡Ha, ha, ha! — una mujer ríe.

— ¿De qué disfruta?, ¿acaso hay alguien que pueda gozar en este lugar tan solitario, frio y alejado? — me decía con cierta amargura.

Las campanas de una iglesia a lo lejos han sonado 24 veces; es lo único que me hace saber un poco el tiempo que he pasado aquí, pues las paredes oscuras de esta habitación, sin ventana alguna me impiden saber si amanece o anochece.

— Mamá, ¿dónde estás? — empiezo a preguntarme y lágrimas empiezo a derramar. — ¿Qué son esas voces, acaso alguien se dirige hacia aquí? — continuaba.

¡Maldita sea!, las voces son más cercanas y no logro interpretar las palabras que emiten, solo escucho murmullos. Gotas de agua se escuchan caer al piso.

El miedo me estremece aún más. Nuevamente una puerta me hace brincar al ser azotada. Una mosca con su zumbido me eriza la piel, pues nunca lo he tolerado. Lo que me tranquiliza un poco es el poder escuchar una melodía muy baja a lo lejos; afuera hay vida. Sin embargo, en esta



habitación me estoy muriendo. La incertidumbre me consume. El miedo me invade y envuelve cada vez más mi cuerpo.

Las fuerzas se me agotan. Me ha privado de ver el amanecer, el anochecer. Me privó de vivir, de ser libre, se adueñó de mi mente, de mi cuerpo. La impotencia se hace presente y la rabia se apodera de mí ser. La resignación empieza a envolver la mente. Mi llanto no deja de sonar, al igual que el maullar de un gato que ronda la puerta de la habitación por fuera.

Llevo horas en esta habitación sin siquiera tener noción de cuando amanece y cuando anochece.

Este vacío está asfixiándome; preferiría morir ya. Hacer que el miedo deje de consumirme poco a poco. Siento estar enloqueciendo. ¿Dejare de sufrir? Realmente no quiero morir sola aquí. Parece indicar que el amanecer esta próximo, pues escucho a lo lejos el cantar de los pájaros, desconozco si realmente estará amaneciendo o solo son algunos pájaros viajando a sus nidos. Ellos que pueden volar, que pueden estar en paz, que si se pueden liberar, que no morirán. A ellos que no los mataran como este tipo conmigo lo hará.

A pesar de lo mierda que ha sido mi vida estas últimas horas, esta noche parece ser más alegre, gracias a la melodía que me han regalado los pájaros, y ahora música a lo lejos. Tal pareciera que poco a poco me voy despidiendo de este mundo que fue mi refugio y habite durante 20 años.

Esta noche, este momento se siente triste callado, cansado. Exactamente como se sienten las noches de domingo; esas noches que siempre he detestado. Esas noches que huelen a gente resignada, de almas desahuciadas. Nunca imagine poder percibir los sonidos tan detenidamente, pues ahora que estoy entre estas cuatro paredes frías, mi sentido auditivo es el que más me ha hecho saber lo que pasa aquí y allá afuera.

Lo que me rodea, sentir que aun existo; me estremece el miedo de pensar que no solo mi fuerza está muerta, sino también mi alma y mi cuerpo comienzan a enfriarse y quedar inmóviles poco a poco. Los recuerdos de toda mi vida empiezan a bombardear mi mente. Reviviendo esa charla de mamá con mi hermano en las noches cuando me inundaba tanta paz y alegría.

Los perros nuevamente interrumpen el silencio que empieza a llenar dentro de esta habitación.

El alma huye, la mente divaga, el cuerpo se agota, la mente se cansa y el aire silba. Tan suave y sutil que se percibe cada roce azotando las ventanas de esta maldita habitación de paredes frías.

Cierro los ojos y noto como poco a poco los ruidos van disminuyendo, quedando la noche callada, silenciosa y como cuando la lluvia quiere hacerse presente. Un ruido acá, otro allá y otro más allá.

— «Shh, shh...» — siento mi cuerpo
debilitado.

— «Shh, shh...» — el aire continúa
arullándome.

— «Shh, shh...» — mi cuerpo ya no emite ninguna fuerza.



El dolor me ha derribado. Este tipo se deshace de mí porque no le ha servido mi cuerpo para negociar para más.

— «Shh, shh...» — es mi oído, con la esperanza de escuchar a mama entrar por aquella puerta como cuando era niña y venía a darme las buenas noches.

— «Shh, shh...» — me he cansado, mi cuerpo se enfría.

Mi alma comenzara a viajar y vagar en el azul oscuro de cada noche. Mis parpados se van cerrando y siento como mi cuerpo empieza a escurrirse sobre el frío del suelo, dejándose a merced de él.

— «Shh, shh...» — ahora podré descansar.



EL DESAYUNO

Daniel Flores Machuca

Aquel hombre que ves allá, sentado en la última mesa al fondo del restaurante, con su bufanda y abrigo violeta que no deja de sonreír a su reflejo en la taza de café; apenas ayer, tenía la cara más larga que un potro infartado. Su renovada mueca, se explica a razón de que anoche hizo las paces consigo mismo en la bañera:

Habrá cruzado la puerta de su casa a las nueve de anoche, después de haber bebido, en la misma mesa en que hoy lo ves, cuatro litros de clericot. Encendió la radio y sintonizó el programa nocturno de boleros que, en justo momento de su apachurro, susurraba: «reloj no marques las horas porque voy a enloquecer». Se sentó en su sofá y sacó, del bolsillo izquierdo del pantalón, una cajetilla de cigarros sin filtro, tomó uno y después de lamerlo por la punta lo encendió.

Lamentando la fiabilidad amarga del pasar del tiempo, discurrió su memoria entre el humo hasta el momento en que, más que nunca, se recuerda haber sido un niño:

Ahí, en el patio de su casa, hay una sombra que atestigua al diminuto infante de ojos brillosos que corre, de un lado al otro, la longitud de las jardineras. Es un angelito desnudo con orejas de duende que brama enormes carcajadas cada que llega a uno de los extremos y mira en dirección al cielo hacia el que extiende su brazo. En su mano, rodeando el dedo índice y asegurado por su pulgar, se percibe un largo hilo gris que asciende, espiralado, al sol. En el otro extremo del hilo, lleva una cometa con patitas negras y alas tornasoladas: un mayate que surca el sueño verde de los helicópteros y le provoca una gracia profunda.

«¿A dónde se fue la fantasía?» se habrá preguntado calando el cigarro. Ciertamente el segundero se tragó las primaveras: “detén tu camino porque mi vida se apaga”, seguía la música. «¿Para qué recordar y ... por qué recordar me duele tanto?, no soy el único que no era viejo, ni el único en el desamparo soy ahora. Al igual que yo, habrá a puñados de personas en cada rincón del globo haciendo fila en las agencias de la nostalgia, desayunando cereales de culpa, revolcándose en la melancolía de los recuerdos en el tráfico, marchitándose como flor sin regar en la maceta; ...pero, hasta eso, hasta esa inmensa compañía de pétalos secos sobre la tierra, poco sirve y nada sana mi participación de la lenta muerte que me embiste en solitario.»

Había extraviado el mayate y se resignó de perseguirlo. Fue hace tanto tiempo que encontrar del hilo un rastro en el aire se había vuelto imposible.

Habrán sido las once cuando el cigarro hizo su labor y lo mudó a reflexionar en el inodoro:

Corre por las jardineras, mirando al mayate que, a contra sol, tiene diamantes en las alas, alas que al niño brindan la esperanza de aprender a volar. Se mira las uñas y se piensa que está empezando a volverse un escarabajo. En un par de días podrá volar sobre las plantas del jardín y hacerse amigo de los insectos, y flotará por la ventana donde verá a su madre y ella sabrá que su hijo, al caer la tarde, duerme sobre un colchón de terciopelo entre las rosas y el jazmín.

«¿Cómo fui a extraviarlo?» El cometa con armadura se perdió con los párpados de su infancia y ahora, ya sentía la taquicardia del corazón deshidratado, el paso del viento en los ojos, la



bofetada caliente de las jarras de clericot sobre el sudor de sus mejillas, tanta, tanta tristeza bajo el foco azul del baño.

Se levantó y tiró de la palanca, mirando a sus heces destrozarse en el torbellino. Caminó al lavabo frente al espejo y dejó correr el agua sobre sus manos.

La sombra lo miraba corriendo sobre las nubes de la niñez, de un lado al otro, junto a las jardineras, y sonreía la sombra con todos los dientes, recargada en el marco de la puerta mientras el secaba su rostro y alzaba la vista para encontrarse con la sentencia del reflejo.

Ahí estaba, con su misma calvicie, sus mismas canas, ahí con sus ojos inyectados de los fantasmas de la sangre, con la nariz y mejillas cacarizas y los labios resecos, sobre su cuello de pliegues el horror de un cráneo. Ahí sus hombros raquíuticos y su columna encorvada, su frente zanjada y negra, cruzada de un extremo al otro por una marca de exhumación; el mismo viejo, el que ves ahí ahora, sentado en la mesa al fondo del restaurante, el de bufanda y abrigo violeta que no deja de sonreír a su reflejo en la taza de café porque, al girar hacia la puerta de la bañera, se notó en la espalda haberle crecido, del mayate, las alas.

¿Ves?, se atrapó al escarabajo de entre sus recuerdos; así como que embriagado se tambaleó y le cayó encima al mayate y al niño, como una sombra de hoy a ayer... y mira, ¡míralo ahora!, ahí lo tienes muy alegre, viéndose y viéndose el reflejo de las alas en el café.

Esa es la respuesta a tu pregunta. Esa es la razón de que ahora huelo a clericot, pues ese fue mi desayuno.



MENOS DA UNA PIEDRA

Héctor Daniel Olvera Campos.

Eusebio era un ser bruto, simple y feliz. A Eusebio le gustaba su trabajo de albañil, el fútbol, las películas de acción, escuchar reguetón y piroppear a las mujeres desde lo alto del andamio. Sus máximas aspiraciones en la vida era llegar a ser encargado de obra y que su prima Mari Trini, una joven marujona¹, aprendiz de peluquería de barrio, de la que estaba perdidamente enamorado porque tenía las tetas grandes, se fijara en él.

Una tarde el jefe de Eusebio le pidió que se quedara en la obra haciendo horas extras, paleando los escombros del solar en el que trabajaban. Agonizaba el día y ya las nubes eran mortajas escarlatas, cuando entre en la soledad de la obra, Eusebio hincó entre los cascotes la última palada descubriendo una piedra de forma cónica, de negrura intensa y brillo refulgente. — ¿Qué coño es esto? — se preguntó en voz alta el albañil mientras le toqueteaba con la punta de la pala.

— ¡Ay! — profirió la piedra.

— ¡Joder, que susto! — exclamó Eusebio. — Ya decía yo que el carajillo que me he tomado era de garrafón, pues no me ha parecido que la piedra de marras² habla.

— ¡Por supuesto! Soy la piedra filosofal, quimera perseguida por los alquimistas de todos los tiempos.

— ¿Esto está pasando de verdad, me hablas a mí? — preguntó el albañil tras limpiarse la cera los oídos.

— ¿A quién si no, garrulo³?

— No puede ser que me hable una puta piedra. Esto es absurdo.

— ¿Acaso crees que conoces el absurdo? ¡No conoces nada! ¿Acaso piensas que nuestros sentidos son lo suficientemente precisos para que podamos hacer una representación cabal del mundo? Si es así, te engañas. Apenas somos cautivos en una caverna, a los que tan sólo les está permitido ver danzar sombras proyectadas sobre una pared y a esa fantasmagoría la denominamos realidad.

¹f. despect. coloq. Esp. Mujer que se dedica solo a las tareas domésticas y a la que suele asociarse a ciertos

os tópicos como el chismorreo, la dependencia excesiva de la televisión

² loc. adj. Que es conocido sobradamente. Ha contado mil veces la aventura de marras. Vino a verte el individuo de marras.

³ [persona] Que se comporta de manera ruda, tosca o grosera.



— ¡Joder, hostia puta, copón⁴! — El albañil no alucinaba tanto desde la vez en que, siendo joven, se tomó un ácido con sus amigos.

— ¿Quién eres buen hombre? — preguntó la piedra.

— Me llamo Eusebio.

— Te he preguntado quién eres no cómo te llamas.

— Pues no sé qué decirte. — respondía Eusebio confundido.

— ¿No?

— No, no sé quién soy.

— Acabas de formular tu primera lección de filosofía. Conócete a ti mismo, esa será tu primera tarea.

— ¿Y qué coño quieres, cacho piedra?

— ¿Qué quieres tú?

— No te entiendo.

— ¿Qué le pides a la vida?

— Llegar a ser encargado de obra y que mi prima Mari Trini me haga caso.

— Lo que yo te daré es más importante que todo eso. — decía orgullosa la piedra.

— ¿Dinero? — Eusebio pensó que quizá la piedra dichosa era un trasunto de la lámpara de Aladino.

— Más importante que el oro y los diamantes.

— ¿Más?

— Llévame contigo y te proporcionaré sabiduría.

Eusebio se llevó la piedra filosofal a su casa y la metió dentro de una pajarera que colgó en el techo de su dormitorio. Durante cuarenta días con sus cuarenta noches, la piedra estuvo iluminando al albañil acerca de las grandes cuestiones de la existencia: ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos? ¿Estamos solos en el universo o acompañados? ¿Hay vida tras la muerte? ¿Lo que llamamos realidad es real? ¿Cómo sabemos lo que sabemos? ¿Qué es el ser? ¿Qué es la nada?

Al terminar aquella sesión intensiva de filosofadas, Eusebio era otro hombre... peor que el anterior. Aquel Eusebio obtuso, más corto que la picha⁵ de un virus, pero alegre, despreocupado y jaracandoso, dio paso a un hombre amargado, taciturno y atormentado por

⁴ Copón (Esp): Interjección utilizada para expresar descontento.

⁵ Picha Col. Esp): Pene.



angustias existenciales que le provocaban fobia social, insomnio, úlcera de estómago y halitosis. De repente, el albañil se preguntaba por el sentido de su vida sin hallar respuesta alguna que le pudiera satisfacer. Sus compañeros de trabajo le parecían obreros alienados y futboleros embrutecidos, rehenes del espíritu gregario e incapaces de atreverse a pensar por sí mismos. No ocultó su desprecio a la plantilla y terminaron por despedirlo. Por su parte, se desenamoró de Mari Trini, quien pasó a parecerle una zopenca irrecuperable que le aburría hasta la náusea con sus conversaciones de choni⁶ de manual.

Tras la última semana de clase magistral impartida por el pedrusco dedicada a Kierkegaard, Schopenhauer y Nietzsche; Eusebio llegó a la conclusión que debía suicidarse:

— «No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale la pena es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Y como quiere Nietzsche, que un filósofo, para ser estimable, debe predicar con el ejemplo, se advierte la importancia de esta respuesta.» — citó el encofrador a Camus mientras sostenía la cuchilla de afeitar con la que se proponía a cortarse las venas.

— ¡No hay huevos! — exclamó la piedra.

Eusebio detectó un tono malévolo y burlón en su pétreo maestro y le molestó el coloquialismo. ¿Para qué el empacho de pedantería que había soltado el pedrusco para venirle, en ese momento trágico, a hablarle como un poligonero?

— Mátate de una vez. — continuaba la piedra.

— ¡Adiós, mundo cruel! — exclamó Eusebio mientras presionaba la cuchilla sobre su muñeca izquierda.

— ¡Joder, que topicazo! ¿Además, cazurrín⁷, no habíamos quedado en que el universo no existe más que en la subjetividad de cada cuál, que el mundo no es más que la representación mental que hacemos de él y que los sentidos nos engañan?

— ¡Putá piedra! — gritó Eusebio interrumpiendo su suicidio. — ¡Yo era feliz antes de conocerte!

— Mejor ser un Sócrates gruñón que un cerdo satisfecho. La felicidad y el optimismo son para gilipollas como el Cándido de Voltaire, los lectores de libros de autoayuda y los

⁶ Choni (Esp): Tipo de chica que compra ropa de mal gusto, súper ajustada, de colores estridentes, que pelea con cualquiera por cualquier cosa, sin expectativas profesionales ni personales, carentes de reconocimiento social.

⁷ Cazurro (a) (Esp): Que es torpe, ignorante y simple.



papanatas que cuelgan frases motivacionales en sus redes sociales. Eres un puto gallina, eso es lo que pasa.

— Pienso, luego existo. Cuestiono mis decisiones.

— Sí, para ti, pienso, que es lo que comen los cerdos y las gallinas.

Eusebio se percató de lo absurda, surrealista y demencial que era su situación. ¿Iba a quitarse la vida porque una piedra le había estado comiendo el coco? ¿Estamos locos o qué?

A la mañana siguiente Eusebio buscó el pozo más hondo que pudo encontrar y precipitó a su interior el pedrusco.

Existe una leyenda urbana acerca de un pozo al que, si le arrojas monedas, brota una voz interior que te insulta mientras proclama: «¿Quieres tener suerte cabrón, por la puta calderilla que me has echado? La suerte no existe, supersticioso gilipollas, la suerte te la haces tú. Y que sepas que me has hecho daño con el monedazo que me has arreado. Como me vuelvas a tirar otra, subo para arriba y te corto los huevos».



De visita

Eduardo Barragán Ardissino.

Cabizbajo, avanzaba moviendo muy lentamente un pie después del otro, casi mecánicamente. El estado de su traje, al igual que el de su corbata adquirida recientemente, delataba la enorme cantidad de veces que lo había usado en las últimas semanas.

No tenía ninguna obligación de hacerlo, pero sentía que era mucho más correcto el hacer su acostumbrada visita semanal con aquella vestimenta puesta; vestimenta que tanto le había gustado siempre a su hija.

— Como si arreglara algo con eso. — pensaba casi todos los días, sabiendo que nada sería capaz de realizar semejante proeza.

No podía negar de quién era la culpa de todo.

Cómo cada semana, mientras transitaba las grises calles de la ciudad, a un paso que dejaba en claro que era un hombre que no hacía ninguna acción a las prisas, pues se negaba a tomar el colectivo para asistir a este importante compromiso, su mente lo llevaba una y otra vez a aquel recuerdo. Aquel que nunca sería capaz de olvidar, sin importar cuánto lo intentara. Igual que en las ocasiones pasadas, y las que vendrían en el futuro; revivió contra su voluntad esa pesadilla hecha realidad. Volvió a ver aquel espectáculo que lo horrorizó y que se manifestó frente a sus ojos después de abrir la puerta de la habitación de su única y amada hija, Gabriela.

Sin embargo, esa fue una de las escasas ocasiones en la que consiguió detener ese horrible recuerdo, a la vez que las primeras lágrimas hicieron su aparición, logrando dirigir sus pensamientos por una dirección diferente.

No obstante, algo muy dentro suyo no lo dejó en paz, como siempre. El pensamiento que pasó a ocupar su mente en esos momentos, no había llegado para darle el alivio que tanto necesitaba.

— ¿Por qué actué así? — se recriminó a sí mismo, provocando que el recuerdo de esa noche, pocas antes de la que arruinó toda su vida, comenzara a acosarlo desde aquel preciso instante hasta llegar a su destino. — Pude defenderlo... digo, defenderla... parece mentira que ni siquiera a estas alturas sea capaz de decirlo bien...

Sin proponérselo, y en contra de su voluntad, se vio a sí mismo sentado frente a la mesa del comedor de su casa, bebiendo cerveza y jugando felizmente a las cartas con tres de sus amigos más cercanos, ignorando por completo lo que ocurriría poco tiempo después; como también lo simple que le habría resultado evitar semejante suceso, en retrospectiva.

Al igual que en las reuniones anteriores, el nombre de Gabriel no tardó en ser mencionado, provocando la incomodidad eficazmente disimulada de su padre, quien no perdió tiempo en



contestar lo mismo que en las pasadas ocasiones: que aún no regresaba de su visita a unos parientes de otra ciudad.

Mientras esperaba a que el semáforo le diera autorización para cruzar la calle, su odio hacia sí mismo comenzó a aumentar, como siempre que recordaba aquella nefasta mentira que tantas veces repitió, así como la actitud que manifestó mientras esa charla progresaba.

Como en cada juntada, ésta pronto giró en torno a sucesos ocurridos recientemente alrededor de nuestro basto mundo ¿Habría sido el destino el que quiso que saliera a colación el suicidio de aquel muchacho de otro país, cuyo nombre no recordaba, cuya homosexualidad, escondida durante tanto tiempo, nunca fue aceptada por las personas cercanas a él? ¿Habría sido un aviso que él no pudo ver? Imposible de saberse.

Cruzó la calle, furioso al recordar cómo se había quedado callado mientras sus amigos mencionaban casos similares, ocurridos en fechas diferentes entre sí. Rechazos familiares debido a la orientación sexual de las víctimas de éstos, o a conflictos con su identidad de género; derivando en depresión, a raíz de estos problemas, y acabando en suicidio en la mayoría de estos casos. Nunca le cupo duda de que Gabriela había oído todo lo dicho.

— Diles algo. — se ordenó a sí mismo, al verse tan callado y avergonzado ante esa situación—. Defiende a tu hija.

Lamentablemente, le era imposible alterar lo que ya había pasado. Sólo podía contemplar, como si de una película se tratara, el hecho de no haber reaccionado de ninguna manera mientras sus camaradas hablaban sobre cómo estaban de acuerdo con la postura de esas familias, y sobre como «todos esos se tienen que morir».

— Como si no han tenido suficiente teniendo que vivir con la vergüenza de tener de familiar a uno de esos enfermos. — dijo uno.

— Sí, encima van y se matan cuando tratan de ayudarlos, haciéndoles más sano todavía. — le contestó otro.

— No tienen perdón de Dios — acotó el tercero.

Era en ese punto cuando el recuerdo siempre comenzaba a tornarse neblinoso.

Pero nunca le importó eso, pues a esas alturas él ya estaba en el cementerio, frente a la lápida de su querida Gabriela, contemplando aquel nombre grabado en ésta.

Mientras estuvo viva él se negó a usar este nombre para referirse a ella, llamándola Gabriel siempre; las pocas veces que le dirigía la palabra, pues vivía encerrada debido al deseo de su progenitor de que nadie la viera en aquel estado. No obstante, se encargó de que su tumba sí llevará escrito ese nombre, el que ella tanto anhelaba oír ser pronunciado por su papá.

— Por favor, perdóname hija. — susurró, con los ojos rebosantes de lágrimas, como siempre que llevaba a cabo esa visita. —. Perdóname, Gabriela.



Cruelmente, la imagen del cadáver de su amada hija, hallada por él en ese fatídico día, colgando del techo de la habitación en la que la había encerrado, regresó para atormentarlo aún más.

— Yo te maté. — exclamó, abrazando la cruz de la tumba, pues nada más podía hacer, además de vivir lamentando su proceder por el resto de su vida. —. Yo te maté...



Rocamorfosis

Fernando Raúl Morro Cruellas

Había comenzado a esculpir el mármol unos días antes. Lo dejó de lado por asuntos de primera necesidad, volvió a considerarlo cuando lo sorprendió la cuarentena; se dejó sojuzgar por las vetas singulares y por la tersura del rocoso pelaje.

Una tarde, después de estudiar viejos esbozos y garabatear unos nuevos, volvió al trabajo en el sosegado ambiente de su taller, cuyos ventanales se abrían al jardín pletórico de hortensias. Asiando sus instrumentos, de frente a los ventanales que chorreaban una luz blanquecina sobre los contornos de la pieza, permitió que sus manos se movieran vaporosas sobre la roca casi virgen y comenzó a desgranar las primeras astillas. Su imaginación recurría con facilidad a los bocetos, la pasión lo ganó con premura inusitada.

Se placía en deshilar trozo a trozo el mineral y en percibir, a la vez, que sus brazos se habían amoldado al esfuerzo, que la botella de whisky estaba cerca, que los arbustos del jardín ondulaban con la brisa vespertina bajo la enramada de glicina.

Golpe a golpe, atascado en aquella forma rizada, acudiendo a la imagen que se agolpaba en su mente y sumaba tonalidades ocres y grises, tuvo la premonición del final, del último estertor de astillas en la obra terminada.

Se alejó de la aún informe mole, desconfiado; llegó su mano al escocés, temblorosa por la abstinencia. Increíblemente la otra mano asaltaba el vaso sin titubeos, pero volcar el líquido ambarino era otro menester; luego un trago inacabable que no tenía ninguna posibilidad de aquietar tanta pasión abrasadora.

El buril se resbalaba de sus dedos sudorosos, y en el otro miembro la maza resistía aprisionada. Cada fragmento desechado caía al piso con una mueca quejumbrosa; el escultor y el mármol, en un diálogo misterioso estaban extasiados, observándose uno a otro como queriendo escudriñar en su interior el secreto de tanta vehemencia. Hasta esos golpes de cincel que machacaban el cuerpo desnudo de la piedra formaron, muy pronto, parte de la conversación reservada entre ambos. Nada podía entrometerse entre los dos esgrimistas, ni el viento que azotaba las hortensias, ni la luz blanquecina que dibujaba fantasmas sobre los muebles del taller, ni ser humano o animal que transitara por aquella escena casualmente.

A partir de ese momento, cada detalle contaba con rigurosa minuciosidad: la precisión de la maza, exacta; el filo hiriendo la veta elegida y conveniente, la respiración metódica que mantiene el pulso, la concentración exhaustiva que acercaba la mirada sobre cada porción que la roca resignaba.

El insólito coloquio de hombre y peñasco se mantuvo más allá de las postreras luces del ocaso, hasta los primerizos destellos de la aurora que ablandaron las formas del jardín, de los muebles, de los cuadros, de los instrumentos abandonados sobre la mesa del taller. Sin descanso ni demasiados miramientos, el tañido metálico del buril sólo fue interrumpido, de tanto en tanto, por el fragor de una lija acompasada o por el gorgoteo del escocés en la garganta. La noche ya era un recuerdo borroso; el alba proporcionaba una cuota de insomnio y avivaba el ímpetu del artista que se imaginó, por un instante, como un héroe mitológico que demoraba su descanso en pos de grandes hazañas.

El martillo iba y venía sin descanso, como si de su ritmo dependiera el giro terrestre, o como si su detención hubiera provocado un cataclismo universal; cada vez más los actores de esta

obrita del absurdo, hombre y roca, se confundían en un abrazo creativo de tal manera que, cualquier personaje agregado a la escena, mudo testigo, no hubiera podido distinguir claramente entre uno y otro.

Otorgarle un sobrenatural reposo a la pieza y, a la vez, permitir que el movimiento transmita la fuerza, el coraje: desafío inconmensurable para el aprendiz, pero un camino obligado para las manos expertas que eran capaces de desechar lo sobrante y otorgar relieve a lo esencial. Mientras tanto, el mármol, entusiasmado por convertirse en inmortal, se dejaba despojar, resignado, de sus fragmentos más superfluos.

La constancia le ganaba al cansancio; el agobio perdía ante el deseo irrefrenable de la genialidad. ¿La obra debía mostrar una mueca hermética, distante? ¿O el movimiento debía prevalecer para que la inmortalidad fuera vista desde una perspectiva más humana, menos divina? No hay duda que al artista le asaltaban estas cavilaciones como noctámbulas gárgolas que emanaban vómitos de dudas y temores. Pero otros planes imperaban en la mente del escultor: la pieza se tendría que convertir en su imagen, una especie de autorretrato de piedra que perpetuara lo humano sobre lo divino; jugar a ser dios era una melosa y atractiva opción. La obsesión triunfaba.

Durante tres días con sus noches, con la sangre martillando sus sienes al ritmo del cincel, el artista se metió con el mármol y en el mármol; la voluntad trocó en delirio, el sudor en pepitas minerales, las manos, ya arrebatadas de heridas sangrantes, en toscos instrumentos cada vez más inútiles.

Durante la mañana de la cuarta jornada, extraños signos comenzaron a manifestarse. A medida que se aquietaba el paisaje interior, afuera del taller se manifestaba cada vez más la vida y el movimiento, hasta que el contraste fue escandaloso: la glicina estallada de flores y gajos serpenteantes parecía ahogar los hierros de la glorieta; en lo alto del colosal tilo, dos pájaros chillones competían por un gusano, arrebatado a la tierra recién removida; el jardinero deambulaba por el espacio verde que enmarcaban los grandes tapiales, preocupado y circunspecto. Adentro, el silencio.

La luz también marcaba un límite insalvable en el vidrio de los ventanales. En el ambiente íntimo del taller todas las cosas empezaron a callar; anquilosadas formas se mostraban en lugar de las herramientas, de los muebles, de las lámparas.

.....

El jardinero, después de llamar a la puerta del taller con tres tímidos golpeteos, sucias sus manos, entró con la cabeza gacha y con un acostumbrado «perdón señor» en los labios.

— Necesito su permiso para comprar fertilizante, las hortensias están tristes otra vez. — pronunció con voz temblorosa.

Sin respuesta, atinó a dar unos pasos temblorosos escudriñando la opacidad del ambiente que, a esa hora, ya desdibujaba todos los contornos. El silencio lo sacudió, penetrante, asolador; el recinto lo retuvo como un mueble más, como un perchero, como un cuadro, clavado en el medio del espacio inhabitado. Temeroso, acuciado por sus diablos interiores retrocedió paso a paso, colocando sus pies en el lugar exacto donde los había colocado para entrar, como si se tratara, la alfombra, de un campo minado; sus pupilas dilatadas por la tensión percibieron los contornos de dos grandes estatuas secas, inertes, aciagas. Antes de alejarse, sudoroso y palpitante, reconoció las formas: una parecía un artista modelando, la otra su inacabada escultura, ambas enfrentadas con la mirada en un idílico amor incomprendido. La pasión no estaba, la piedra dominaba la escena.



La planilla

Ezequiel Olasagasti

De la habitación no podría darles una medida exacta, pero podían calcularse unos seis metros por cuatro de ancho. La revestía un color cremita en sus paredes que los más puristas de las tonalidades llamarían arena o marfil. Una franja marrón oscura la dividía en dos como el ecuador. Cuatro sillas incómodas y hermanadas por el mismo caño negro se ubicaban sobre el lado derecho y junto a ellas un intento de catre pequeño. Sobre su delgado colchón el señor Héctor Gramajo despertaba.

No reconocía la habitación, como es normal en esos minutos cuando uno despierta y la mente tiene un poco de eco. Se frotó los ojos y una alarma sonó en su cabeza al notar que no sabía dónde estaba. Recorrió el cuarto varias veces en un solo minuto, la única puerta que halló se encontraba cerrada. Volvió a sentarse para intentar recapitular sus últimos momentos fuera de allí, su miedo se dilataba cada vez más.

Lo último que recordaba era estar volviendo a su casa del trabajo. No recordaba ningún asalto o secuestro. Tocó su nuca para ver si había sufrido algún golpe, pero no notó nada extraño. Ni un chichón, ni un corte, nada. Estaba completamente sano. Miró sus brazos y piernas para buscar algún pinchazo de narcótico que podría haberlo dormido y nuevamente no vio nada, así como tampoco vio nada en su cuello cuando se revisó con un pequeño espejo que llevaba consigo. Tantas hipótesis descartadas habían desplazado un poco el miedo del principio, aunque la sensación persistía.

Se relajó un poco y notó que la habitación no parecía un lugar peligroso, parecía la sala de espera de un consultorio o algún lugar de trámites burocráticos. Ahora su nueva incógnita era: si ese era un hospital, ¿por qué se encontraba ahí?

— «Seguramente sufrí algún inconveniente de salud en el camino a casa, me desvanecí y la ambulancia me trajo aquí. No pensé que esa molestia del pecho fuera para tanto.» — se dijo mentalmente.

Lo repitió varias veces en su cabeza para intentar convencerse de esto, en la quinta vez que lo hizo la puerta del extremo se abrió. Entró una enfermera de unos cincuenta y tantos con corte Carré⁸ y un pelo que fusionaba el negro con lo canoso. Entró mirando una planilla con una mano metida en el bolsillo de su ambo⁹ blanco. El señor Gramajo sonrió; parecía que ese lugar era un centro de salud como pensó desde un principio. Sin perder tiempo se paró y se acercó a la señora. Intentó parecer calmado pero el vibrar de su voz y el sudor de su frente lo delataban.

— Señorita ¿podría decirme que me pasó? Y ¿en qué hospital me encuentro? — preguntó. Aquella mujer sonrió al mirarlo y le tomó la mano como la más cariñosa de las abuelas.

⁸Carré: Corte de cabello femenino a la altura de la mandíbula; en algunas variantes a la altura de los hombros.

⁹Ambo (Arg – Chl): Conjunto de pantalón y saco (americana, vestón), para hombre, confeccionado con la misma tela o a juego.



— ¿Se encuentra mejor? ¿Se quedó dormido? — preguntó la enfermera. Héctor, muy complacido con la ternura de esta le respondió:

— Sí, muchas gracias. Me siento estupendo. — y agregó — la verdad no sé qué fue lo que hizo que me desmayara en la calle. Admito que me dolía un poco el pecho, pero creía que era sólo el estrés o la típica acidez que sufro hace tiempo.

— No se preocupe. — continuaba ella mientras acercaba a Héctor a las sillas. — Ahora terminamos de arreglar todo y listo, se puede ir donde lo están esperando.

El hombre recuperaba su respiración normal.

— Muchas gracias. Espero que mi familia no esté muy preocupada. — dijo.

— La verdad es que están tristes, supongo que sabrán cómo arreglárselas sin usted, señor Gramajo. — dijo la enfermera que, aunque ya no sonreía, aún parecía pura ternura.

El señor Gramajo lanzó una pequeña risa y respondió:

— En un rato ya estoy en casa, no les va a durar mucho la tristeza.

La mujer torció la boca de la forma más inocente posible. Esta vez agarró ambas manos del hombre y le dijo:

— No debería ir, no todos reaccionan bien a la aparición de los muertos; podría traumar a los niños. Además, no creo que le den permiso. — continuaba la enfermera mientras miraba la ficha que había dejado apoyada en la silla contigua.

— ¡¿Qué?! ¡¿muerto yo?! — preguntó el hombre sorprendido.

— Sí, usted, señor Gramajo. — le respondió la mujer.

— Si es un chiste, la verdad no es gracioso. No se juega con esos temas, señora. — continuaba molesto el señor Gramajo.

— Usted murió. Lo lamento mucho, pero es así. Ese malestar que sentía en el pecho terminó en un infarto fulminante que lo mató en el acto, no sintió nada. — le contó la señora.

— Usted está loca. ¿Cómo me dice eso? ¿no ve que acá estoy?

En ese momento comenzó a gritar el señor Gramajo. De un tirón sacó sus manos de entre las de la enfermera, se levantó y le dijo:

— Mejor me voy, me cansé de todo esto.

— No miento, señor. — dijo la mujer con ese tono dulce que mantuvo desde que entró a la habitación. — Como veo que quiere irse, tendré que poner del otro lado de la puerta su funeral para que me crea.

Héctor no escuchó lo que le dijo aquella mujer; se apuró a salir del cuarto. Abrió la puerta y salió a toda prisa; había llegado a otro cuarto, esta vez más grande. Al fondo había un ataúd



enorme de roble, su esposa se apoyaba en la orilla de este, vestida de negro y llorando con alaridos de lobo. Lloraba porque, como comprobó al acercarse, su cuerpo estaba dentro del cajón. Sus hijos estaban cerca de la salida sollozando también, pero sin emitir sonido alguno. El señor Gramajo intentó tomar a su mujer del brazo sin éxito. Su mano parecía ser de humo y se difuminaba cada vez que quería tocarla.

— ¡Mari, Mari! — le gritó al oído, sin embargo ella no volteó en ningún momento. Miraba sólo a su esposo dentro del féretro.

El hombre comenzó a lagrimear.

— ¡Mari, Mari! — insistía. Esta vez el nudo que el llanto le formó en la garganta le bloqueó la salida de la letra “i”.

— Entiendo que es difícil, pero debemos irnos. — dijo la enfermera que ahora se hallaba a sus espaldas, poniendo una mano en su hombro para confrontarlo. Héctor volteó a verla en medio del llanto. Intentó decir algo, pero no pudo expulsar más que un lamento.

— Sí, sí, lo sé. Entiendo cómo se siente. — continuaba la señora como si lo hubiera dicho miles de veces y le preguntó. — ¿Nos vamos?

Asintiendo con la cabeza, el señor Gramajo contestó. La enfermera le puso la mano sobre los ojos y al quitarla estaban de nuevo en la habitación donde había despertado Héctor.

Volvieron a sentarse. La mujer le ofreció un pañuelo que él aceptó, todavía no podía hablar claro. Esbozó un agradecimiento con su mano. Ella frotaba su espalda mientras miraba la planilla que sostenía con la mano izquierda. Era una escena de dulzura seca.

— Está bien señora, — dijo el señor Gramajo. — ya estoy mejor y me siento listo para irme donde me esperan.

Se puso de pie y pasó su mano por el pelo para intentar devolverle la prolijidad de la que gozaba a diario. Con su mano libre acomodó su corbata y alisó su costoso traje gris. Inclino su cabeza hacia la señora y entregándole su pequeño espejo le preguntó:

— ¿Me lo detiene un momento? — la mujer lo miró y con cara de congoja le respondió.

— ¡Claro! pero se ve muy bien, se lo aseguro. Además, a Él no le importa la apariencia con la que se presente.

— Lo sé. — continuó el señor Gramajo prendiéndose los botones del traje. — Le agradezco el halago; cuando uno va a conocer al gran padre quiere caer con todos sus moños.

La mujer se puso de pie y lo acompañó a la puerta.

— Esta vez llegará donde realmente debe; cuando cruce la puerta. — Aseguraba ella.

El señor Gramajo fijó los ojos en la puerta y dio las gracias. Quiso destacar la amabilidad y la dulzura de ese ser que supuso, era un ángel; se quedó sólo con ese «gracias» que le dijo, como si eso abarcara todo. Cruzó el umbral una vez más. Esta vez todo era negro con un sendero



iluminado de amarillo. A los cinco minutos de caminarla divisó en el horizonte una reja que brillaba en un color ámbar; una sonrisa hizo mover sus regordetes cachetes.

— ¡El señor es mi pastor! ¡aleluya! — comenzó a cantar conforme se acercaba al portón.

Súbitamente dejó su canto a la mitad cuando se dio cuenta que, con cada paso que daba hacia adelante, la reja se volvía más y más roja.

— ¿Me habré equivocado de camino? — se preguntó.

Acomodó el cuello de su camisa y sus dedos salieron mojados. Miró bajo su saco y comprobó que estaba empapado de sudor. No sabía que con cada paso la temperatura aumentaba quince grados.

— Me equivoqué, seguro que me equivoqué. — se dijo en voz alta.

Dio media vuelta para volver a la habitación y preguntarle a la señora cuál era el camino correcto. El primer paso que pretendió dar en su regreso no llegó a tocar el pis, pues una de las baldosas se transformó en un cubo que le atrapó la pierna. Se oyó el sonido de su carne quemándose, era como una serpiente siseando donde el cubo le tocaba. Desesperados alaridos nacieron de su garganta mientras arrastraba el cubo que apresaba su extremidad. Cruzó la reja roja que vio tan lejana en sólo un segundo. El poco cuidado con el que el cubo lo llevó, lo hizo golpearse contra ella chamuscándole la mejilla y gran parte de su costoso traje. El infame pedazo de suelo por fin le soltó el tobillo.

Con más preocupación que dolor bajó la vista para ver el estado de la quemadura en su pie, pero estaba completamente sano. Juraba haber sentido que ese cubo que lo aprisionó le quemaba como un soplete. Sin embargo, miró, tocó y pinchó, pero su tobillo estaba óptimo. Se paró de inmediato, el calor era asfixiante. Intentó correr, pero un muro de fuego le detuvo el avance; otro muro ardiente volvió a frenarlo cuando empezaba a retroceder. Se quedó en el lugar cubriéndose con los brazos de las flamas que se le empezaban a acercar. Al sentir las gimió de dolor, gritó y se sacudió. Aunque el fuego lo tocaba ni su piel ni su ropa se quemaba. Pero el dolor lo podía sentir.

Comenzó a pedir clemencia, a lo que fuera que se encontrara en ese mundo.

— ¡Basta, basta! ¡Auxilio por favor! — decía entre llantos. A esto se le acopló una risa que parecía nacer de todos los rincones.

— “Basta, basta” tengo que pedir yo. — decía la voz entre carcajadas. — Bueno, paren todo ya. — exigió esta vez con un tono serio, como si la transición de la risa a la ira le fuera simple. Las llamas volvieron al suelo de donde brotaron. El señor Héctor Gramajo se revolcaba jadeando quejas.

— Dale, dale. No exageres. — dijo la voz, esta vez más aflautada.

El hombre se puso de pie a los tumbos. Apagando llamas que juraba todavía estaban sobre él. Al ver a su alrededor, ya más tranquilo, se vio rodeado de niños pequeños. Unos eran regordetes y con cara de sufrimiento; lágrimas rojas les recorrían desde los ojos a la papada. A



pesar de su aspecto, saltaban de un lado al otro con movimientos jocosos como si fueran los más felices del mundo. Lo mismo hacían los otros niños, estos con apariencia famélica, con la piel pegada a los huesos; cargaban una sonrisa enorme de arlequín bajo dos ojos completamente negros como si fueran sólo cuencas. Arrastraban sus cuerpos como zombis al caminar.

El hombre no llegó a abrir la boca para gritar cuando ya los tenía a todos sobre él. Lo sujetaron bien para que no se moviera y uno de los pequeños desnutridos le cubrió la boca para que no emita vocablo alguno. El señor Gramajo mordió la mano de este para liberarse. Terminó cortándole un par de dedos al niño, mismos que ahora se encontraban dentro de su boca. Se le llenaron los cachetes de la bilis que estos chorreaban, podía sentir como aún se movían y le rozaban la lengua. El señor Gramajo escupió toda esa porquería, se inclinó para vomitar sin éxito; lo contuvo. Nuevamente se vio amordazado por las garras del crío desnutrido. Dos dedos huesudos y sangrientos le habían vuelto a crecer.

Un hombre, o al menos tenía esa forma a lo lejos, apareció de la nada. Salió entre una maraña de risotadas y se acercaba bailando como siguiendo una carroza de «*Mardi Gras*». Ya cerca del aprisionado señor Gramajo, se puso a mover los brazos por los aires. En un momento movió su brazo izquierdo hacia atrás; este creció hasta alcanzar tres veces su tamaño original. Con la enorme extremidad golpeó al señor Gramajo en el estómago, quien cayó tomándose bajo las costillas y tratando de reponer aire. Sus ojos borrosos de a poco comenzaron a ver al abusador. Desde el piso distinguió unos pies de uñas largas como zarpas, mucho pelo rizado y una mugre que parecía adherida a su piel. El señor Gramajo sentía que ahora el extraño sujeto le acariciaba el pelo; de pronto levantó la vista para verlo. Dedujo su altura en un metro setenta y cinco aproximadamente. Parecía el padre de todos esos mocosos macabros que lo tomaron prisionero, ya que contaba con una mezcla de sus características. Su barriga estaba inflada, así como sus piernas, pero sus brazos y rostro lleno de pelos enrulados; eran cadavéricos. Sus dientes se dejaban ver un poco más grandes de lo normal y de un amarillo brillante. Parpadeaba al mirar con unos ojos negro mate bajo una tupida ceja única fruncida. Se movía errático, reía, gruñía y de vez en cuando le daba otro golpe al señor Gramajo.

— Bueno, bueno, ya me aburrí. — dijo dándole la espalda. — Llévenlo donde les plazca. Ya saben: que sufra, que grite, lastímenlo y todas esas cosas tan lindas que le esperan por aquí. — decía aquel extraño ser con tono sereno, mientras se alejaba sin mirar atrás.

— ¡Esperen, esperen! ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? — dijo el señor Gramajo.

El ser grotesco, que parecía ya lejos, dio unos saltos hacia atrás cual gimnasta y casi cantando con voz de soprano le dijo:

— ¡Bienvenido al infierno!

— ¡¿Qué?! No, yo no debería... es que... no es justo. Por favor señor. — suplicaba Héctor.

El monstruo se acercó furioso. Se posó frente a él nuevamente y comenzó a balancear el miembro de un lado a otro. De todos los seres extraños que allí se encontraban era el único que tenía sexo. Los niños también estaban desnudos, pero eran eunucos.



— ¿Justo “señor” me tenías que llamar? Con todos los nombres que tengo.— decía furiosa aquella criatura.

Pronto lo golpeó con su falo que, de un tris, había crecido hasta volverse un garrote.

— Dime Diablo, Demonio, Lucifer, Satán, pero no me digas “señor”, estúpido. — le decía al oído mientras el hombre yacía tendido en el piso por el golpe. La saliva que escupía al hablar le entraba por la oreja y sentía que le quemaba el cerebro.

— ¡Por favor! — pedía el hombre al intentar levantarse.

Se puso primero en cuatro patas. La tos que le provocaron los golpes le hacían expulsar una secreción negra, espesa y corrosiva. Apenas logró pararse y continuó suplicando:

— Yo soy un buen hombre, muy devoto. Este no es mi lugar, yo debo estar en el cielo.

El demonio lo tomó del cabello y zamarreándole la cabeza le dijo

— Primero dices “señor” y ahora “cielo”. La verdad me estás cayendo mal. Eres un bocón.

— lo largó y le dio una patada.

Comenzó a carcajear y todos los críos lo imitaron. Paró en seco y los niños hicieron lo mismo. Levantó las manos y volvió a emitir una lunática risa que los pequeños acompañaron. De nuevo volvió a callar, bajando los brazos para que los infames hijos también callaran.

— Si hay algo que por aquí sobran son hombres buenos e inocentes, te lo aseguro. Ah... y sobre todo devotos. — continuaba el Diablo sentándose muy displicente sobre el cuerpo de uno de los pequeños gordos.

— Mucho Dios, mucho rezo, pero les aseguro que muy buenos no son. — tomó un momento y agregó. — Cuando son creaciones impuras, cuando hacen el mal durante su estadía mortal, el señorito todopoderoso de arriba los abandona. Igual en su defensa tengo que decir que tiene que ser algo muy malo lo que hagan para que les suelte la mano. Pero no divaguemos. Cuando es así el caso, sus nombres aparecen en esta lista. — de un manotazo le pegó un enorme papel en la frente. — Acá está. Dale, dale, léete todo bien — le decía mientras le daba golpecitos en la sien para que se apure.

— ¿Ves? — volvió a decir el Diablo. — lo puedes leer bien clarito: “Héctor Marcelo Gramajo”. Si estás en esa planilla de nombres significa que no fuiste tan santo como piensas. — caminó dos pasos lejos, se dio media vuelta y continuó. — Y te lo agradezco. Me gusta que se renueve la gente de este lugar. Me encantan las caras nuevas ya que de lo contrario me aburro.

El condenado señor Gramajo agachó la cabeza, pues ya no quería discutir. Sin embargo, trataba de recordar qué pecados lo habían condenado de tal forma. Tenía la certeza de que no había sido una blanca palomita, pero nunca pensó terminar así con la relación de adoración que lo ataba a Dios.



— Lo siento, — gimoteó. — yo no quería. Siempre me confesé en la iglesia cuando sabía que había obrado mal. Pensé que el gran padre me había perdonado.

En ese momento, sus ojos largaron una lágrima de agua clara, la segunda fue rosa, la tercera ya fue directamente una gota de sangre.

El demonio reía socarrón. Tomó la gota de sangre con el índice y la lamió. Los pequeños engendros comenzaron a morder al humano con la intención de devorar su carne. Y aunque cada bocado le dolía infinitamente su cuerpo masticado volvía a regenerarse. Satanás pegó un grito de orden.

— ¡Basta ya, malditos! Siempre lo mismo con ustedes.

Los niños cesaron el canibalismo y aflojaron la fuerza que imprimían en sujetar al sometido. Sin pensarlo, el señor Gramajo se los quitó de encima con un golpe; una vez libre comenzó a correr hacia la puerta por donde había entrado. Detrás de él oyó al demonio reír cual payaso de circo. Corrió lo más rápido que pudo, sentía aún el dolor de toda la tortura en su cuerpo. Logró llegar a la puerta y la cruzó. Estaba de nuevo en la sala de espera. La señora todavía se encontraba allí mirando sus papeles.

— ¡Socorro! — dijo entre respiros agitados. La señora lo vio y se acercó rauda a su lado. Lo tomó de las manos con ese sutil cariño que le demostró desde la primera vez que la vio y le preguntó:

— ¿Qué pasó, señor Gramajo?

— Ayúdeme, por favor. Creo que hubo un error o yo me equivoqué de camino. Me topé con el Diablo y me hizo cosas que tiemblo de sólo recordar.

Ella lo consoló y le dijo:

— No se preocupe, señor Gramajo. — se tomó un minuto en silencio mientras aún lo mimaba y terminó de decirle. — Ese es su lugar ¿sabe? no hubo equivocación alguna. Usted es un maldito hijo de puta y ese es el único destino que le espera.

El hombre la miro incrédulo. Ella tomó la planilla, se la estampó en la cara y le continuó

— ¿Ve usted? Aquí está su nombre. Si está su nombre no es precisamente porque usted sea muy bueno. — continuaba ella de manera serena.

Se quedaron unos segundos callados mirándose. El señor Gramajo cayó rendido ante ella de rodillas suplicándole que lo borre de la infame lista. Argumentó ser un buen hombre. Pidió por favor que se le perdonara la vida. La mujer quedó estática con la planilla cubriéndole el rostro. Parecía que revisaba con cuidado los nombres allí puestos. Héctor sintió un poco de esperanza, mas sólo le duró un minuto. Murió de inmediato cuando escuchó del otro lado de la planilla una risa, una carcajada muy burlona y exagerada que parecía haber aspirado helio.

La mujer arrojó los papeles y de un tirón se arrancó las vestiduras. Su cuerpo desnudo de abuela quedó al descubierto, pero con un gran pene que le colgaba de la entrepierna.



— ¡No, no, por favor! — suplicaba el señor Gramajo fundiendo su espalda al muro.

La señora desnuda bailoteaba desnuda por la habitación. Poco a poco fue tomando la forma de lo que el señor Héctor tanto temía. Nuevamente el Diablo, riendo como hiena, se encontraba frente a él.

— Me encanta cuando piensan que se escaparon y que la vieja los va a salvar.

Al instante le dio un golpe con el revés de la mano que dejó al señor Gramajo tirado sobre las sillas de la sala de espera.

— ¡Ay, ay señora, ayúdeme! ¡lléveme con papi Dios! — decía el demonio mofándose entre carcajadas. De los ojos del señor Gramajo volvía a brotar sangre. Ya estaba rendido, iría con el diablo donde este lo llevara.

Abrió los ojos. La luz de la baliza titilaba haciendo ese ruido entrecortado tan característico. El señor Gramajo alborotó sus manos. Tocó todo el interior del automóvil, quería asegurarse que fuera real. Sentía la dureza de la madera que adornaba el tablero y el suave cuero que rozaba su espalda a través de la camisa.

— Fue un sueño, — dijo en un exhalo de aire. — fue todo un sueño, por suerte.

Salió del auto, miró el cielo y se hizo la señal de la cruz. Aún se le escapaba una risita nerviosa. Llegó a la puerta de su casa. Se tomó un minuto para rozarla con los dedos, no podía creer lo bien que se sentía esa madera. Se apresuró a entrar con la ansiedad de ver a su esposa y a sus hijos. El primer paso que dio dentro fue atrapado por la alfombra de bienvenida. Esta se transformó en un cubo que le aprisionó todo el cuerpo y lo llevó hacia el interior de la casa.

— ¡No! — gritó el hombre que en segundos era llevado al lugar lleno de brasas y llamas que hasta hace minutos creyó un sueño. El Diablo apareció frente a su cuerpo aprisionado por el cubo y dijo

— ¿Dije que lo de la vieja me daba gracia? bueno, mentí niños; — los pequeños parásitos hijos suyos salieron de los rincones. — la verdad es que esto es lo que me mata de risa: cuando piensan que fue todo un sueño y que se salvaron. — con una risa exagerada concluyó. — Hubieses visto tu cara de alegría, pensando que toda esta diversión no fue real. — Miró al séquito de pequeños demonios y les gritó. — Como prometí, es todo vuestro, niños. ¡Diviértanse!

El señor Gramajo dejó caer su cabeza. El cubo le quemaba toda la piel como un espiedo, pero ya no gritaba. Cayó una gota roja de su ojo derecho, luego una marrón, la última fue directamente negra.



Emilio Palacio

LA MAÑANA DE GENARO

Si las ocurrencias de la mañana le hubieran dado a Genaro los *buenos días* de maneras menos insospechadas, posiblemente estaría bebiendo ya una taza de café en lugar de limpiarse la sangre de la cara con una toalla. Su espejo, que en tantas ocasiones intentó reinterpretarlo de forma fidedigna, acude solemne ante la cruenta escena; Genaro no sabe si la sangre proviene de una incisión en la cara, una rajadura en la vena o, peor aún, un corte en alguna pena. Mientras moja y exprime el trapo anaranjado en el lavabo del baño, Genaro trata de recordar su sueño recién soñado. Algo tenía que ver con un mechero y con la placita del Centenario y aunque no era pesadilla, existía alguno que otro agravio que se le ha olvidado. Pero las distracciones no son factibles cuando lo evidente toca el hombro y Genaro tenía el rostro entre desconcierto y rojo. Aturdido, Genaro se talla los ojos. Suenan las gotas de agua hirviendo que saltan del pocillo a modo suicida sobre la lumbre, si no fuera por el imprevisto, Genaro estaría ya saciando su hambre; cumpliendo con su cotidianidad matutina y devorando el prácticamente obligado pan con queso. Quizá es por eso por lo que Genaro tiembla, por los momentos en que no sucede la rutina, las tardes en que se quebranta la sonrisa y por esos momentos en que uno se da cuenta que es falsa toda esa alegría, después de todo ¿quién diría? Que Genaro se suicidaría la mañana de este día.



Come, perro

Richard Sosa.

I

Diana nunca pensó que los rasgos viriles de Samuel le causarían un escollo sensual tan profundo. Su delicioso aroma a perfume costoso, su mirada de cazador unida a su porte masculino con su chaqueta negra de cuero y sus vaqueros ajustados la enloquecerían como nunca en su vida. Se juraron amor eterno y meses después, se casaron; nadie dudaba que hicieran una pareja formidable, pues eran realmente jóvenes y hermosos, encantadores en plena flor de la juventud para quienes los veíamos. Cualquiera hubiese dicho que eran el uno para el otro y, en cierto sentido, así era. Sin embargo, en todo cuento de hadas siempre es necesario un villano y en este caso, el apuesto Samuel pronto demostró tener los oscuros atributos, necesarios que le aseguraban dicho perfil al joven galán: era impaciente, obsesionado con controlar todo en casa, incluidos los pasos de su mujer y en ocasiones se portaba hasta paranoico. Diana hacía esfuerzos ímprobos por no darle importancia a los defectos de Samuel.

De hecho, casi un año después el hogar perfecto era solo un recuerdo. Samuel sufrió una devastadora metamorfosis para demostrar la clase de persona que era en realidad. En definitiva, lo que viviría Diana dentro de las cuatro paredes de aquella casa era solo el inicio de un verdadero infierno. Empezó haciéndose la vista gorda de las pasadas de mal humor de Samuel, sus golpes en la mesa y los succulentos platillos arrojados contra la pared porque no le había gustado la comida. Poco tiempo después llegaron las bofetadas y en un final inesperado, puños y puntapiés. El cuadro general se delimitó completo cuando llegaron los forcejeos en la alcoba cuándo y cómo quisiera poseerla, siempre a la fuerza. Al principio, la hermosa Diana luchó con todas sus fuerzas, pero tiempo después ya se había acostumbrado de manera sumisa a obedecerle en todo a su marido. Cualquiera diría que lo hacía para lograr que su idílico matrimonio funcionara, aunque sus esfuerzos jamás serían suficientes. En honor a la verdad es necesario decir que simplemente le tenía terror, sabía de lo que era capaz un hombre como Samuel o al menos eso pensaba; un ser despreciable y sin escrúpulos.

II

Recuerda con dolor aquella tarde de primavera cuando Samuel la invitó a dar un paseo al bosque. En esta ocasión, como tantas otras, se encontraba borracho y Diana no quiso llevarle la contraria, sabía de antemano lo que eso significaría. Para su sorpresa, el paseo no sería solo con su esposo. Dos amigos de este se encontraban en el claro del bosque, uno terminaba de orinar y se sacudía el miembro con mucha fuerza y sin ningún pudor. Mientras tanto, el otro fumaba un cigarrillo y se ensortijaba el mostacho al compás de una sonrisa guasona; pocas veces los había visto. Sus piernas empezaron a temblar mientras sus tímidos pasos se adherían al fango recién mezclado con la lluvia acaecida durante el inicio de la estación.

Su alma ardía de ira y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Esa tarde fue poseída por los tres intentos de sementales; primero fue Samuel y luego los otros dos. El desalmado marido veía la escena con suma satisfacción, gritándole todo el tiempo «¡Zorra!», durante aquel humillante acto. El vocablo estaba cargado de un odio infundado, pero así era Samuel. Jamás dejaba de sorprender lo bajo que podía caer y el mal que podía infringirle a su mujer. La escupió en más de una ocasión, y después de que se hubieron saciado, la golpearon de manera contundente. Es probable que la pensarán muerta.



Al día siguiente, abandonada sobre el húmedo sendero y con terribles secuelas como tres costillas rotas, diversas heridas superficiales en el cuerpo y con horribles cicatrices en el alma, que siempre la acompañarían, encontraron a Diana. No hubo ningún cargo contra el marido, a sabiendas del daño infringido; era en realidad un secreto muy bien guardado por parte de la pareja. Samuel se comportaba como el marido amoroso e ideal que jamás sería capaz de cometer tales crímenes contra su esposa.

A la mañana siguiente, Samuel no hizo ningún atisbo por recordar aquel episodio. Parecía que lo había olvidado, o peor todavía, nunca hubiera ocurrido y solo fuera un producto de la dañada imaginación de ella. El tiempo pasaría para curar las heridas y todos pareceríamos haberlo olvidado, menos Diana.

— Cariño, por favor, cuéntanos ¿quién te hizo esto? ¿Fue tu esposo? — inquirió la trabajadora social antes de remitir el caso a los investigadores. — Podemos ayudarte. Solo basta que nos digas lo que ocurrió. — Insistía dulcemente la mujer. En el fondo, la trabajadora sentía pena por ver a aquella mujer en tan desdichadas condiciones; mientras tanto, Diana no decía ninguna palabra. Empezó a llorar de manera profusa sin poder detenerse.

— Lo siento, — se le escuchó apenas musitar. — no sé quiénes eran.

— No hay porqué disculparse; no es tu culpa, Diana. Solo dime si fue él y haremos que pague por su crimen. — Decía la jurista.

En ese instante tocaron el cristal de la puerta. Era Samuel. En su rostro se percibía sincera preocupación. Traía en la mano un café caliente con crema y azúcar, tal como le gustaba a Diana.

— Adelante. — ordenó la trabajadora.

— Disculpe, vine a traerle café a mi esposa; la esperaré afuera. Tómense todo el tiempo que necesiten. — acotó a la vez que sonreía de manera cordial a la experta.

Esta solo destelló frialdad y asintió con la cabeza. Acto seguido, Samuel le entregó el vaso sellado a Diana, la besó en la cabeza y se retiró. Casi de manera automática, ella retiró la mano que todavía le sostenía la impertérrita funcionaria. Fue un detalle que no se podía escapar, apenas Samuel le entregó el café y la besó, Diana dejó de llorar y regresó a una postura similar a la de una estatua de granito.

— Lo siento, debo irme. Mi esposo me espera. — expresó la mujer.

— Entiendo, Diana. Solo recuerda que esto se detendrá el día en que tú así lo decidas.

Al terminar la frase, la jurista le entregó su tarjeta y se prometió a sí misma no cerrar el caso. Tal vez pudiera hacerse algo a la hora de encontrar algún vericuerdo legal con el objetivo de darle su merecido a Samuel. Y es que ella, feminista consumada, sabía que desde el momento en el que Samuel ingresó a la comisaría del Estado con su porte machista, que aquel intento de espécimen de varón no era sino un farsante capaz de hacer cuanta fechoría se le ocurriera. Bastaría que su esposa diera su declaración para iniciar el proceso legal contra él. No obstante, sabía en su interior que eso no ocurriría. Aunque la esperanza es lo último que se perdía en casos como estos. Las estadísticas no mentían. Por lo general, el dos por ciento de los casos denunciaban al agresor, el resto ni siquiera iba a alguna comisaría o ente legal, inclusive tampoco lo hablaban con nadie, aguantando años de maltrato de manera silenciosa. Siempre habían chocado contra una puerta o resbalado en el baño cuando aparecían los



cardenales en su rostro. Fumó un cigarrillo y regresó a zambullirse en el montón de folders abandonados sobre su escritorio.

En el caso de Samuel, hubo un cambio en apariencia positivo pues se mostró atento durante el tiempo que duró la recuperación de Diana. De hecho, cualquiera hubiera podido pensar que era un marido ideal, incluso hasta yo lo creí así. En esa ocasión, volvió a usar de la mejor manera posible la máscara de hombre enamorado que usó cuando había sido novio de Diana. Todos le creíamos, todos menos Diana. Por eso, tres meses después, una tarde en la que Samuel cerró la puerta con llave para irse a su trabajo, una vecina le permitió llamar a la mujer que había prometido ayudarle. Sin duda, Bertha Culler la recordaba. Dejó todo lo que estaba haciendo y enseguida derrapó en su auto hasta la casa de los Campbell. Ese mismo día Diana se enteró a través de una prueba que tenía casi catorce semanas de embarazo. Lloró sin cesar para convertirse en una nueva mujer. Su recién adquirido instinto maternal fue la pieza clave que puso en jaque mate la decisión que debía tomar.

Año y medio después, tal vez por el episodio con los amigos de Samuel, ella dudaba del vínculo paterno entre Ann, su hija, y su marido. En realidad, podía ser hija de cualquiera de los tres tipejos. Afortunadamente no se parecían en absoluto. «¡Gracias a Dios!» pensaba para sus adentros. Su quijada le recordó aquella brutal paliza y bebió un sorbo de vino para decir, casi con asco:

— Maldito. — Refiriéndose a Samuel. — Todos los hombres son unos perros. Así deben ser tratados. ¡Qué reciban su merecido!

III

Luego de un justo y merecido litigio legal por violencia doméstica, se decidió a través de los buenos oficios de Culler y con pruebas contundentes que Samuel pagaría una condena de al menos siete años en la prisión de máxima seguridad del Estado. Vaya usted a saber dónde quedaba, igual no importaba; nadie en su sano juicio querría saber algo del ruin individuo. Mucho menos su esposa y tampoco su hija cuando supiera la clase de persona que era su posible padre. Aunque los infundados temores de Diana se harían realidad cuando supiera que tres prófugos habían escapado de la prisión. Era probable que ya estuvieran en la ciudad. Además, era todavía más probable que la buscaran justo a ella. Se trataba de una realidad de la cual no podía huir.

Compró el periódico y leyó el titular: «*escape y asesinato por tres prófugos de la prisión estatal*». El corazón le dio un vuelco. De nuevo aquella sensación de temor en sus manos, un leve y casi imperceptible temblor.

— Maldita sea, ahora ¿qué haré? — se decía temerosa.

No obstante, reflexionó ¿por qué tenía miedo si ahora era una mujer diferente? una mujer que no se dejaría amedrentar por un tipo como Samuel. Pensó en la pequeña Ann, que dormía plácidamente en su habitación y supo lo que debía hacer. Se había preparado para tal momento, solo debía esperar. Todo a su momento. Las decisiones, cuando se piensan bien suelen dar los resultados esperados.

IV

La noche siguiente, al entrar a su departamento, tuvo una sensación vaga que la incomodó. Diana sabía que alguno de los tres prófugos podía ser su antiguo marido. De pronto, su cuerpo tembló cuando su memoria olfativa trajo consigo el aroma del perfume de Samuel. El pasillo



de la habitación, apenas iluminado, le atemorizó. Recordó que se encontraba sola, ya que la pequeña Ann estaría desde la noche del viernes en casa de sus abuelos maternos. Supo que algo muy malo pasaría si se encontraba de nuevo con su antiguo amante. Sin embargo, descorchó una botella de vino tinto y se sirvió una deliciosa copa. Recordó para sus adentros que sus temores eran infundados. Samuel no la había molestado desde hacía mucho tiempo.

V

Su pensamiento se aglutinó en una de las remembranzas de aquellos tiempos tan difíciles. Parecía que ya no dolía el recuerdo; parecía que había sido una eternidad atrás. El apuesto y joven oficial de policía, alto y con unas patillas más largas de lo habitual, le preguntó, escrutando el pretil de la puerta, bajo sus oscuras gafas de sol, mientras ella se observaba, asustada y llorosa, si todo estaba bien. Ya era una situación de rigor el que varios policías visitasen con frecuencia su puerta, intentando constatar las denuncias de los vecinos.

— ¿Se encuentra usted bien, señora Campbell?

— Sí, sí, estoy bien. Solo he tenido una caída en el baño. Resbalé y me he golpeado, eso es todo. — justificando una vez más el ataque de su marido.

— Eso no fue lo que dijeron sus vecinos. — atinó el oficial.

— No importa lo que ellos digan, oficial. Mi mujer resbaló y cayó. Eso es todo. No hay nada más qué decir al respecto. — interrumpió Samuel.

De inmediato supo que, de no haber tomado la decisión correcta, habría sido demasiado tarde. Seguro habría muerto en algún momento porque Samuel no medía su fuerza contra ella y poco le importaba su bienestar físico. Tomó tiempo armarse de valor y separarse del yugo marital. La frase: *«lo que Dios ha unido, no lo separe ningún hombre»* tuvo un matiz muy distinto en su matrimonio, hasta que ella así lo quiso.

VI

En lo más profundo de su ser supo que si cometía apenas un error, supondría su fin. Así que cronometró los tiempos y calculó las acciones. El día que apareció Samuel se fingió asustada. Justo lo que su marido esperaba. Una víctima acorralada que tendría su merecido, pues la memoria vengativa de su marido había creado una serie de fantasías de lo que le haría.

— ¿Pensaste que me quedaría pudriendo en esa maldita cárcel? Eres una ilusa, Diana. No has aprendido nada en mucho tiempo. Ahora vas a ver lo que es bueno, luego me encargaré de la pequeña bastarda; solo es cuestión de tiempo.

Samuel no percibió que algo había cambiado en su antigua mujer. Era distinta.

— Ve a la habitación y desnúdate. — continuaba Samuel. — Eso sí, prepárate como me gusta porque hoy me vas a recordar como nunca. ¿No dices nada?

— ¿Qué quieres que te diga? No tengo nada qué decir. — respondía tranquilamente Diana.

— Me parece bien. Esa zorra de Culler y tú pretendieron arruinarme y ahora les devolveré el favor. Ella también tendrá lo suyo en su momento.

Pronto, arrojó el cigarrillo encendido contra Diana y se rió a carcajadas. La serena mujer apenas se movió como en tiempos atrás. De pronto, Samuel observó la botella de su vino favorito sobre la alacena y dirigiéndose a ella señaló:



— Algunas cosas no cambian, Diana. Todavía recuerdas mi bebida favorita; un verdadero detalle.

Se sirvió una copa y lo bebió de inmediato. El licor le produjo cierto escozor pero no le prestó mucha atención. Arrojó la copa contra la pared como en otros tiempos y le tomó el rostro a la incólume mujer.

— Anda, obedece. Te quiero ahora.

Diana se levantó y se acercó a la puerta de la habitación. De repente algo cambió en ella y, volteándose, le arrojó con desdén esta frase:

— ¿Sabes que tienes razón, Samuel?

— ¿A qué te refieres, perra? — dijo de manera ofuscada.

— Algunas cosas no cambian. Quizás somos muy predecibles. — decía Diana, mientras se acercaba lentamente al fornido hombre, sin temor alguno y con su mirada clavada de manera perpetua en él.

— ¡No sé de qué hablas! — De inmediato la abofeteó. — ¡cállate de una vez! Nunca me ha importado nada de lo que dices.

Diana sintió cómo se había partido su labio superior pero no se movió. Sabía que en breve tendría lo que quería.

— Me siento extraño, no sé qué me pasa. — decía agitado Samuel.

— Deberías descansar. — continuaba Diana mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

— ¡He dicho que te calles! — gritó Samuel.

Intentó golpearla de nuevo, pero cayó de manera estrepitosa. Sus ojos se mantenían en letargo total pero su cuerpo no respondía en absoluto.

— Mejor me callo. Ya tendrás tiempo para escucharme. — susurraba Diana en el oído de Samuel.

Horas después, Samuel despertaba atado en una extraña habitación atado de pies y manos, completamente desnudo. Intentó gritar y no pudo, sus labios habían sido sellados. Un par de puntadas en la boca y el secreto estaría sellado para siempre. Había bastado un cuarto oscuro con pequeños orificios para que sirvieran de testigo a su nueva vida; jamás debió forzar el amor pues resulta algo despreciable. Diana abrió la puerta de la habitación, los goznes chirriaron mientras la luz, cansina y noctámbula, embarazaba el lugar. Ingresó con una par de objetos quirúrgicos y metálicos. Apenas era el inicio de lo que le esperaba. Entonces, la lacerante voz de Diana exclamó:

— Eres un perro, Samuel; ahora eres mi perro. Así que, desde ahora, te comportarás como tal. ¿Sabes qué es lo primero que se hace con un animal que se quiere domesticar para que no sienta instinto carnal y sea menos violento? Ah, es cierto, no puedes hablar. — decía con sarcasmo Diana. — Bueno, te lo diré al oído. Hay que castrarlo y eso haré en este momento. Al igual que lo hice con tus amigotes. Entonces, comencemos. — agregaba con cierta satisfacción y crueldad.



Los gritos de Samuel estaban ahogados e instantes después no importaban. Samuel sintió en carne propia lo que era el dolor de sentir su masculinidad lacerada.

VII

Una noche calmada, después de arrojar sus tacones en el armario, alguien tocó la puerta. Seguro su compañía habría llegado. La velada sería muy entretenida.

— ¡Hola cariño, un gusto verte! — se trataba de Bertha Culler, su querida amiga y heroína.

— Pensé que no llegarías. La vamos a pasar genial. — respondía feliz Diana.

— Por supuesto que vendría. No puedo fallar a nuestra cita semanal, cariño.

La besó en la mejilla y entró a la confortable casa, ahora cargada de mejores recuerdos. Vieron un par de películas y prepararon una deliciosa cena. La pequeña Ann se encontraba en casa de sus abuelos y tenían toda la noche para ellas. De pronto, un extraño ruido rompió la atmósfera de tranquilidad.

— ¿Escuchaste eso? Me pareció escuchar algo en la otra habitación. — aseveró Bertha mientras bajaba el audio a la televisión y atizaba su oído.

— No he oído nada. Será idea tuya. — afirmó Diana.

— Iré a revisar.

— ¡No, no lo hagas! olvídale. Yo reviso; relájate, ya vuelvo.

Diana abrió una puerta con la llave que descansaba atada a su collar y se posaba entre sus pequeños pechos. Encendió la luz y supuso que Samuel tendría hambre. Le sirvió un poco de comida y alzando la voz le dijo a Bertha:

— Querida, ¿te comenté que tengo un perro?

— No, no me lo dijiste. Pensé que después de haber tenido a Samuel, no te gustaban. — dijo Bertha, riéndose a carcajadas. — Me encantaría verlo.

— Claro, luego podrás verlo, ya tiene sueño. Dormirá después de comer. — señaló Diana. De sus labios salió la frase que Samuel jamás olvidaría, durante el resto de sus días, una frase cargada de profundo odio:

— Come, perro.



no era la manera, pero tenía razón!

Alma Delia Blancas Mirano

Cuando eramos pequeños, mi hermano y yo compartíamos muchas de nuestras cosas, incluso la ropa, porque en casa no había mucho. Recuerdo que eso a mí me molestaba de sobremanera, porque yo veía que mi hermano no cuidaba las cosas, a pesar de que sabía que los dos la utilizábamos. Me acuerdo que un día, se puso mi cinturón para irse a la escuela; yo no me dí cuenta que ya lo había roto hasta que lo iba a usar. Ese día, me enojé tanto con mi hermano, me acuerdo muy bien, que le dí un golpe en su brazo; fue el lugar donde lo alcancé, compuse mi cinturón y lo escondí hasta abajo en el último cajón del ropero que estaba en nuestro cuarto, porque también dormíamos juntos. Sin darme cuenta, mi mamá vió lo que hice, entonces me dijo: «*¡Vas a ver cuando llegue tu papá!*».

Dicho y hecho, cuando llegó mi papá sacó el cinturón del cajón donde lo había escondido y con ese mismo me tundió en la nalga, diciéndome con una voz muy fuerte «*lo que tienen es para los dos*». Lloró mi papá cuando tiró el cinturón y, con una voz calmada y suave, nos dijo: «*¡deben de quererse hijos!, ¡deben de quererse como buenos hermanos!, ¿qué te cuesta prestarle el cinturón a tu hermano?, ¡También tú, si sabes que es de tu hermano!, ¿por qué no lo cuidas?*», nos abrazó y salió del cuarto.

Mi hermano y yo nos abrazamos y lloramos, y a pesar de que vi a mi papá arrepentido y triste por tundirme, no lo entendí; cada vez que pude se lo reclamé. ¡No era la manera!, nunca entendí el por qué me había golpeado, yo tenía la razón, mi hermano no cuidaba las cosas, hasta le llegué a decir «*¡pues entonces cómprale uno, para que no se ponga el mío!*», mi papá asentaba la cabeza y se iba a otro lugar sin decirme nada.

Hoy, voy llegando del trabajo y mi esposa me dice: «*¡Tus hijas se enojaron, porque no se quisieron prestar la chamarra!*» y ¿saben qué?, tuve la misma reacción que mi padre y hasta ahora puedo comprender lo que él sintió al reprenderme, usé las mismas palabras y sentí seguramente la misma impotencia que él. Mi hermano y yo nos queremos mucho y siempre nos apoyamos; ¡eso era exactamente lo que buscaba mi padre! que nos ayudáramos siempre, respetándonos, cuidándonos; y eso mismo espero yo, que mis hijas de verdad se quieran y se apoyen como hermanas. ¡Mirénlas, también abrazándose después de reprenderlas!, ¡las amo hijas!



“Manuel: la frase que escribí”

Alma Delia Blancas Mirano.

- ¡Manuel otra vez con tus zapatos sucios! — le decía a un pequeño de aspecto un poco desaliñado. — ¡Toma papel y límpiame la nariz!, ¡Bien, vamos a comenzar la clase!; a ver, vamos a empezar con la frase que escribí en el pizarrón el día de hoy: «*Cree en ti y todo será posible*», ¿qué nos quiere decir esto?, ¿quién me dice?, ¿qué piensan?, ¿qué piensas tú Manuel?,
- ¡Yo pienso maestra que un día me voy a poder comprar un Transformers, cuando pueda trabajar mucho más! — decía el niño con un rostro que reflejaba ilusión.

No tardaron las risas de sus compañeros y uno que otro que no aceptara la opinión de Manuel, a veces parecía que estaba en otra sintonía.

- ¡A ver, orden! — interrumpí a los niños. — terminando algunas de sus participaciones, seguimos con una nueva actividad; a ver niños, vamos a formar equipos de cuatro personas y van a elaborar preguntas sobre aspectos que no conozcan de sus compañeros y que quisieran saber.

En el equipo de Manuel, hicieron varias preguntas que pudimos compartir en asamblea dentro del grupo; cuando cada equipo pasó al frente a compartir sus preguntas y respuestas, el equipo de Manuel nos sorprendió. Cada equipo tuvo un representante, el representante de ese equipo en particular, era Teresita y al pasar al frente, comentó:

- En mi equipo elaboramos las siguientes preguntas, ¿qué piensas de ti mismo? y ¿qué cambiarías de ti?, pero ¡Manuel pasa a explicar mejor tú!

Todos miramos a Manuel y él se levantó de su lugar, pasó frente al pizarrón y empezó a platicar las respuestas a sus preguntas.

- ¡Bueno está bien!, les explicaré: cuando a mí mis compañeros me preguntaron ¿qué pienso de mí? contesté: Yo soy un niño de 10 años, un poco sucio y desarreglado porque cuando me vengo para la escuela debo caminar mucho, y a veces hay charcos de lodo, o también en ocasiones no me da tiempo bañarme porque o no hay agua en mi casa, o debo apurarme a darle de comer a las gallinas que cuida mi mamá, y como vamos a vender la leche a los vecinos, luego ya no me da tiempo de regresar a bañarme; pero a pesar de eso, soy un niño muy guapo e inteligente.

En ese momento rieron todos los niños; Manuel continuó:

- Mi mamá siempre me lo dice; dice que nunca debo ser igual a los demás porque yo soy muy inteligente y que siempre puedo hacer todo; y yo creo que sí.
El otro día, un señor no nos quería pagar bien la leche; yo conté los litros que le di, eran 4 y cada litro lo pagan a \$12, entonces de 4 litros eran \$48 y el señor me quería pagar \$36 solamente. Mi mamá me dijo «son \$36 hijo, el otro litro se lo vamos a regalar porque él lo necesita más; siempre debemos ser agradecidos».
En realidad el sr. nos robó un litro de leche porque no lo pagó, pero ese día tuvimos tanto trabajo y vendimos tantos litros que no nos hicieron falta los \$12.00. De regreso a casa, le corté un girasol a mi mamá y ella me lo agradeció con un beso. — puntualizó el pequeño.

Pasaron a la siguiente pregunta, ¿qué cambiaría de mí?

- Pues nada, — contestaba reflexivo Manuel. — excepto asearme un poco, lo demás, nada; porque soy feliz con todas las cosas que hago, le ayudo mucho a mi mamá, ella siempre me dice «*el cómo te ven los demás no es problema nuestro, el problema está cuando tú te miras en el espejo y no te reconoces*». Además, — agregó para finalizar. — cada día que vengo a la escuela y escucho a la maestra cuando nos dice: «*Teresita, ¡pasa y siéntate!, ¿Carlos, no te firmó la tarea tu mamá?, ¡Manuel, límpiame la nariz!*», me doy cuenta que ella también nos quiere mucho porque se fija en todo lo



que hacemos y en todo lo que somos; por eso, yo no cambiaría nada, porque cada espacio en el que vivo, todos me cuidan, pero más que eso, puedo hacer lo que a mí me gusta. Cuando Yo sea grande y pueda trabajar un poco más, me compraré mi Transformers.

Ese día, entendí cuánto puede aprender un maestro de un alumno, Manuel me enseñó con el ejemplo de sus acciones, la frase que en el pizarrón escribí.



El metro

Martín Esquivel Ochoa.

Miró el reflejo tenuemente devuelto por el cristal del vagón, perdiéndose en detalles no resaltados por la translúcida imagen. Las luces al avanzar el convoy se proyectaban en su visión completando el cuadro. Sentado sobre uno de los asientos de dureza palpable, miraba plácidamente, de frente, en el sentido del tren; una extraña pesadez aplomó su movimiento. Sus ojos se posaron, atraídos, en el relejo, y a veces, el impulso necesario para voltear lo suficiente, ampliaba su visión del evento. En realidad, no era en absoluto extraño o asombroso lo que sucedía. El recorrido no llevaba contratiempo alguno, el número de personas para esas horas se encontraba dentro del rango, al igual que la temperatura. Observó pasar y desaparecer, para volverse a formar, una masa multiforme de rostros sin fin, extraños. Un número considerable de personas en un vaivén de sonidos que dan un colorido particular al metro. En las últimas estaciones el sueño arrullaba su viaje. Parpadeo pesado, luz... parpadeo... luz... parpadeo.

Observó una sombra que entraba en la penúltima estación. La silueta delgada tomó asiento en el otro extremo. Su perfil izquierdo, lado que el acomodo de asientos permitía mirar, era afilado. El estado de aletargamiento no le dejó distinguir sus rasgos ni su vestimenta, sólo su perfil. El siguiente parpadeo fue muy largo; sus ojos, al abrirse, se clavaron directamente en la extraña figura. Entonces todo fue caótico; fueron quizá segundos, tal vez menos. Apartó la mirada de la atrayente silueta, en dirección a la ventana. Su rostro mostraba cierta palidez mortuoria, el cuerpo trémulo, a la par que un copioso sudor escurría por su frente. En idéntico suceso, el viaje antes realizado, se presentó devuelto por el cristal. Las mismas personas, colores, vestidos y hasta olores, y para detrimento de su mente insana, fue audible un extraño sonido. La perspectiva del reflejo dejó entrever ajenos colores, figuras, sombras, todas ellas en siluetas afiladas.

A unos cuantos metros de la última estación, y terminar así con la jornada, el tren se detuvo. Fue entonces que aquella representación se volvió errática. Los detalles sugerían explicaciones inimaginables, excitando un instinto primitivo en la profundidad de su cerebro. Dejó de temblar. Sus puños apretados mostraban gran esfuerzo de determinación. Continuó mirando fijamente aquellas figuras de colores configuradas en inverosímil movimiento, dando vida a trazos que desafiaban la templanza del discurrir humano. Los colores eran de leyes inenarrables, los seres, a veces amorfos, eran proyectados a todo el espacio por la diáfana superficie. Todo parecía tener un grado de conciencia independiente.



El vagón quedó apagado por unos instantes para avanzar nuevamente junto con un chirrido estridente al cambiar de vías. Fue insoportable. La mezcla de distintos sonidos componía una melodía errabunda, parecían voces, y al unirse, la mixtura desesperaba y lo más primigenio de su cuerpo despertaba. Al volver súbitamente la luz, el hombre afilado, la sombra sin rostro que era, volteó la cabeza lanzándole una mirada con serpentinos ojos. El asiento quedó vacío al tiempo en que sus miradas se cruzaron.

Hace tiempo que no encuentro algún mirar conocido. Parece cansancio de mi alma marchita. Yo estaba en ese tren, en el vagón, en la hora del último viaje. Después de esfumarse la extraña silueta quedé completamente solo; un extraño frío apartó mi esencia a un tiempo pretérito. Mecánicamente me puse en pie y bajé del vagón mientras la bocina escupía su monótono ruido, al prevenir el cierre de puertas, impregnando un hilarante sonido.

Caminé hacia las escaleras, en vano busqué alma alguna. La estación estaba cerrada, decidí encontrar un lugar para pasar la noche. Echado sobre el gélido mármol no pude dormir en un principio, meditando en lo sucedido. Las luces no se apagaron y finalmente dormité sin darme cuenta.

Al despertar aproveché la oportunidad para acabar con algunas diligencias. La gente llegaba ya. Tomando asiento aborde el primer tren de la mañana. Éramos muy pocos, demasiado pocos. En la misma línea se encuentra la estación de mi destino. El transcurso del viaje no dilató. Al bajar, se escuchó el apremiante sonido antes del cierre, hilarante. Di algunos pasos antes de caer en cuenta que no era la estación, ni la línea, ni dirección, ni hora, ni tiempo...

Cada estación en que puedo, miro el reloj o echo un vistazo al diario de alguna persona. La hora y los días cambian, las personas que abordan, y nunca es mi andén.



Palabra

Ale Montero.

Jeremías despertó una mañana con la peor obsesión de su vida: una palabra. Pasaron días. El vocablo seguía en su mente. Intentó olvidarlo de muchas maneras: compuso canciones, representó la palabra con dibujos, pero nada tuvo éxito; fue al psicoanalista. Unas semanas después prefirió dejar la terapia porque entre más hablaba de la palabra, más se obsesionaba. Fue con un cura, sin embargo, terminó ignorando sus consejos. Probó con un hipnotista, pero no consiguió nada. Trató con hongos alucinógenos, pero sólo vislumbró la palabra como un humanoide hecho de letras. Jeremías ya no podía más, así que pensó en suicidarse. Anhelaba saber el origen del vocablo. Permaneció sentado en una esquina de su dormitorio, cabizbajo, en posición fetal, moviéndose rítmicamente, con la mirada perdida y murmurando la palabra. Su primo Patricio, psicólogo, llegó a visitarlo. Fue entonces cuando Jeremías le reveló la palabra. Parecía proveniente de algún dialecto o lengua muerta. Patricio buscó en internet; no la encontró. Estuvo de biblioteca en biblioteca sin hallar nada, hasta encontrar un libro histórico respecto a una tribu extinta; esto apenas reveló información sobre costumbres familiares. Le pidió orientación al bibliotecario, este le sugirió comprar un antiguo libro; lo vendían en una exótica tienda de objetos olvidados en un pueblo vecino.

Patricio viajó y llegó a un poblado polvoriento; las calles no tenían pavimento y los animales corrían libres. La gente lucía andrajosa. Patricio llegó a una vieja tienda. Un señor le dijo que sólo quedaba un ejemplar de ese antiguo libro; lo tenía una familia nativa: los Kubaak. Patricio llegó a una gran vivienda anticuada y preguntó por la familia Kubaak. Un señor explicó ser uno de ellos. Patricio le dijo estar buscando un viejo libro. Aquel hombre lo guio con una anciana ciega de largos cabellos blancos sentada sobre un tapete en un rincón de la vieja casa. La anciana lo escuchó atenta y le señaló el lugar donde estaba el libro. Las páginas eran amarillentas, algunas se caían pese a estar amarradas con cuerdas gastadas y la portada era de cuero de cerdo. Encontró la palabra. Era un enunciado. Al leer el contexto de la frase dejó caer el libro, boquiabierto. La frase era *Ahkmirzurbak*. Se traducía como «*muerte inminente*». Patricio pensó en la palabra no como presagio sino como profecía autocumplida. La mente inconsciente de Jeremías arrojó la frase encubierta para advertir ser su propia amenaza. Su autosabotaje lo protegía de su autosabotaje. Patricio necesitaba revelar la palabra a Jeremías para evitar su autodestrucción. Minutos después recibió una llamada. Se enfureció y le brotó una lágrima. Se enteró de que Jeremías se había ahorcado. A lo lejos la anciana reía con disimulo.



PÚRPURA COLOR SOL

Marco Antonio Toche Zevallos.

Quien me hubiera visto hacer el amor con esa hermosa mujer, habría creído que era cualquier otra persona, menos el ecuánime Víctor. Porque al conocerla, había dejado de morir y salté a la vida. Pero nos han separado para siempre y yo he ido muriendo, desde que nuestro amor no me alimenta. Para disimular mi desenfreno sexual, la naturaleza me ha dotado de un rostro sin expresión; estoy seguro de que no es el efecto del café, que a muchos sirve de afrodisíaco. Me lo he cuestionado seriamente y no hallo más que una conclusión más o menos sensata y comprobable: el púrpura del sol. Aunque les falta cuerpo a esas nubes, el color pardo de su horizonte es cautivador. Se parece a un café escuálido, desteñido, insípido. Y el sol, con su tonalidad púrpura incandescente; definitivamente, la creación es divina. Me preguntaba ¿Qué haría yo sin el oeste para ver al sol reposar? Qué bueno que el mundo es redondo y no triangular.

El caso es que la perfección del sol me excita; la perfección eleva el placer. Imaginar a las nubes copulando me excita también. Creo que el púrpura es el color del amor. Pienso frecuentemente en la escena de dos nubes haciendo el amor sobre todos, bajo la nada, recostadas en el horizonte, al lado del sol. Un lecho naranja y púrpura para hacer el amor.

Y es posible comprobar el efecto de ese color en mi apetito sexual. Recuerdo muy bien la primera vez que descubrí esa sensación, fue el día que conocí a mi mujer y tuvimos sexo. Nuestra relación empezó así: somos de pocas palabras y preferimos entregarnos a la carne, que es la única que no miente.

Yo tenía un problema: Luisa, mi nana, no me da permiso para salir a jugar; nunca lo ha hecho. Y hasta hoy sigue atormentándome con ese jugo que prepara una vez al día para mí. Pobre Luisa, cree que esa porquería grumosa e insípida tiene propiedades curativas. ¿Quién se cura durmiendo diez horas con un sorbo de no sé qué?

Aunque me gustaría que todos supieran lo horrible que es soportar a esa mujercilla la mitad del día, no quiero perder de vista la anécdota más hermosa de mi vida. Una tarde, mientras Luisa preparaba ese mejunje, se me ocurrió una gran idea para evadir su asedio. Como su habitación estaba frente a la mía, y considerando la poca privacidad que me otorgan esas mamparas antiestéticas que rodean mi cuarto, no podía escaparme mientras ella estuviera de pie. Las veces que ingresaba a darme ese jugo, ella bebía algún líquido parecido en otro vaso, como para invitarme a mí a tomar el que me correspondía y beber esa pócima somnífica. Descubrí que ella, para no confundirse, había marcado su vaso en la base. Era una pequeña L. Lo importante es que me las arreglé para matar a Luisa y escapar de esa habitación, para descubrir qué había afuera de mi mundo. Aunque seguramente esa plaga está viva, porque hierba mala nunca muere. Además, no tiene hijos que lloren por ella. «Cuando alguien no tiene quien le llore, se muere tarde y a solas», decía Luisa. Si regreso algún día y la encuentro viva, la mataré de un golpe en la crisma.



Al huir de ese claustro, fui iluminado por primera vez con la luz de ese púrpura intenso, redondo como las pelotas de metal que Luisa tiene de adorno en sus cabellos; en medio del naranja tenue, salpicado de flacas nubes. Oh, ¡qué placentero! grande fue mi sorpresa, cuando vi unas criaturas peludas, de más o menos cincuenta centímetros de alto, todas muy parecidas a Gloria, la amiga de Luisa. Ella dice que «Gloria es un perro y que no habla, pero yo siempre he comprendido lo que dice». Que hable en un idioma desconocido para la mayoría no la convierte en un ser sin comunicación; simplemente hace de Luisa y todos los demás unos incapaces. A diferencia de Luisa, Gloria me cae muy bien, ya que nunca anda sermoneándome por comer los restos de mi moco o examinar las heces con palillos para pasta. Luisa no entiende que soy un científico en potencia.

El mundo exterior es maravilloso, y descubrí que soy extraordinariamente sociable. Esa tarde les conté a todos mis nuevos amigos sobre Gloria, se veían muy emocionados por la idea de conocerla algún día. Aunque todos parecían muy amigables, uno me persiguió enojado, creo que porque no lo saludé. Felizmente fui más astuto y escapé corriendo. Luego de la persecución, llegué al paraíso de Alcan. Había un gran arco, con un letrero encima que no me preocupé en leer; después de todo, leer es todo lo que hacía en mi habitación. Ese día solo quería experimentar. Estaba maravillado por la arquitectura del lugar, había miles de mesas y adornos, alineados en filas y columnas, todas de tamaños y diseños parecidos; parecía un mosaico, como esa pintura de arte barroco que Luisa tiene en su habitación.

Mientras caminaba asombrado, — porque leí en una revista que con asombro se aprende mejor. — descubrí que no eran adornos ni mesas. Eran camas donde las personas esperaban a sus amigos y familiares. Como el centro de reposo que está en la segunda planta del edificio donde vivo, pero con mejor estética y mucha más privacidad. Y sin Luisas, claro. ¿Cómo lo supe? fácil: el amor de mi vida estaba esperándome. Era la única cama que no tenía cubierta de concreto. Miré al cielo y observé al sol moverse lentamente, se me entumeció algo entre las piernas. Luego bajé la mirada. Al verla, experimenté algo nuevo. Tenía los pechos descubiertos y al apreciar sus pezones me excitó mucho; tanto, que mi pantalón podría haber reventado en ese momento.

El entumecimiento era como el proceso de recarga de una munición de estallido al contacto. Normalmente le veo los pechos a Luisa, pero no me siento excitado. Con mi mujer es diferente, todo gracias al color del sol, que oscurece el tono de sus pezones y acentúa el redondo de sus senos. Me acerqué a ella poniéndome en cuclillas y le acaricié suavemente, recordé que Luisa siempre hablaba sobre la delicadeza que hay que tener con las mujeres. Supe que esa mujer era mía, además, porque no se opuso. Solo me miraba fijamente. Y yo podía reconocer el placer estallando en su interior, por la mueca de sus labios y el calor de su cuerpo. Durante el recorrido lento de norte a sur, entre sus pechos y su vientre, empecé a arder desde adentro y se aceleró mi respiración. Sentía cómo la sangre llegaba a mis sienes y, luego de golpear las paredes de mi cerebro, descendía para empozarse en mi entrepierna. Nuevamente, me invadió el deseo de mirar al sol, como para buscar una respuesta en su recorrido hacia el frente occidental del cielo que peina este paraíso. Al elevar la vista, mis pupilas y el sol se cruzaron con tal precisión, que seguramente mi cerebro hizo corto circuito.



Entré en una faceta que hasta entonces no había conocido. Ah... y ese aroma que desprendía... Como el de las heces que examino, pero con un toque de tabaco chino, como el que fuma Herminio, un amigo del edificio. Con toda esa lascivia al tope, sentía espasmos ligeros en mi abdomen y notaba cómo mis piernas se tensaban cada vez que tocaba más íntimamente a mi mujer. Cuando no pude contener más las ganas de entrar en ella, le pedí que me ayudase a penetrarla; después de todo, yo era primerizo y no sabía exactamente cómo hacer eso. Pero creo que es un tanto holgazana para llevarme el ritmo. Tiene suerte de que yo siempre traigo energías para eso. Y esa vez, yo la levanté, llevando sus tobillos a mis hombros y empecé a ejecutar movimientos pélvicos que ni siquiera yo sabía que podía realizar. El entumecimiento fue mayor y sentí un estallido, humedad, escozor, complacencia, relajamiento en el abdomen... Mi corazón empezó a latir con menor velocidad y dejé a mi mujer otra vez en su lecho. Como soy un caballero, le dije mi nombre. Ella parecía aún presa del placer, no hablaba y la mueca seguía ahí.

Mientras ella disfrutaba a su manera, fui por algo de beber. A unos doscientos metros de donde estábamos, encontré a un anciano sentado sobre una banqueta, con dos vasos con algún líquido caliente a su lado derecho. Después de olerlo, descubrí que era café, lo mismo que Luisa nunca me dejaba beber. Prohibirle a un hombre que beba café es como apresarle y colocarle una cadena de diez kilos en el pene. Parecía esperar a alguien más, me senté del lado izquierdo de la banqueta y le hablé. El señor estaba muy tenso, no se movía. Y parecía enfermo, traía un color pálido, casi gris. Le pedí uno de los vasos, pero no respondió. Tomé uno y me lo llevé a la boca, no se opuso. Asumí que estaba de acuerdo y bebí el café. Repito: ¡dejar a un hombre sin café es una crueldad! ¡Cuánta perfección en un solo vaso! Luego de darle un par de sorbos, lo llevé conmigo hasta el lecho de mi amada y lo bebí junto a ella, mientras ambos apreciábamos al sol ponerse. La primera puesta de sol y café tibio para tomar fue como una inyección de deseo sexual. Volvimos a hacer el amor, esta vez fue largo, las nubes aplaudían y gritaban por nuestro amor. Anocheció y empezaron a llorar sobre nosotros, por la emoción del amor a primer encuentro.

Dormía yo sobre ella, cuando de repente a media noche sentí que alguien se acercaba a lo lejos. Por la fuerza de las pisadas, asumí que no se trataba de alguien amigable. Busqué con qué protegerla, no hallé nada cerca. Me quité el camisón blanco y lo tendí sobre su cama, encima coloqué un par de puñados de hierba que había en los linderos y me escondí detrás del cabezal de su cama, que era lo suficientemente alto como para que no me vieran, si me agachaba un poco.

Las nubes lloraban otra vez, pero con mayor intensidad y sin aplausos previos. Era un llanto de pena. Seguramente ellas presentían que alguien iba a destruir el amor que ellas apreciaron nacer esa tarde. El caminante llegó hasta donde estábamos, traía una linterna en la mano y la encendió sobre mi mujer, alcanzó a verla desnuda, ya que el camisón era delgado y la luz intensa. Imaginar a otro hombre apreciando su desnudez me desencajó, pero intenté guardar la calma y seguí agachado. Luego levantó el camisón y llamó a otros hombres, que vinieron corriendo y con más linternas. No soporté la idea de que tal vez abusarían de ella, así que salí inmediatamente y lo atacé, le quité la linterna y se la partí de un golpe sobre la cabeza. El hombre cayó y yo intenté levantar a mi mujer, para huir juntos de ese lugar y poder amarnos lejos del tiempo, bajo el todo y las nubes. La cargué sobre mis hombros y me eché a correr lo



más rápido que pude. En esos instantes todo lo que pasaba por mi mente era correr hasta que el cielo fuera púrpura otra vez, las nubes aplaudieran y el cielo nos cubriera, para hacer el amor bajo todo, sobre nada, recostados en no sé dónde y besarnos hasta no sé cuándo.

Alcanzaba a escuchar las pisadas de los demás hombres. Como tengo un oído muy agudo, sabía que eran cuatro persecutores, por los intervalos entre las pisadas y las diferencias en la fuerza del sonido que provocaban. De pronto los hombres se detuvieron, yo seguí corriendo. Oí que algo reventó, despidiendo un sonido similar al que provoca Luisa cuando mastica chicle. Sentí cómo mi columna se calentaba rápidamente, de abajo arriba, hasta llegar a mi nuca y enfriarse de arriba abajo, hasta que el frío llegó a mis tobillos y no pude avanzar más. Caí al suelo y mi mujer también. Los hombres corrieron hacia nosotros y apuntaban con sus linternas. Uno de ellos, al que atacué, estaba tocándola. Intenté levantarme, pero fue inútil. Después de forcejear desde adentro, pidiéndole a mi cerebro que hiciera corto circuito otra vez y me transmitiera fuerzas, entré en un sopor como el que me causaba ese mejunje grumoso. Nos habían separado, nuestro amor duró lo que tarda el cielo en esconder al sol.

«Acabamos de encontrar el cuerpo de Alicia López, la niña de catorce años que reportaron perdida hace tres semanas. Fue hallada en el cementerio de perros de Alcan, a las once y media de la noche, un hombre desnudo y de aparente esquizofrenia estaba con ella, atacó a uno de los guardias y se la llevó. Al revisar las fotografías que nos envió el director del manicomio, pudimos determinar que era el interno que se escapó. Afortunadamente, fue reducido y pudimos recuperar el cadáver de la niña, tiene señales de una muerte cruel y algunos indicios de violación, así como restos de líquido seminal.»

La voz del otro lado de la llamada rompió en llanto. «Desgraciados.»

Tras la pista del macho alfa

Guille Horacio Pegoraro.

- Ya se lo dije Turner, nada de policiales, mafias o narcotráfico. Usted todavía es un polluelo que debe aprender el ABC de la prensa. Fíjese si lo largo así nomás en las inmundas calles del bajo fondo; apenas abra la boca y lo habrán apuñalado. No, no, no... usted va requerir de experiencia, ir de a poco, armarse de contactos, saber de códigos, superar el asco y olvidarse de vomitar lo putrefacto de este mundo. Hágame caso, tome esta carpeta y comience la investigación, que por lo menos le servirá para poner en práctica su nariz y afinar el olfato periodístico.

Con desgano y bufando de bronca, el muchacho se retiró del despacho del editor, para sentarse en su incómoda silla y echar una ojeada a la tarea encomendada. Nada era casual; el joven tenía una larga herencia familiar de reporteros de gran coraje, a los que el destino había depositado en el momento indicado, pero en el lugar errado.

Su bisabuelo estuvo en el gran desastre del Hindenburg; pero como andaba flojo de esfínteres, había sido su colega, Herb Morrison, quien transmitió en vivo el espeluznante suceso, mientras él transpiraba en los sanitarios. Años más tarde, el hijo de aquel, deseoso de sacarse las burlas hacia su padre, se embarcó como reportero de guerra en la odisea del Día “D”, acompañando al intrépido Robert Capa. Fue este último quien saltó a la fama con sus fotografías movidas, porque al primero se le mojaron los “perfectos” negativos en la playa de Omaha.

La herencia estaba maldita, pero la estirpe de periodista se negaba a ser rechazada. Años más tarde, el nieto del que sufriera las primeras bromas, se camufló como integrante de la familia Los Genovese, para retratar en vivo la mafia de New York. No tuvo peor fortuna que hacerse de amigo de Joe Valachi, primer miembro de la Cosa Nostra que rompió la *«ley del silencio»*, poniendo al descubierto cincuenta años de crimen organizado, a través de una lista de sus conocidos pandilleros; y por supuesto... otro Turner que no podía publicar absolutamente nada, al ser injustamente encarcelado.

Y he aquí al inquieto bisnieto que insiste en torcer la muñeca del destino; ofreciéndose en todas las investigaciones que involucren peligro, coraje y audacia. Acomoda su silla y abre la carpeta. Lee la primera página y de bronca la tira al basurero. Insulta despacio con un tajante *«¡mierda!»* y se agarra la cabeza para evitar que estalle.

Si hay algo peor a no hacer lo que gusta, es privarse del salario que calma más que sólo al hambre. Agradeciendo que nadie había observado su rabieta, buscó la hoja y la planchó con la mano. No sabe si el encargo era algún tipo de chiste, ni siquiera si formaba parte del mundo de la información. Lo cierto es, que su tarea era investigar la existencia de un *«chamán de corazones»* que impartía clases en privado sobre seducción a hombres desesperados. El único dato a mano era su seudónimo *«Varón Alfa»*, por cierto, poco original.

Husmeo en la web y aplicó varios filtros para dar con el charlatán. Investigó en foros, en grupos y en buscadores a través de palabras claves. Poco encontró, quizás era una leyenda urbana, como la de los cocodrilos en el drenaje.

Una semana con sus noches se la pasó investigando. Frecuentó bares nocturnos, cafés, gimnasios, comercios...en fin, lugares en donde los encuentros de géneros se concretan, percatando que a más de uno le hubiera hecho falta un tutor en seducción, por lo bruto que resultaban en su intención de sociabilizar. Hizo tantas preguntas en la ciudad, que al final, un día recibió un llamado en la redacción. Con un *«¿Me estás buscando?»* y un *«Sí»* de respuesta, la cita se pactó.

A plena luz del día, y en una plaza pública, como acuerdan los que temen ser eliminados, se vieron por primera vez. A Turner le sorprendió el porte del didacta en el amor; no era precisamente lo que se había imaginado. Si bien vestía a la moda y había puesto su mejor esfuerzo en la apariencia, estaba muy lejos del hombre promedio en los afiches publicitarios. Tomaron asiento en un banco desocupado, y el trabajo del reportero comenzó a verter tinta.

Uno fue mezquino en respuestas, y de ningún modo otorgaría datos personales, porque él sólo era adrenalina, pecador sin tregua...sacador de tentaciones; y cómo ocurre en la Justicia, a los jueces se los conoce por sus sentencias. Para el reportero, sólo eran palabras huecas, dichas por alguien con un gran narcisismo a cuestas.

Le preguntó sobre las características del macho alfa, como él se definía; y la catarata de virtudes fue dicha por quien aseguraba que las tenía:

- Para ser macho alfa se necesita de coraje, carisma, saber tratar a una mujer, educación, fuerza, liderazgo, ambición, gusto por los retos, saber reírse de sí mismo, orientación de logros y persistencia.
- ¿Y tú eres todo eso? — con sarcasmo preguntó el escriba.
- No solo eso, sino mucho más. — sentenció con orgullo el ninja del amor. — Soy a los que se denomina «*Macho Alfa lomo plateado*». Soy el que se distingue del resto, el líder de la manada, el más feroz... y al que todos siguen sin plantear dudas.

A Turner no le quedaba claro si pararse y marcharse, o seguir perdiendo el tiempo con este embaucador de angelitos. Nada de lo que escuchaba saldría en primera plana; porque él mismo tenía esas características, y no andaba por el mundo pretendiendo venderlas. Es más, de qué coraje le hablaban, si todo se ceñía a seducir al sexo rosa, y no a infiltrarse en escenarios de balas, traiciones y locuras, donde el promedio de supervivencia no supera el veinte por ciento.

El entrevistado captó la duda en los ojos de su oyente, y ofreció mostrarle su mundo en una vuelta de plaza. El otro aceptó, intrigado por la propuesta.

Caminaron a la par unos veinte metros hasta que el Alfa se apartó para dirigirse hacia una bella muchacha en la parada de taxis. Él lo siguió hasta una separación de tres metros. Desde allí pudo observarlo en el desplegar de la acción. Con porte seguro, picardía y audacia, el Alfa atacó. Parado a su lado, miró a la exuberante muchacha y le preguntó:

- ¿Qué tengo que hacer para que tengamos una cita?

Ella se sorprendió; pero al parecer le causó humor la tan directa proposición. Acostumbrada a sacarse babosos de encima, fue al punto:

- No tendremos una cita porque no me atraes físicamente.

Aquí el Alfa sacó a relucir su estrategia:

- Estoy de acuerdo en que no soy físicamente atractivo, pero el tema no es mi apariencia, sino cuánto nos divertiremos en una cita.

Si no fuera por un auto intentando hacer impropia maniobra y las quejas con bocinazos de otros automovilistas, Turner podría haber escuchado las tres o cuatro frases del jugoso diálogo. El seductor abandonó sin más a su presa y volvió con él. Caminaron otros cinco metros, hasta que la muchacha, a paso ligero los alcanzó, para meterle en el bolsillo de la camisa del seductor, un papelito con su número telefónico y la frase «*No te pierdas*». El Alfa le guiñó un ojo y siguió con paso cansino recorriendo el perímetro de la plaza.

Al cronista lo sorprendió la velocidad de la conquista; ni un guepardo habría sido más veloz, ni un camaleón tan efectivo con su camuflaje. Algo había que reconocer; él podía conquistar a ciertas mujeres, pero con estas modelos cotizadas ¡ni en sueños!

Próximos a doblar la primera esquina y seguir por la derecha, dos chicas en rollers pasaron raudamente por uno de sus lados. Una se detuvo en seco. Permaneció unos instantes mirándolos de atrás, para luego volver sobre sus pasos, sobrepasarlos y colocarse frente al ladrón de corazones. Turner se convirtió en testigo privilegiado del cómo los magos engañan a su público. Paradita y enojada estaba la muchacha; realmente muy atractiva, y de seguro que

ella lo sabía. Piernas largas, short ajustado y minúsculo, remera ceñida y sin brasier; lentes de sol y casco de ciclista. Una Barbie de la A a la Z. Sin presentación fue al punto:

— ¡Bastardo! ¡Hijo de perra! Así que te has dignado a dar la cara a plena luz. — escupió sus verdades la princesa, que de seguro buenos motivos tenía.

Era algo pintoresco verlos de frente. La joven le debía sacar por lo menos una cabeza; y si te mostraban una foto con ellos juntitos, de seguro era photoshop, porque el agua y el aceite, por ley, no se adhieren. A Turner lo invadió la vergüenza ajena y se distanció, no queriendo verse involucrado en esa lluvia de reproches que seguía y seguía.

— ¿Y... no vas a decir nada, pedazo de...?

De repente, el brujo comenzó a hacer su magia. Mostró sus manos en señal de honestidad, y exhibió un rostro de inocencia, para luego sacar a modo de sorpresa, una excusa tan blanca, como conejo de galera:

— Te pido disculpas si te he hecho daño de alguna manera. Si me insultas o me abofeteas, de seguro tendrás razón. Pero no me pidas explicaciones, porque el que debería dártelas... ya no existe.

— ¿Cómo?, ¿te burlas de mí? — sentenció la dama.

— ¡No!, déjame contar. Hace unos meses sufrí un accidente de tránsito, del que he sobrevivido de milagro; pero los graves daños en mi cabeza me dejaron con una amnesia profunda. No recuerdo absolutamente nada de mi vida antes del suceso, y de apoco la estoy reconstruyendo con la ayuda de personas que me cuentan sobre mí.

La muchacha lo miró asombrada, y tratando de descifrar la magia de palabras que estaban usando con ella, con voz con algo de pena preguntó:

— ¿No te acuerdas de nada? ¿De las cosas que hicimos juntos te has olvidado?

— Lamentablemente... sí. Me han dicho algunas cosas buenas y muchas otras malas de mi persona; pero, por cierto, afirman que jamás he defraudado a una dama entre las sábanas ¡Qué contradicción! ¿No te parece? Pero si tú quieres ayudarme a recordar mi lado bueno y sensible, seguramente te gratificaré para saldar cualquier deuda contraída.

La actitud de la joven cambió a modo samaritano, pero sin ignorar su costado libertino.

— Si te parece te doy mi número telefónico y nos juntamos ¿quieres? — dijo ella.

— Si, por supuesto, justo en este papelito tengo anotado el teléfono de la doctora que me atiende. Escribo el tuyo abajo para saber que son las dos personas más importantes en este momento.

Cronista y entrevistado siguieron su recorrido, mientras las dos muchachas se alejaban moviendo sus piernas en ruedas. Mientras el Alfa guardaba el papelito en el bolsillo de la camisa, Turner lo miraba con incredulidad... y con algo de admiración. Charlaron un rato, hasta que debieron doblar nuevamente a la derecha, habiendo cumplido con la mitad del recorrido.

A pocos metros, un corpulento hombre que paseaba a su gracioso caniche se les puso de frente. Esta vez no era una cándida rubia, sino un calvo de dos metros con esteroides hasta en las cejas. Ignorando a Turner, directamente increpó al galán de telenovelas. Le dijo que lo había estado observando en el gimnasio de su propiedad, sin kilos que levantar, pero ocupado en mirar traseros femeninos. Que eso a él no le importaba, pero que le habían soplado al oído, que se estaba viendo con su novia, que trabaja en la recepción del negocio, y que de ninguna manera lo iba a soportar.

Tan agresivo fue el modo en que se expresaba el fortachón, que Turner se retiró con miedo de verse involucrado en el encarnizado desenlace. Pero nada ocurrió, porque el que sabe mover las piezas del rompecabezas, domina el juego.

A la futura víctima ni se le movió un pelo. Parece que aparte de temple de acero, estaba acostumbrado a los improperios y al cómo disiparlos. Miró al grandote directo a los ojos,



achinó los ojos levemente, y con un casi imperceptible moviendo de cabeza, hacia arriba y abajo, en señal que estaba reconociendo a su interlocutor, se exclamó:

- Sí, sí, ahora te recuerdo. Eres el del gimnasio, al que todos admiramos y seguimos sus rutinas (el grandote se sintió halagado y distendió los músculos faciales). Así que la morocha infernal de la entrada es tu novia... te felicito (el grandote infló el pecho con orgullo). Y claro... una mujer tan perfecta como esa... sólo puede interesarse por un tipazo como tú (el grandote aflojó los puños). Ja, ja... discúlpame, pero me da gracia pensar que alguien pueda pensar que esa escultural muñeca le preste atención a un alfeñique como yo... ¿me has visto?, ¿te imaginas que alguien como ella se pueda fijar en mí... teniéndote a ti... empresario, joven y con el cuerpo de Hércules. Nah... te están tomando para la joda y me eligieron a mí para reírse aún más de tus celos (el grandote subido a su ego comenzó a creer).
- Te escucho, y veo las cosas diferentes. Tienes razón... te pido disculpas. Imagínate, hasta una mujer me hizo una llamada anónima pasándose por una conocida de mi novia, contándome las aventuras amorosas entre ustedes dos; y que me lo decía porque yo le parecía un tipo que no merecía ese engaño. ¡Que estúpido fui! me lo creí todo. Sí, tienes razón, es una locura que mi amor se fije en alguien como tú.
- No hay problemas man. Y aprovecho que te tengo acá para preguntarte sobre la profesora que da clases de abdominales, ¿tengo entendido que es fisioterapeuta.
- Ah sí, te refieres a mi hermana ¿Por qué lo preguntas?
- Nada, sólo una molestia en el cuello y quería que me atiendan alguien con recomendaciones.
- Mira, ya que hubo un malentendido y te trate mal, te paso su número de teléfono y le dices que de mi parte que te otorgue un trato preferencial ¿te parece?
- Ok. Lo anoto en este papelito en donde tengo agendada a mi mamá y a mi abuela.

Turner se les acercó y con el Alfa retomaron la caminata. Antes de girar en la tercera esquina de la plaza, y cuando recién habían superado el cincuenta por ciento del trayecto, el reportero comenzó a sacar sus primeras conclusiones. Estaba a la vista que nadie es profesor en todas las artes; pero sí, alumno permanente en esta vida. Que los deseos son poderosos, pero perseguirlos a cualquier precio puede resultar un suicidio. Si él no había podido ni presenciar unos cotidianos conflictos amorosos, estaba más que claro que sus sueños de reportero de guerra estaban para ser revisados. Y lo que más se grabó en su mente fueron aquellas palabras que le regaló el macho alfa justo cuando iban a girar en la tercera esquina

- Ya lo dijo Nietzsche *«Con todos los grandes embusteros se produce un hecho digno de notar al que deben su poder. En el acto concreto del engaño se ven poseídos por una fe en sí mismos: es esto lo que llama la atención de una forma tan milagrosa y tan poderosa a la gente que los rodea»*.



Al Fondo del pasillo

Alhe Rams

Rojo y gris; los tonos atravesaban el gran cartel blanco, letras negras y luces en las orillas, las llamas tocaron el techo del antiguo cine y comenzaban a salir por las ventanas, las paredes rojas y luces que daban de frente a la avenida revolución que quedó llena de los cristales estallaban con la temperatura; nadie, incluyéndome pensaría que lo que no se pudo alcanzar a hacer, se efectuaría está la perpetuidad. El interior de paredes blancas y el suave olor cine por la tarde que inundaba el lugar, en un instante se tornó oscuro. Las paredes llenaron de hollín y el olor a palomitas quedó reducido a una mezcla extraña de mantequilla, madera barnizada y piel quemada. Los gritos hacen ecos hasta estos días y algunas noches; el silencio es interrumpido por unos gritos que proceden de adentro de las paredes del edificio. Los años pasaron y se renovó el edificio hoy en día es una universidad; la mezcla de horror y desconocimiento llevaron a los dependientes de la institución a quitar el horario de nocturno de clases ya que los alumnos se quejaban y los docentes sabían los rumores, había algo que caminaba por los pasillos del tercer piso, algo que salía andando en los videos de las cámaras de circuito cerrado que hay en la universidad. Aunque trataban de mantener la calma, trataban de no quedarse hasta más tarde, hasta la última hora y si era posible estar fuera del edificio lo más antes posible.

En cuanto al cine, no hay mucho que decir más que “aquello” y fuera de eso, nunca fue un gran cine, era más bien un lugar dónde los jóvenes se reunían, enteras, un detalle no muy costoso, cuando el dinero escaseaba, pero podría darte un pequeño lujo una vez a la semana y lo más importante, no había una revisión de mochila así que podía llevar algo de comer; los frutsis congelados y los chicharrones goteando de aceite hechos en casa o la cerveza o incluso un trago de algún licor barato que podía estar en la alacena del fondo para ocasiones especiales y la llevarías muy bien disimulada en un bote de refresco o en el mejor de los casos en un termo frío.

yo asistí como todos los días a mi horario habitual, con flojera y el sueño de costumbre: ya que por algunos retardos, María la jefa del turno me había castigado y dado a la tarea de estar en las salas, pero no proyectando las películas o estando dentro; sino más bien en la entrada recibiendo los boletos y estaría todo el día parado en el mismo lugar 8 horas recibiendo los



boletos del Rey León, que parece que al momento el escuchar más de 5 veces la música introductoria se hacía bastante cansado. Ese era trabajo de Roberto maldito Beto tenía que encontrarse en su camino con esa mancha de mantequilla en el suelo y caer.

_luxación en la espalda; 2 semanas de incapacidad _dijo el estúpido doctor.

Descansos los cuales se tenían que cubrir por los demás; porqué la empresa no contrataría a una persona para cubrir a Beto. Pero bueno sabía que tenía que ir a mi lugar de trabajo, pasé a la isla de venta rápida y la taquilla con una fila algo larga de personas esperando a ver pul fiction.

Ahí está mi lugar de trabajo, por suerte ya llevo mi pequeño libro de vaqueros en el bolsillo trasero del pantalón, comenzaría a leer esas historias donde el héroe disparaba y mataba en su caballo; cabalgaba días y noches mientras reparte a la justicia al lugar donde iba y las mujeres hermosas del pueblo le pagaban con sexo sus actos heroicos. “Tlhublum” un ligero ruido me sacó de mi mundo en el viejo oeste; una mujer al fondo del pasillo se acercaba, el ruido de sus tacones altos y fuertes, era María la jefa.

—qué bueno que te encuentro.

Claro, como si no supiera dónde estaría, pero María continuó.

—necesito que revises la palomera de la isla que está cerca de la máquina de raspados ya que de momento no está funcionando, La revisó Emanuel, el pequeñito de mantenimiento; pero parece ser que no han podido encontrar una solución. Así que la necesito en funcionamiento, lo más probable es que sea un problema con la tubería del gas aquí tienes la llave de la azotea para que pueda revisar el tanque de gas por si ese es el conflicto — exclamó la reina desde sus aposentos, pensé.

Con una ligera mueca le dije que sí, que no había ningún problema: ella se quedaría recibiendo los boletos y yo podría caminar un poco antes de mi labor de todo el día. Entonces fui a la isla que se encontraba al lado de las máquinas de raspados y cerca de máquina me dispuse a mirar la válvula de la tubería de gas que está por detrás del mueble y la aguja apuntaba a 60% lo cual tendría que estar a 85% para estar como en un valor óptimo; era momento de subir a la azotea; crucé al fondo del pasillo, luego a la izquierda pasando los sanitarios y los carteles de los próximos estrenos del cine. Llegué a la puerta que solamente tiene acceso para el personal; comencé a subir las escaleras piso a piso hasta que llegue a la azotea abrí la pesada y puerta de color gris que da hacia el exterior de la azotea con un ligero chirrido, se abrió. Fui hacia el tanque de gas, en un tanque bastante viejo pero parece ser que



resistente el calor, la humedad y la lluvia han desvanecido la etiqueta de cuánto es el contenido que puede albergar.

Fuera de eso, todo se ve bien; la tubería apenas había sido restaurada hace aproximadamente 5 meses y habían puesto una nueva válvula la cual era más fácil de usar; me percaté de algo, mis fosas nasales olvidaban el olor a mantequilla de las palomitas y se inundaban de un seco y fuerte olor a gas; tenía que cerrar la llave, me agaché debajo de la máquina y al agacharme pude ver que era ahí donde estaba la fuga, pero el excesivo contenido de gas en ambiente hacia empezar a marearme un poco; logré que mi mano cruzara la parte baja de la máquina, para alcanzar con mis dedos la llave de paso del gas para poder cerrar el flujo de gas. Con mucho esfuerzo de mis dedos se alcanzó a cerrar y parecía ser que no salía más pero al momento de querer jalar mi mano había quedado atascada, el olor a gas no tenía escape y el pequeño cuarto rápidamente se llenaba de gas. De pronto escuché detrás de mí cómo comenzó a moverse algunas herramientas de la caja del estante de Luis el plomero, hasta que pareciera como si alguien hubieran arrojado la caja hacia la pared, se cayeron todas las herramientas y el ángulo en el que mantenía con la mano estirada no me permitía voltear a ver qué es lo que sucedió; detrás de mí, el calor que emitía el sudor de mi frente comenzaba también a agotarse y un sudor frío me comenzó a recorrer la frente y la espalda. Unos pasos detrás de mí hasta que sentí que algo estaba más y más cerca; cerré con fuerza los ojos no querían volver a abrirlos, en un instante sentí como si alguien me observara enfrente de mí. Un bulto pequeño que se alcanzaba vislumbrar con el ligerísimo abrir de mis párpados, hasta que me puede obligar abrir los ojos: el bulto era un bulto oscuro, parecía que la oscuridad lo arrojaba y escuchaba un ruido extraño como si alguien raspaba una piedra en el suelo; al abrir más mis ojos pude ver nítidamente unas pequeñas manos que tenía un encendedor al que accionaba sin alcanzará presionar el botón del gas al mismo tiempo que la cuerda de la chispa.

El tiempo era más lento hasta que en uno de los intentos, una llama salió del encendedor produciendo un estallido por todo el gas que estaba alrededor y en esos últimos segundos pude ver como ese bulto me miraba, yo miraba un uniforme escolar antiguo y con holanes unas manos delgadas y pálidas, una larga melena oscura y sin brillo alguno; pero ese rostro, un rostro perdido en la inmundicia, el rostro de una niña con una retorcida sonrisa y unos mirada perdida; eso fue lo último que sucedió.

Ahora actualmente es una escuela he visto pasar mucha gente pero nadie puede verme, nadie puede escucharme, tengo que huir todo el tiempo de esa niña va atrás de mí, ella es antes que cualquier persona en esta zona, antes de los primeros edificios. En algún momento pude



Olvido

Jesús Quinto Celestino

“En memoria de Pablo Q.C.”

Sentado frente al viejo y desafinado Steinway intentaba evocar el recuerdo de ella; inútilmente nada aparecía. Mantenía los ojos cerrados mientras tocaba una triste melodía en el piano. «Sonne» era la única que recordaba mientras mi mente, inundada por la oscuridad y la confusión, se mantenía impaciente por poner un breve rayo de luz sobre alguno de los recuerdos que, sabía bien, se encontraban esparcidos sobre mi defectuosa cognición. Tocaba con los ojos cerrados pues, a pesar de mi enfermedad, recordaba a la perfección la progresión de aquella melodía. Abrí los ojos y miré que en el banquillo se hallaba sentada junto a mí una bella mujer; piel trigueña, cabello castaño y ojos grises; su mirada denotaba tristeza al verme en el estado en el que me encontraba, mientras que una leve sonrisa se dibujaba en sus labios en el instante en que volteé y la miré a los ojos.

En realidad, no recordaba su nombre o que parentesco tenía con ella. En el instante saqué del bolsillo de mi abrigo una pequeña libreta, miré la foto de la mujer que me acompañaba; según la imagen y la descripción su nombre era Catherine, mi esposa.

— ¿Sabes qué día es hoy? —le preguntaba tímidamente.

—Es jueves —respondió ella.

En ese instante, la sonrisa de Catherine se tornó en una expresión sombría, casi de sufrimiento. Me levanté del banquillo y me acerqué a la ventana con paso lento. La mañana era fría, afuera comenzaba a bajar la neblina.

—No, me refiero a la fecha —repuse tranquilo mientras miraba por la ventana.

—Diez de mayo.

Por alguna extraña razón, aquella mañana sentía la necesidad de llorar profunda y amargamente. Pronto sentí como Catherine me tomó del brazo y salimos de la casa. Caminamos lentamente por una vereda, los árboles cubrían los tenues rayos del sol que aparecían a través de la bruma. Ella de cuando en cuando se detenía a cortar algunas flores, formando un decoroso ramo; un girasol, un alcatraz, algunas rosas y otras flores había juntado ella. Pronto nos detuvimos frente a una reja antigua, ya un poco oxidada por el paso de los años. Cuidadosamente Catherine la abrió y continuamos caminando silenciosos; habíamos entrado al cementerio que se hallaba detrás de la casa. Mientras más avanzábamos, la bruma se hacía cada vez más densa. Después de caminar entre muchas tumbas, llegamos a un mausoleo hecho de marfil. Al entrar, el frío se sentía de tal modo que helaba hasta los huesos. Catherine encendió las velas que había dentro del recinto. Se acercó a un pequeño altar y puso las flores allí en el suelo mientras encendía una veladora. Me mantuve absorto en ese instante, solo miraba lo que ella hacía.

—Ven, acércate —decía Catherine mientras acomodaba las flores en un viejo florero.

Lentamente me acerqué al altar para observar lo que decía. La primera placa rezaba «Aquí descansan los restos de Miriam Sonnenlicht; excelente esposa y abnegada madre. Descanse en paz» junto a la foto de una mujer con semblante serio y frío, incluso podría decir que autoritario y melancólico a la vez. Al mirar la fecha, dentro de mi confusión, percaté que estaba inscrita solo la de muerte: 10 de mayo de 1975.



—¿Quién es ella? —pregunté confundido. Catherine solo se limitó a asentir con la cabeza.

— Es tu madre —respondía Catherine fríamente.

Junto había otra placa, ésta mejor conservada, que tenía grabado el siguiente epitafio: «C. Hallow. Buena mujer, madre y esposa. Considerada como una hija por nosotros, la familia Sonnenlicht». Arriba, se hallaba un porta retratos sin foto alguna. Miré la fecha de la lápida: 10 de mayo de 1980. Algo dentro de mí, sentía que algo no andaba bien. Intentaba recordar, sin resultado favorable; mi enfermedad estaba tan avanzada a tal grado que no recordaba ni siquiera mi propio nombre. Para mí extrañeza, solo sabía que estaba en mi casa, y lo peor es que sólo recordaba aquella canción en piano que tocaba casi todas las veces que me sentía más abrumado de lo normal. En la entrada del mausoleo estaba Catherine, mirando hacia afuera. La neblina se volvía cada vez más espesa. Dejé las veladoras encendidas y salí del frío monumento. Sentí como mi acompañante me tomo de nuevo del brazo y lentamente regresamos a casa.

Ya dentro vi como ella se quedó sentada de nuevo frente al viejo piano, revisando el libro de partituras que tenía el atril. Subí cuidadosamente hacia el piso superior de la casa. Entré a la habitación a la que me llevaba Catherine cada noche. Mi sorpresa fue grande cuando al mirar, las paredes se encontraban tapizadas con fotos y notas escritas en su mayoría con letra cursiva. Algunas traían los nombres de familiares, amigos y otros datos importantes, fechas de cumpleaños, nombres de medicamentos, anécdotas del día a día incluso, había una nota que me recordaba cómo utilizar la estufa o la lavadora por mi propia cuenta. Otras tantas con mensajes como «tú puedes lograrlo» o «nunca olvides lo importante que eres para nosotros». Descubrí que todas las notas se encontraban fechadas. Al acercarme al buró que se hallaba junto a la ventana, noté que en el espejo había la foto de un hombre de aspecto joven, cabello negro y con un traje del mismo color. Noté que su mirada se encontraba perdida, mirando fijamente al horizonte. Quité la foto del marco del espejo y leí el reverso: «Este eres tú, Ölve Sonnenlicht. Nunca olvides quién eres.» Después de leído el reverso de la foto, la atoré de nuevo al marco del espejo. Miré mi reflejo y miré decepcionado que, lo único similar que tenía mi reflejo con referente al semblante de la foto, si en verdad ese era yo, era la mirada perdida en el horizonte. Intentaba recordar algo, pero mis esfuerzos fueron en vano. Desesperado intentaba leer cada una de las notas que tenía pegadas por toda la habitación, pues no quería que la demencia me quitara todo, incluso mis pocos recuerdos. Sentí como, conforme más leía y más veía las imágenes y las notas de las paredes, todo me era más confuso. Llorando, abrí el pequeño cajón del buró; había un folder con muchas hojas. Al abrirlo logré reconocer lo que decía; era un expediente médico del Pabellón de San Simeón. En la primera página se hallaba mi nombre y demás datos que ya no me eran conocidos. Una sensación confusa de terror y alivio me invadió al momento de reconocer el diagnóstico impreso: Alzheimer. En ese instante, un momento de lucidez breve iluminó mi mente cuando miré que, detrás de las hojas del hospital estaban los certificados de defunción de mamá y el de Catherine, ¡mi amada Catherine!

Recordé el momento en que me diagnosticaron 15 años atrás, recordé el momento en que mamá murió a causa de la tristeza que le generó mi enfermedad al grado de no reconocerla por completo, 5 años después del diagnóstico; tristemente 5 años después fallece Catherine por una sobredosis de cianuro en una copa de vino. Mi desesperación por recordar algo había dado apenas un pequeño fruto en ese instante, me había permitido entender el porqué de mi tristeza en esa fecha en específico y, sobre todo, el motivo por el cual solo recordaba aquella triste canción de memoria. Supe que ambas fallecieron mientras interpretaban aquella lúgubre canción en el mismo Steinway que se hallaba en el vestíbulo. Decidido y tan rápido como podía, bajé donde estaba el piano al escuchar tenuemente que hacían música en él. Desde las escaleras principales veía como el piano se encontraba completamente solo, iluminado por los tenues rayos del sol que se colaban por la ventana. Me acerqué y tomé el libro de partituras del atril del piano. Al revisarlo detenidamente, noté que faltaban algunas páginas. Al revisar el listado de canciones que contenía, extrañamente, faltaba la partitura completa de «Sonne». Más tranquilo, tomé asiento en el banquillo frente al piano y eché un vistazo a la última partitura, luego, puse el libro en el atril y coloqué mis manos sobre el teclado en posición para comenzar a tocar; «Ohne Dich» era el título de la partitura a interpretar. Sentí como la mano fría de Catherine rozaba con



la mía, mientras que, con la otra, me ofrecía una copa de vino tinto; bebí el contenido de un solo trago. Cuando me di cuenta, quedaba un sabor amargo en la boca, tan amargo como mi olvido. Miré de nuevo el rostro de mi amada, su sonrisa era ahora serena. Ella solo asintió con la cabeza cuando supe que era momento de terminar, fue entonces cuando comencé a tocar. Conforme avanzaba, sentía como un sudor frío comenzaba a recorrer todo mi cuerpo, aunado a breves escalofríos esporádicos. Comenzaba a faltarme el aire, sin embargo, me mantenía tranquilo, presionando las teclas conforme lo dictaba la partitura, la visión se empezaba a nublar minutos más tarde. En ese instante, miré como Catherine me acompañaba, sonriente, a tocar aquella canción que me hacía sentir tan distinto, como si el tiempo no hubiese pasado jamás. Sentí como alguien se sentaba a mi lado izquierdo en el banquillo; la figura de Miriam, la mujer fría y melancólica que había visto esa misma mañana, en la foto dentro del mausoleo, me acompañaba también. La miré también a los ojos y me sonrió, con la sonrisa tan piadosa de una madre al ver que su hijo regresa, después de haber estado tanto tiempo fuera de casa. Sentía que perdía la fuerza en todo mi cuerpo cuando mis recuerdos comenzaban a regresar de nuevo a mi memoria; caí en la cuenta de que me había encontrado solo durante todos estos años. Desde la muerte de mi amada, mi soledad me orilló a materializar mi angustia en aquellos fantasmas que día a día me acompañaban en aquella vieja casa, logrando que el olvido me devorara, dejando solo el recuerdo de Catherine y el de «Sonne», la única canción que podía tocar en el piano. Terminé de tocar y con la poca energía que me quedaba, arranqué la partitura del libro que tenía frente a mí. Me levanté y dejé que el fantasma de Catherine me guiara, tomado de su mano, hasta mi frío descanso.

Llegamos al mausoleo, la neblina se había disipado y el aire era fresco; hacía no mucho acababa de llover. Entré y vi que las velas estaban apagadas. Me acerqué a la foto de Miriam y la tomé de donde estaba, saqué el viejo cuadernillo de mi bolsillo y miré que la foto de mi amada, era la que pertenecía al porta retratos vacío de la otra tumba. Me recosté entre ambas tumbas y abracé a mi pecho las fotos junto con las hojas que había arrancado de partituras. Cerré los ojos y una lágrima comenzó a rodar por mi rostro, todo mi cuerpo empezaba a temblarme y sentía como una espuma empezaba a emanar de mi boca, a la par que me empezaba a faltar el aire; el cianuro había completado su tarea.

Cuando desperté me sentía mucho mejor, me levanté y me acerqué a la entrada del mausoleo. Los tenues rayos del sol comenzaban a calentar mi rostro, afuera estaba mi madre esperándome con una sonrisa, mientras Catherine cortaba flores para formar un pequeño ramo. Miré hacia atrás y vi que mi cuerpo se hallaba acostado, con las fotos y la partitura abrazados a la altura del corazón. Catherine entró y puso el ramo de flores en mi cuerpo sin vida. Después de hacer una breve plegaria, se levantó y me tomó por el brazo. Cerramos la puerta del mausoleo y caminamos hacia casa. Y así fue como el legado de la familia Sonnenlicht desapareció, junto a mi doloroso olvido.

El espejo gótico

Andrés Camilo.

«Después de la primera muerte no existe otra.»

Dylan Thomas

Si las hadas y las serpientes de los cuentos mágicos existieran y arrullaran los sueños de Emily, ella no tendría ganas de suicidarse. Sus ojos no estarían perdidos en el techo buscando encima de los pájaros, de la luna y de las nubes a algún estúpido tipo de ojos verdes que la llevara cual princesa en un caballo negro o azul, diciéndole cosas bonitas, llenas de fantasía e ilusión; más bien, diría que los pájaros vuelan al compás de la sangre que cae hoy por sus brazos, por el colchón.

Frente al espejo del baño cae una, dos y tres gotas de desespero.

— ¡Mierda! — dice. — Que caiga la puñetera sangre, que se abran los cielos para que mi espíritu salga de este infierno, la cuchilla penetra en mí, en mis sentimientos; se alimentará la fe de todos mis demonios frustrados; iré al más allá, me encontrare contigo, haremos el amor mientras me tocas con tus ojos, con tu silencio, una, dos, tres puñeteras gotas y mi cuerpo no se muere. Mi cuerpo no quiere, no te quiere, ¡mierda!

Siempre había tenido problemas de depresión; y ahí estaba ella, cortándose frente al espejo de aquel baño que reflejaba una figura blanca y escuálida, llena de cicatrices rojas y miradas de llenas de odio. Recordó toda su infancia y su dolor, los árboles, las calles y las tardes de domingo repletas de cigarrillos y alcohol. Tenía un poco de hombre, tal vez algo de limón, de bestia, de sudor; su vida siempre fue mala desde todas las perspectivas. Ella nunca supo si era compatible con Sagitario, Capricornio o Tauro, si hubiera querido tener sexo encima de una mesa de bar barato o si a lo mejor quería ser artista porque se le daba muy bien dibujar garabatos.

— ¡Mierda! me duele porque esto no es lo que quería, no quiero este cuerpo, ni estas aves ni este olor, este olor a sangre, a usted, a ellos, a dibujos maricas teñidos de negro, de sueños, a mí...

Se despertó como siempre; fea y pequeña. No recordó nada entonces, no supo si se había suicidado, o si su madre la había encontrado de nuevo en el piso llorando; lo único que hizo fue ponerse frente al espejo y decirse:

— Hola, muñeca; hoy estás más estúpida que nunca, vamos a pintarte las uñas y a arreglarte ese estúpido cabello.

Algo raro estaba ocurriendo: su cuerpo era ahora diferente; no sabía por qué, pero se sentía más bella. Se miró los senos grandes; parecía estrella de Hollywood, tal vez. Al final se metió al baño pensando que esta tarde a las seis se iba a meter una cuchilla, mientras recordaba los



ojos de él, o más bien mientras imaginaba una vida menos estúpida que la que tenía; puso su canción preferida y como siempre antes de partir al instituto, después de arreglarse y lavarse los dientes, mirarse ante el espejo y decirse que la era una mierda, despidió a su sombra; cogió su maleta y partió. Con cada paso en las calles, sobre el mundo, ella sentía como miles de espejos, de sombras y demonios; todos los chicos la miraban, pero ahora ese brillo de burla y de maldad estaba lleno como de agua, de erecciones repletas de deseo:

- Hola, hermosa ¿Por qué tan creída? — decía una voz masculina.
- Que saludes a mi amigo. — continuaba otra.

Su timidez no la dejaba ni ver a los rostros de aquellos chicos repletos de deseo. Por fin se sintió libre, hecha; esos comentarios llenos de penes y vaginas que alguna vez le hubieran llenado de odio hasta el punto de querer matar a todos y verlos arder en una zarza llena de azules, de verdes, hoy la tenía orgullosa; se sentía libre, como todas las chicas normales.

Llegó al instituto; extrañamente tenía amigas, todos vestían de negro y había espejos por doquier. Aun las risitas pausadas y tímidas de los heteros afuera del recinto sonaban como un eco repleto de paz y desespero.

- Hola, ¿cómo te ha ido con Carlos? — le preguntaron.

Carlos era el chico que le gustaba desde hacía seis años; Tauro, alto, moreno; cuando caminaba por las calles sentía que se le iba a estallar el corazón; tenía ganas desde hace mucho tiempo de cogérselo, de partirlo en dos y decirle frente a la luna y las estrellas que era de ella y que ninguna zorra con cabello azul o crespo se lo iba a quitar, muchas veces tuvo la tentación de desnudársele encima, se imaginaba como nadando en medio de un mar repleto de sudores y de gemidos tiernos, caras extrañas y piernas adoloridas... Pero siempre la puta de Samara, esa estúpida con ojos azules y piel blanca, se llevaba toda la atención, iba como de nube en nube atrayendo como un metal precioso al amor de sus sueños.

- Supongo que no muy bien; no hemos charlado, además él está tragado de Samara.
- No seas estúpida, — dijo otra chica extraña de larga cabellera y piel color sol como uniéndose a la conversación. — Él está enamorado de ti, de hecho, acaba de enviarte un poema para que lo leas; pero debe ser antes de las doce porque si lo lees después, bueno, no puedo decirte, pero no tendría gracia.

Dejando de lado el hecho de que, de la nada, Carlos le enviara un poema y que de repente tuviera amigas, eso de las doce ya era demasiado extraño; sobre todo porque una sombra repleta de odio y oscuridad la acompañaba entre sus pasos. Un pensamiento: ¿porque se había despertado en su cama si estaba frente al espejo de su guarda alcoba? Bueno, si su madre la había llevado a dormir, llena de pesar y de fastidio, ¿por qué no le reprochó nada? ¿Por qué todo era tan perfecto? Tal vez estaba haciéndose demasiadas preguntas, y debería más bien apresurarse a evadir la clase de matemáticas para leer el poema.

Esta vez no llevaba consigo una cuchilla, después de “despedirse” de sus nuevas amigas se mezcló entre las chicas plásticas y las buckeras para terminar en uno de los inodoros del baño de mujeres. Como una acción mecánica y sin sentido miró su brazo, cosa extraña porque tenía un reloj de oro repleto de pequeños diamantes rosados. Aunque nunca había usado un reloj en



su vida y menos de oro, no le prestó atención. Eran las once con treinta minutos, tenía que apresurarse a leer el poema. El sobre era de papel iris y estaba muy mal redactado; este decía:

«Para: emyly (Emily no se escribía con doble “y” y sí que menos en minúscula)

De: Carlos»

— ¡Oh!, ese nombre suena tan perfecto. — se dijo mientras se adornaba en cabello con una peluca de Hello Kitty. Abrió el sobre con cuidado, con ternura, con dolor. Leyó:

*«Las palomas por el cielo están volando,
en ti otra vez estaba pensando.
Me sentía inmolado, demacrado,
como la constelación de sagitario,
como una carretera de mayos, de junios, de agostos.*

*Soy alguien que te quiere
Alguien que te aclama, -Que te extraña, que te imagina
Te imagino como perdida entre la gente... ¡mierda!
¡ Eres demasiado maldita!*

*Todo lo que quiero
Hacer el amor en medio de lirios blancos,
regalarte una rosa en un banco,
decirte todo lo que te amo mientras te roso los labios.»*

Comenzó a llorar, mucho, poco. *«¡Qué lindo!, maldita sea, es tan hermoso»,* pensó; su reloj marcaba las once y cuarenta y nueve con treinta segundos. Sus lágrimas se convirtieron en sangre. Escuchó unos pasos de zapatos, se los imaginaba negros mal lustrados y con cordones desamarrados, se aproximaban. Un segundo, una peinilla y ya eran casi las doce, se secó las lágrimas y con algo de pena abrió la puerta; era Carlos.



— Ho... hola. ¿Qué haces aquí, no sabes que los hombres no pueden ni deben entrar en el baño de las niñas? — dijo.

¡Mierda! Siempre había tenido que ser así de nerdo, si hubiera podido sacar a la luz sus instintos animales, se le hubiera lanzado como un coyote y ya estarían desnudos, jadeando de placer.

— Estoy aquí — dijo él. — porque necesito hablar, no sé si me hago entender. ¿Sí recibiste el poema que te envié?

— Sí, y de hecho tiene muchos errores de ortografía. Deberías poner más atención a las clases de escritura.

«¡Qué estúpida!» pensó ella. Lo que realmente quería decirle es que estaba hermoso, que nadie le había escrito cosas tan lindas, que sus ojos verdes la tienen al borde del éxtasis mental y que quisiera llevárselo a la cama de una buena vez.

— Bueno — se escucha un vidrio roto. — ¿qué fue eso?

— No, no fue, nada; continúa Emily.

Eran las once y cincuenta y siete. El ruido que habían escuchado provenía del W.C. trasero; dos jóvenes a propósito, para burlarse del profesor de Física, habían roto el cristal mientras jugaban con un trompo cinco estrellas.

— Es que...me gustas; solo quería decírtelo.

Las mejillas de Emily se encarnecieron. La escena se tornó cursi; hasta el más simple de los poetas hubiera vomitado sobre ese baño de solo ver tanto labial rosado, tantas palabras mojadas. Lo más obvio hubiera sido que ella se lanzara sobre él con miles de abrazos y besos y le dijera que se quitaran la ropa, después de que le diera un largo beso. Pero después de una mirada y de un acercamiento, de una estrofa, dos estrofas, de que fueran las doce en punto...Sus ojos se abrieron; había mucha sangre por el suelo; su madre le grita: «¡Qué te hiciste, qué te hiciste!»

El espejo estaba repleto de dolor, la frase «te amo» escrita con sangre repetidas veces; gemía, aclamando el nombre de Carlos en medio de la cama. Y su madre solo sabía decir que se callara y que se sacara su demente dedo de la vagina. Otro intento de besar a Carlos había fracasado de nuevo.

«Clínica Retornar; 16 de noviembre de 2019

Nombre: Emily Camacho Díaz

Edad: 19 años



Sexo: Indefinido

Ciudad: Bogotá

Diagnóstico:

Esquizofrenia y depresión agudas; síndrome de ansiedad con despersonalizaciones cristalizadas.

Recomendaciones:

No dejar objetos cortos punzantes al alcance, espejos ni fotos de hombres con ojos verdes.

Estado: Internada.»



Mariano Diani.

Aparición

El auto negro avanzó lento, nadie transitaba la calle, según la numeración de las casas faltaban tres cuadras para llegar. No conocían la ciudad, ellos mismos tenían una idea vaga de dónde venían. Estacionaron el auto, bajaron dos hombres de traje y pulcros. Uno subió los escalones de la verja, tocó el timbre y volvió a la vereda. Era un día soleado, sin viento.

La mujer espío por la mirilla, abrió la puerta.

—Buenos días.

—Buenos días, soy Iván, él es mi hermano Lucio, ¿se encuentra Laura? —dijo, su voz era grave.

La madre de Laura se acercó e indagó. Le explicaron que eran sobrinos de una señora mayor que había tenido un accidente y necesitaba ser atendida.

Laura estudiaba el último año de enfermería y hacía trabajos de manera independiente. La mujer dijo que esperaran e ingresó en la casa.

Laura era joven; su rostro redondo y suave, de ojos grandes y marones, descansaba sobre un cuello fino, el cabello castaño le caía hasta los hombros.

Se presentaron estrechando la mano, ella las sintió frías. Después de explicar por qué estaban ahí le ofrecieron una remuneración muy buena, querían que hiciera el mejor trabajo posible. Nunca tuvo una oferta así. Acordaron una hora y el día. Se despidieron, los vio subir al auto, le daban una sensación distante, como si no estuvieran ahí.

Bebió el último sorbo de café, masticó una tostada con mermelada, el timbre sonó, agarró un bolso negro donde guardaba los materiales, despidió a su madre.

Iván le abrió la puerta del auto y volvió a sentarse en el asiento del acompañante. Llovía, el sonido del parabrisas y las gotas al impactar invitaban a un sueño extraño.

—¿Es lejos? —preguntó Laura.

—Es cerca —dijo Iván.

Nunca recordó el nombre del barrio, fue un viaje de quince o veinte minutos.

La fachada de la casa era un muro de bloques rectangulares, opacado por la humedad y una ventana enrejada. Iván bajó del auto con Laura, fueron hasta la puerta negra de madera, tenía una aldaba y mirilla. Iván cerró la puerta y la condujo hasta el cuarto. Muebles antiguos, había adornos y estatuillas, cuadros en las paredes, en varias partes las alfombras cubrían el piso embaldosado.

Al llegar al dormitorio encontró acostada en la cama a una anciana en camisón, el pelo blanco y la cara arrugada. Laura se presentó, le dijo su nombre y que sería su enfermera, pero la mujer no respondió.

Se levantó despacio el camisón, mostró unas piernas pálidas, esqueléticas, llenas de excoriaciones. Laura empezó a sacar gasas y distintos frascos sobre la mesa pequeña. Aplicó las soluciones, la anciana se quejó por lo bajo. Terminó, guardó los utensilios y descartó lo que debía.

—Hasta luego —dijo, no obtuvo respuesta, estaba dormida.

Se dirigió a la salida. Era una casa rectangular con un patio interno descuidado y habitaciones continuas.

«Cuántos muebles» pensó.

Abrió la puerta y volvió a cerrarla, los dos hombres aguardaban en el auto.

—No voy a casa.

—¿A dónde va? —preguntó Iván.

—Al centro.

De modo que la llevaron. Antes de bajar les dijo:



—Voy a venir los martes y jueves, ¿cómo se llama la señora?

Llovía. Iván tosió.

—Isabel —dijo Lucio.

—Va a estar bien.

Caminó un par de cuadras hasta el bar donde acostumbraba a juntarse con los compañeros de clases. La visita a esa mujer la dejó angustiada y la necesidad de hablar con alguien.

En la mesa eran cuatro; Laura, una amiga y dos compañeros.

—Todos seremos viejos —dijo uno de ellos.

—No puedes saber cuánto vivirás —respondió el otro.

—Vive sola —explicó Laura.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó la amiga.

—Tuvo un accidente.

Terminaron el café, pagaron y se fueron.

Siempre conversó con las personas que asistía, sin embargo, hacía un mes que los dos hombres la buscaban y en ese tiempo la anciana nunca dijo una palabra. Se estremeció al recordarla.

—Lo siento, vendré una última vez, busquen a otra persona.

—¿Por qué?

—No puedo continuar.

—Usted puede terminar el tratamiento.

—No me siento cómoda, por alguna razón. Creo que deberían consultar a un médico.

—La necesitamos —dijo Iván insistiendo.

Un bocinazo y la frenada, un chico pasaba en bici por el medio de la calle.

—Le pagaremos el doble. Se ha acostumbrado y no querrá un reemplazo, las personas mayores son difíciles.

Se sentía comprometida.

—Lo haré un tiempo, hasta que encuentren a alguien más.

Se levantó temprano, terminó de leer resúmenes. Después de almorzar fue a la facultad. Salió a las seis de la tarde, hacía mucho frío. Habituó tomar café con sus compañeros, pero esta vez prefería llegar a su casa.

Fue a su dormitorio, guardó el abrigo.

—Vinieron esos hombres a buscarte —le dijo su madre.

—Hoy no tengo que ir.

—Parecían preocupados.

Caminaron hasta la cocina.

—Quizá haya pasado algo —dijo Laura—. Tomó una galleta y se sirvió té.

El televisor estaba encendido, se oía música y voces tenues.

Sintió la obligación de ir, podría necesitar ayuda, en ese momento lamentó haber aceptado el trabajo.

«Será mejor averiguar qué ocurre» pensó.

Tomó las llaves del auto. Su madre no quería que fuera, pronosticaron tiempo inestable.

—No te preocupes, regresaré pronto.

Bebió un trago de té que le quemó la lengua, fue al garaje, subió al auto, el portón automático se abrió y cerró tras de sí. En la noche el tráfico escaso, tenía pocas ganas de salir con ese frío.

Llegó a la casa, bajó del auto, hizo sonar la aldaba. Un hombre de anteojos y pelo gris miró por la mirilla, quitó el pasador y abrió la puerta.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches, soy Laura.



Se le quedó mirando, aquello no significó mucho.

—La enfermera.

—¿Qué enfermera?

—La que atiende a la señora —dijo expectante.

—¿Qué señora? —frunció el ceño.

—Isabel, la señora que vive aquí —dijo con acento obvio.

—Lo siento, debes estar confundida.

—No, he venido varias veces —arqueó las cejas.

—Pero acá no vive ninguna señora.

—Conozco esta casa porque hace un mes que vengo —insistió—, en la entrada hay un mueble vidriado y el cuadro de algún familiar, primero está la cocina, después el patio interno, la pieza y al final el baño.

Se miraron confundidos; él, por la descripción correcta, no pudo decir nada, movía la cabeza en respuesta negativa. Ella comprendió, no hizo más que pedir disculpas.

Abrió la puerta del auto, subió, intentó poner la llave para arrancar sin que le temblara la mano.



Entre sueños

Virginia María Amado.

No recuerdo nada de esa casa donde nací y pasé ratos de muy pequeña. Me han contado que era modesta y estaba rodeada de otras casas de tíos, en la misma calle. Pienso que muchos de mis sueños, cuando estoy en lugares que no conozco, pueden ser espacios de la casa vieja, de esa primera casa, de ese barrio del que nunca me fui, o quizás de la cocina de mis abuelos en la quinta o tal vez...eso que desconozco.

Si no, cómo se explica que en situación onírica yo pase o permanezca en casas donde nunca viví, pero que siento mías, no extrañas. Mis sueños, mis compañías de noches largas, en momentos efímeros que dejan sabores: amargos cuando llaman a las lágrimas o dulces cuando traen a personas queridas, que nunca más vimos y que están allí, en otro plano, regresando a veces a mi mundo de los sueños; despertar en soledad, pero con tanta compañía interior.

No recuerdo nada de cuando era un bebe, envuelta en mantas, aunque era septiembre de primavera y yo prematura. ¿Qué recuerdo estará guardado por ahí adentro mientras mamá me amamantaba? una nena que empezó a caminar en la inveterada casa. Nada de las risas de mis padres cuando los llamé por su nombre. Nada de bosquejos caseros, de construcciones. Ni siquiera es mío el recuerdo que me contaron cuando, sentadita al lado de papá mientras mami cocinaba, dicen que decía: «*Una piecita acá, otra piecita allá*» y yo jugaría mientras mi padre dibujaba su ilusión en forma de casitas y la mamá buena, la compartía.

No sé de mudanzas en un tiempo de dos años de vida, ni memoria de un embarazo de mamá perdido y que papá siempre recordaba diciendo que seguro era un varón. Episodios que me han narrado de una enfermedad que mantuvo a mamá aislada; viví días con mi tía, aún sin tener el recuerdo presente, o la vez que el abuelo sin permiso me tomó de la mano y me llevó hasta el almacén, sin darse cuenta que no tenía puesta la bombachita, y la reprimenda que tuvo a nuestro regreso.

No sé nada, aunque tengo una idea remota que mezcla el cuento con el recuerdo, de cuando me operaron de la garganta y papá me llevó en bicicleta. Debo haberme asustado mucho, y quizás de ahí viene mi terror a las operaciones, quién sabe. Tengo una idea remota de que mamá me despidió en la puerta. ¿Cómo habrá quedado? ¿Quizás llorando? Pero había un papá que lo abarcaba todo.

No tengo memoria de un legendario brasero, de una época lejana del abuelo José y de la abuela Virginia, la que no conocí y de la que llevo el nombre, donde cocinaban. Pero lo tengo hoy en mi patio, resguardado de tantas mudanzas, conteniendo piedras, a veces una maceta, que no me dan calor, pero lo logran cuando lo miro, lo toco y lo cuido como casi a ningún otro objeto, del cual no me he desprendido nunca porque tiene historia familiar.

No recuerdo detalles que luego me han contado de una nena pequeñita, sentada muy quieta en un sofá, abrazada a una muñeca negra de porcelana, con vestido rojo y de puntillas, mientras mira a la tía que limpia el brillante comedor. Pero sí recuerdo a esa tía con cariño porque creo que me quería. Sueños que cuando acontecen, rondan todo ese día por mí. Imposible



abstraerse de lo hermoso o lo terrorífico que estuvo dando vueltas por mi almohada...Sueños que se abisman, incomprensibles, a veces sin poder recordar del todo e inefables en la vigilia.

Único espacio donde pasado y presente se encuentran mágicamente; único tiempo donde estoy a solas de mí porque otros están ahí, partícipes genuinos o imaginarios, en lugares desconocidos donde alguna vez pude haber estado sin saberlo. Y lloro y río sin proponérmelo; formas celestiales de unir el hoy con el ayer, conocido y desconocido.

¿Qué guardará mi memoria? ¿Qué significa un sueño? ¿Deseos? ¿Anticipaciones? ¿Adentrarse en un mundo de profundo azul o esfumado blanco y negro, descolorido gris? A veces el sueño permite creer en el amor, en que algún tiempo de felicidad regrese, enamorarse, el nacimiento de los niños, presenciar asombrada su crecimiento, luminosos días, los paseos...

Ir envejeciendo con memoria y con sueños, en sepia del ensueño y con verdes de esperanza; sin miedos, con los que amo cerca, eso quisiera. Lo que he silenciado, sale en ese sueño, me atraviesa, me colma, me da alegría o me oscurece...y se queda una vez más en mi vida.



El ermitaño

José Rodolfo Espinoza.

«Allá arriba, junto al camino, en su cabaña, el viejo dormía nuevamente. Todavía dormía de bruces y el muchacho estaba sentado a su lado contemplándolo. El viejo soñaba con los leones marinos».

— Siempre hace falta leer un buen libro después de uno malo.

Abrazó la primera edición de *“El viejo y el mar”*, acarició la portada en tapa dura con letras grabadas, subió los escalones y la colocó en el estante que tenía dedicado a grandes clásicos de la literatura. Bajó los escalones, caminó hasta el escritorio y tomó asiento. Abrió su libreta de reseñas y escribió.

“El regreso de los dioses” es un fanfic que fracasa al intentar mezclar las diferentes mitologías del mundo. Con personajes planos e inverosímiles. El lenguaje es pobre, como si de un niño de ocho años se tratase. El autor debió dedicarse a otra cosa.

Rio al mirar la fotografía de la contraportada. Nadie leería su opinión, el autor, como el resto de las personas en el mundo, llevaba más de diez semanas desaparecido. Escribía las reseñas por gusto, para sí. En tiempos pasados la gente se molestaba con sus críticas. Nunca tuvo una columna en el periódico, pero desde que comenzara el siglo veintiuno dejó de importarle, una nueva puerta se abriría para él. Aprendió el uso de las tecnologías e hizo un blog, donde religiosamente publicaba a la semana. Primero fueron las lectoras de Crepúsculo, que llegó al español en 2006; estaban tan enojadas de que dijese que estaba mal escrito y que era un panfleto de adoctrinamiento mormón. Fanáticas de la localidad, tuvieron el atrevimiento de ir a molestarlo a su casa. No les abrió; ellas, ante la negativa de sangre, decidieron lanzar huevos a su puerta. Eso no lo detuvo, reseñó cada una de las nefastas novelas de la saga. Y otros títulos igual de infames (Cazadores de sombras, La selección y La reina roja, por mencionar algunos). Pensaba que si se había tomado la molestia de comprar y leer un libro, tenía el derecho a decir lo que le placiera de él.

Se levantó y fue hasta la cocina, abrió la alacena y tomó una lata de atún y otra de elote. Las vació en un plato hondo junto con una cucharada sopera de mayonesa y revolvió. Nunca le gustó el olor del atún, pero era un pequeño precio que pagar por estar sólo. Por fin tenía tiempo de dedicarse a leer.



— En occidente siempre se habla de la libertad, ¡qué gracioso!, la mayoría de las personas suelen odiar su trabajo.

Motivado por su amor a la lectura, Hernando estudió la carrera en letras. Después de graduarse y tras cinco años de búsqueda lo mejor que pudo conseguir fue el puesto de encargado de la biblioteca municipal. Tenía sus encantos, podía estar a solas con sus amados libros, siempre que no hubiese algún evento programado. La gente no le gustaba. Hubo un tiempo en que tenía amigos. Fue aquel verano de 1958, cuando al grupo de doceañeros se les ocurrió ir a la casa de la vieja Strega, una mujer blanca y huesuda que leía las cartas del tarot. Era cumpleaños de Letizia y Rigo, fue porque ella quería. Hernando fue por Rigo, a quien nunca le confesó sus sentimientos. Luis y Gabriel no tenían otra razón que la amistad.

Strega barajaba las cartas color cobre. Colocó el mazo entero sobre su palma y les pidió que tocaran la primera carta. Todos lo hicieron, y según ella, a todos les tocó una carta diferente. Le dio a Luis una carta de un esqueleto con una guadaña, a Gabriel una carta con un hombre vestido de forma chistosa en la que se leía “El Mago”. La de Rigo era una rueda con un mono, un perro y un conejo dando vueltas en ella. La de Lety era una mujer con corona, sentada en un trono. Por último, la de Hernando representaba a un anciano encorvado que sostenía un bastón en una mano y una linterna en la otra.

— En verdad me parezco al hombre de la carta.

Si las cartas del tarot marcaron su destino o sólo lo anunciaron, era una duda que no tendría respuesta para Hernando. Pero de algo estaba seguro, Strega había acertado en cinco de cinco pues, la mañana después del cumpleaños de Lety su madre se acercó a darle la mala noticia; Luis había muerto. Tuvo la mala fortuna de tomar un cable pelado con la mano. A sus doce años, y con la introspección limitada por la edad, pudo hacer la conexión con las cartas del tarot. Dos meses después Gabriel desapareció. En el vecindario corrían todo tipo de rumores, que su padre lo había asesinado y escondió el cuerpo; que fue secuestrado por una secta satánica; la que Hernando más disfrutaba era la versión en la que había huido con el circo. Pero ninguna de las teorías se pudo comprobar, era como si se lo hubiese tragado la tierra.

— Quizá él fue el primero. Ahora sólo quedo yo.

El recuerdo de Rigo lo atormentaría más de la mitad de su vida. Lloró cuando se fue a Texas, lloró cuando se casó con Juana Torres, y volvió a llorar cuando Rigo murió en 2005. Esa mañana se vistió para ir a su funeral, pero no tuvo el valor de salir de casa.

— Me quedé escuchando su música. Siempre fue tan exitoso.

Su carta era la rueda de la fortuna. Desde ese momento supo que sólo faltaban dos. Pero aún no podía imaginar cómo se cumplirían sus destinos; la emperatriz y el ermitaño.



Asistió a la boda de su amiga en el 98. Para entonces Hernando ya sabía que se cambiaba la edad; tenían 52 años. Él empezaba a lucir como un anciano y ella se veía como una universitaria. Ese día, al leer las edades de los contrayentes, el juez mencionó que ella sólo tenía veintiséis.

— Siempre pensé que esa noche había vuelto con Strega y habían hecho otro tipo de trato.

El caso es que su matrimonio no duró mucho. Dos años después estaría saliendo con el heredero a la corona de España; vaya que fue un revuelo. Estaba en todos los medios la historia de la mexicana que sería princesa. Una mañana de 2014 la coronaron.

— Entonces supe que era mi turno.

La biblioteca contaba con una bóveda donde se guardaban los ejemplares más antiguos y valiosos. El papel de aquellos libros era tan frágil que se desmoronaba al contacto de los dedos. Hernando se encargaba de darles mantenimiento una vez cada diez días. Estaba absorto en su labor. Nunca supo si estuvo abajo por tres o cuatro horas. Cuando se dio cuenta que el reloj se había detenido, revisó su celular; no funcionaba. Ningún aparato electrónico lo hacía. La biblioteca estaba desierta, pero esa no era una novedad. Fue hasta la noche, que debía irse a su casa cuando se dio cuenta que no había nadie.

Se abrió paso entre el mar de autos abandonados en la más completa oscuridad. Comenzó a escuchar ladridos. Los perros, los gatos, las aves, todos los seres vivos permanecieron, sólo los humanos se habían ido. Como pudo regresó a la biblioteca. Pasó su primera noche en completa oscuridad; sería la única.

Al día siguiente se dedicó a ir por comida, agua, velas y demás a los centros comerciales. La biblioteca sería su centro de operaciones. Colocó tres pizarrones blancos donde anotaba las obras leídas y por leer. Palomeó *“El Regreso de los dioses”* y fue por el siguiente libro de la lista. *“El Ulises”* de James Joyce; pesaba bastante. La cubierta mostraba la silueta de un hombre con sombrero. Suspiró. Dedicaría el resto de su vida a leer, sin ser molestado, sin trabajar, sin el bullicio.



Transmisión

Leonardo Martínez.

17 de agosto de 1999 Groenlandia y Noruega

En 1976 un grupo arqueológico hizo una expedición en el mar de Groenlandia, enviaron al buzo Patrick Seller con un dispositivo de transmisión de comunicación, este desapareció sin dejar rastro, años posteriores este dispositivo se activó en funcionamiento dejando una localización poca esclarecida.

Daneborg, Groenlandia.

Stefan Meyer.

El punto rojo mostraba la localización, estoy seguro de eso, hace más de un año que nos dieron el aviso de que encontraron una señal en los radares marítimos, no había duda que era el dispositivo que Patrick Seller llevaba ese día de mil novecientos setenta y seis, lo habían dado por muerto. Esta mañana el supervisor de rescate trajo consigo una grabación rescatada del dispositivo que ha dejado varias cosas, Josafat es su nombre y es un hombre afroamericano, calvo y alto. Era firme con lo que decía y eso me gustaba de él,

— ¿Pueden escuchar lo que dice? — coloco una cinta y se escuchó una voz incomprendida, le sugerí que limpiaremos el audio para comprender más lo que se dice, más o menos fueron cuatro horas, volvió a colocar la cinta y ahora se escuchaba una voz grave y con signos de desesperación que decía “Vengan a ayudarme”— No estoy seguro de poder reconocer esa voz, pero comparándola con grabaciones de Patrick Seller — Se quedó callado por tres minutos — Resulta ser algo parecida.

— Si. Patrick Seller está vivo, se encuentra en esa localización entre Groenlandia y Noruega.

— Iremos a verificar donde está ubicado, luego iremos en un bote con trajes de buceo para investigar que se encuentre en ese lugar, por lo tanto, Stefan, ¿puedas localizar exactamente la ubicación?

— Hare lo posible.

En menos de 6 horas me la pase en los ordenadores tratando de localizar esa ubicación, me pregunto que habrá pasado con Patrick ¿hacia dónde fue o que lo arraso hacia qué lugar? Pero es bastante extraño si se tratara de Patrick Seller como es que sigue vivo hasta esta fecha, me suena algo irónico como un hombre de mediana edad puede sobrevivir en el mar, ¿acaso encontró una isla? Según se hay una isla entre Noruega y Groenlandia, eso es maldición. Trabajando en el campo de investigación utilicé diferentes métodos de metodología



investigativa, di con una ubicación no tan acertada, pero fue lo más que pude encontrar, es la isla Jan Mayen, rayos

¿Cómo fue a parar a ese lugar? En fin, envié la información en una carpeta hacia Josafat, me dio una respuesta de que comenzaríamos de inmediato para mañana ir hacia la isla, recibí una llamada de él,

— ¿Estás seguro? — Pregunto Josafat.

— Es el resultado más probable que encontré, no encuentro algo más que eso.

— ¿Es todo lo que tenemos?

— Me temo que sí, igual podemos esperar un poco más para obtener mejores resultados...

— No, la corporación necesita saber ya que fue lo que pasó con el dispositivo.

— Parece que se olvidaron de Patrick.

— Así son las cosas, Este listo para mañana, cuatro hombres junto con nosotros dos iremos hacia esa isla, te tendré un traje de buceo listo por si necesitamos sumergimos.

— Espero no tener que mojarme — La probabilidad de encontrar algo eran del cincuenta por ciento. como encontrar una aguja en un pajar, pero teníamos que intentarlo— Esta bien mañana nos veremos allí.

18 de agosto

Llegamos en un bote hacia Olonkinbyen en la isla Mayan, fuimos a revisar a los alrededores donde nos marcaba el radar, pero no hallamos ningún rastro del dispositivo o de Patrick,

— ¿Estás seguro que estamos en el lugar indicado? — Pregunto Josafat.

— Aquí marcan las coordenadas.

Fui a revisar nuevamente, eso era, no estaba en tierra sino bajo el agua,

— Vamos a tener que mojarnos — Le enseñe de nuevo las coordenadas, algo estaba bajo el agua, pero en la misma isla, ¿tal vez una cueva?

Josafat ordeno a todos ponernos los trajes de buceo, todos los hicieron, nos pusimos el respirador,

— Ustedes dos primero. — Dos del equipo se sumergieron, les indicamos donde exactamente ir.

Fue el turno para Josafat y mí. Nos sumergimos bajo el agua, nadamos a una profundidad de 2,353 metros de profundidad si más recuerdo, lo encontramos, era una cueva o caverna entre varias rocas que parecía conducir a hacia una entrada en esa cueva, seguimos nadando y veía las rocas musgosas que parecían ser como una fortaleza custodiando ese lugar, nadamos hacia arriba de unas rocas y no había más agua, nos quitamos el respirador y los googles. Esta cueva



parecía un castillo, cada roca llena de musgo tenía formas rectángulas en vertical y arriba una roca esférica puntiaguda, alguno parecía ser de colores ya que se veían amarillas y azules. Caían gotas desde arriba, no había vegetación, pero si bichos extraños,

— ¿Qué este lugar? — Pregunto Josafat— ¿Dónde están los otros? — Alzo un grito, pero los otros dos no respondieron.

— Tal vez están más adentro.

Recorrimos la cueva, todo estaba lleno de rocas musgosas verticales y alienadas de varios colores, como un negro azulado, Josafat se sorprendió ver el dispositivo, es una especie de cámara con audio, pero en forma cuadrada con llantitas y aprueba de agua,

— Lo encontré— Dijo Josafat— Revisamos el dispositivo, nos dimos cuenta de algo extraño, aquel audio que recibimos de este aparato si es de Patrick, pero desde hace veinte y tres años.

— No es reciente, ya lleva desde el año en el que desapareció Patrick.

— ¿Por qué el dispositivo envió esa transmisión hasta ahora?

El dispositivo le pardeaban una luz donde emitía sonidos, lo reproducimos y una voz decía “Ya los tengo”

— ¿Qué demonios es eso? — Pregunto Josafat.

De la oscuridad de las rocas salieron unos tentáculos con tenazas que atraparon a Josafat arrastrándolo hacia la oscuridad, solté el dispositivo cayéndose al suelo, este parpadeo de nuevo y se reprodujo otro mensaje “Eres mío” de la oscuridad se mostró esa aterradora monstruosidad,

— ¡Oh Santo cielo!



Loren.

Hugo Álvarez Picasso

A Milo Quesada y Antón Chéjov

A veces pienso que de tanto leer uno termina mezclando realidad y ficción o vigilia y sueños. Y a su vez, como si fuéramos una licuadora, las ideas y los recuerdos se diseminan y se mezclan, vinculando personajes con seres reales y situaciones ocurridas en el tiempo que dura nuestra vida o en la sucesión de lecturas de narraciones diversas, de los amigos que extraemos y que, a fuerza de quererlos, se convierten en reales y en sus acciones que ocurren con la misma naturalidad con la que vivimos. Y así para mí es tan real Rodión Raskólnicov, Gregor Samsa, o Harry Haller. Así que poco importa el hecho de si lo que voy a contarles ha ocurrido o no. Porque ya olvidé casi todo, aunque como esquirlas o diminutas partículas de vidrio, van y vienen dentro de mí, escenas del pasado, imágenes, sucesiones de postales en algunos casos que como en un film, múltiples fotogramas desfilan por mi memoria y poco a poco les voy poniendo sonido o palabras a mis personajes, más un paisaje más una trama, más un final. Y todo esto comienza porque en realidad anda dando vueltas en mi cabeza hace ya unos años, flashes o iluminaciones que misteriosamente ubico en la recién iniciada tarde de Pascuas del '75 y como escenario, Madrid. Hoy mientras miro por la ventana de mi de cuarto el maravilloso y esbelto álamo que comienza a deshojarse en el también recién iniciado otoño en Las tres Marías, sentí la compulsión o tal vez la necesidad, para no ser tan dramático, de referir a quien estuvo cerca de ser el personaje del Casanova de Fellini, el actor y anfitrión, Milo Quesada. Hace ya muchos años estábamos en su apartamento situado en un barrio solemne, pulcro y ajeno llamado de la Moncloa. El lugar más precisamente era su living. Estaba junto a dos amigos míos, jóvenes e ingenuos como yo, ávidos de emociones, receptivos de toda experiencia exótica que nutriera nuestras ansias de aventuras. Aventuras poco definidas, buscábamos afirmarnos en nuestras propias personalidades algo lábiles por entonces, lejos de nuestro país, en tierras extrañas. Situación que todo lo convertía en algo de sueño, o mejor dicho ávidos de deseo, que ocurrieran cosas, que nos ocurrieran cosas vivificantes, que nos zamarrearan, que nos llevara prospectivamente a un futuro que ansiábamos se pareciera al de Milo o al del amigo de Milo, de quien no recuerdo su nombre pero que inventaré para el caso. Milo, era actor, de muy buen aspecto, guapo, voz ronca y curtido y con algunas arrugas que le quedaban muy bien, que le daban aspecto de haber vivido mucho sin perder ese aire de juventud eterna que resumía. Moreno y de pelo negro y enrulado se peinaba con una gomina que reducía a ondas pequeñas, las hebras negras, gruesas y abundantes de su cabello. Flaco y fibroso, había filmado mucho. Tenía una bella mujer con quien concibió un niño, de hecho, por esa época Jacobito era apenas un bebé que lloraba mucho. Mientras Maite Palau lo atendía, Milo se deleitaba hablando de él y sus amigos. Una pareja de tapa de Vogue, Paris Macht, o Life. Nosotros también éramos cada uno de nosotros



y nuestros amigos un arquetipo platónico, ya que cualquiera de ellos podría estar contando este relato sino lo hicieron ya.

Supongamos que Milo nos hablaba de Marcelo Szeinfeld, también actor y radicado en Roma. Entre la variedad de cosas que nos contaba Milo, las mujeres eran un apartado especial. Como si entre las materias que dictara fuera una de nuestras favoritas. Está demás decir que éramos tímidos, nos apoyábamos uno en el otro y escuchar conquistas, seducciones, conseguir que una mujer atractiva nos prestara atención, nos excitaba y creo yo, escuchábamos con más atención que cualquiera de las materias que habíamos cursado hace poco en el Colegio o que hubiésemos leído en comics o libros de aventuras. Tenía una manera de hablarnos a cada uno, como si hubiese diseccionado nuestras personalidades, hecho que yo atribuía a su experiencia y a cierta indulgencia o propensión a creer cualquier cosa. Como si fuese consciente que nos podría ayudar o a frustrar si en el futuro no alcanzáramos alguno de los logros que contaba. Recuerdo que en un momento me miró y se dirigió a mí y me dijo, Ramiro debes ser fiel a ti mismo, no debes imitar a nadie, cada uno debe saber quién es, y no traicionar tu manera de ser.

Mucho tiempo después leyendo a Borges recuerdo que ponía en boca de un personaje, que uno o dos hechos definen el destino de una persona y que hay un momento en que uno sabe para siempre quién es. Cuando lo leí me acordé de Milo, eso nos decía en aquel momento imborrable. Debíamos conocer nuestras esencias, y acentuar nuestras “armas”, aquello que somos, aquello que nos constituye y no querer imitar a nadie. Estaba claro que yo no tenía ni aspecto de rudo, ni era moreno, ni portaba arrugas, apenas si comenzaba a fumar Camel sin filtros y si quería, como quería, conquistar la atención de las mujeres debía recurrir a mis “atributos”, más basados en “opuestos” que, a semejanzas con la personalidad de Milo, que no paraba de dar órdenes a Maite y parecía un capo mafia. Sin dudas era un winner con las mujeres y había vivido mucho o tal vez todo lo que nos contaba. Pero haciendo referencia a conquistas o seducciones internacionales un día rindió un homenaje o tributo postrero (lo cual requería dejar de lado su ego, lo que no era poco dado su necesidad de ser escuchado y venerado) al citado Marcelo Szeinfeld, que, para darle dramatismo, agregó que había muerto a muy temprana edad. Este joven vivía en Roma y frecuentaba fiestas de artistas, en una Roma donde se concentraba mucho de la intelectualidad y arte de la época. Fellini acababa de obtener el Oscar a la mejor película extranjera por *Amarcord*, la música italiana brillaba en los festivales de San Remo, los directores de cine producían genialidades, y el arte dominaba ese país que albergaba una civilización maravillosa, donde cada ciudad era una suerte de museo de pintura y escultura, donde la ciudad misma era una de obra de arte viviente en un ambiente de vitalidad, gritos e intensidad. Si París era una fiesta, una fiesta refinada nos decía Hemingway, Roma era el pulso mismo de una vida intensa, surrealista, bulliciosa, segura y potente representada por íconos antiguos y lejanos y contemporáneos que caminaban las calles del *trastévere*. Sus artistas del cine eran inalcanzables y formaban parte del paisaje genial de una Roma retratada en los films hasta reconocerla como nuestra ciudad. Y algo así pasaba con actores y actrices. Y la historia en cuestión refiere a Loren, actriz bellísima, intensa, oscura y potente como los olivos, una suerte de deidad que resumía vértigo, femineidad y simpleza, y era fruto de la Italia profunda, sureña, vital, imponente, sin demasiada sofisticación, dotada de un talento especial para actuar con la naturalidad con que



vivimos la vida día a día. Todo se inició en una fiesta en un Gran Palacio. Los caireles de las arañas, el tapizado de rafia negro, el perfume de los sahumerios, la profusa alfombra roja que parecía un enorme estanque de sangre coagulada. Y el ir y venir de gente agraciada, hermosa, tallada como cariátides griegas. Fumando en un sillón y en soledad estaba Loren. Era visitada como una obra de arte. No existía un cordel que la separara de la gente como en los museos, pero ese cordel imaginario existía en la mente de aquellos que asistíamos a la fiesta. Mi amigo era muy buen mozo nos dijo Milo y se propuso seducirla. Claro que era imposible que fuese en una noche o en una sola “jugada”, por lo tanto, ideó un plan. Apenas se dejó ver, y se ocupó que Loren prestara atención en mi amigo Szeinfeld. Se valió del recurso de ignorarla o invisibilizarla, y solo mirar por sobre su figura admirando un óleo del Tiziano. Está demás decir que Szeinfeld era agraciado en su figura, también actor y un encanto natural como de extrañeza lo hacía parecer distraído o concentrado en cosas más importantes que una fiesta o la presencia imponente de Loren. Luego comenzó a enviarles flores, margaritas amarillas, sus preferidas, de manera sistemática y anónima. Se dio un plazo hasta la próxima fiesta que sabía o tal vez intuía que sería donde la volvería a ver. Una semana antes del evento le regaló un perrito, un perrito blanco de Pomerania. Blanco y vivaz no tardó en conquistar el corazón de la diva que se debatía en interrogantes. Lo anónimo suele generar incertidumbre o temor, pero no cuando lo que se envía son flores o se regala un perrito y cuando se sabe y se asume que la destinataria era una diosa pagana bajada del Olimpo para confundirse entre nosotros, ávidos de una gloria imposible. Finalmente, el día esperado llegó. Una gran fiesta se daría en la Villa Capra en Vicenza, diseño del solemne y deificado arquitecto Andrea Palladio, quién la imaginó y esbozó allá por el 1566. Las villas se convirtieron en las residencias de los señores de Venecia para pasar sus vacaciones y sitios de hospedaje de amigos o personajes importantes relacionados en con el mundo de la cultura, el arte y la música. Un verdadero centro de poder y un signo de distinción social de la burguesía veneciana. El interior poseía frescos del siglo XVI del gran Paolo Veronese, rodeada de bosques de álamos y de cipreses. Suntuosa e imponentes jardines, sus espejos de agua y su recorte singular, emulaban una escultura en el cielo diáfano de los inicios del verano. Loren, en su interior, refulgía como una perla o como las consabidas tres señoras del Louvre. A la Venus de Milo, La Victoria de Samotracia y La Gioconda se sumaba ella, adorada por el mundo de la cultura y del cine, rodeada de un aura ininteligible, carente de coherencia y racionalidad. Loren era arte y el arte ocurre como un arrebató imperativo. Un sillón vienés con almohadones de plumas de ganso color crema, ubicado en un rescoldo de la escalera principal, semi – recostada, miraba con desdén el desfile que frente a ella por momentos se demoraba. Inserta en un vestido celeste y luminoso, revestido de piedras preciosas, de ese artefacto emergían sus hombros suaves y sus piernas torneadas que cruzadas parecían dar forma a un endriago brillante y húmedo como recién salido del mar. _ ¿“Pero vos estuviste Milo?”, “¿Qué fue lo que pasó?”. _ Maite Jacobito llora, fíjate de ponerlo en la nevera, bien abajo, no me deja continuar hablando con los chavales argentinos. Milo interrumpió en lo más importante del relato. Una discusión inesperada con Maite nos trasladó de las ensoñaciones de un seductor a las típicas discusiones hogareñas que nacen de detalles imperceptibles, menores y que de pronto se convierten en detonaciones en cadena, que llevan en su núcleo, silencios y desatenciones, indiferencias tenues y cicatrices en la piel. El Milo no se movía del sillón mientras Maite juntaba sus cosas más a mano y se marchaba a Barcelona, sin el niño que lloraba asustado por los gritos y las



paspaduras de su piel. De Roma con amor pasamos a cuidar de Jacobito, mientras Milo recordaba en un monólogo teatral, “si hasta creo que anoche hicimos el amor, aunque no lo recuerdo bien, pero se ha marchado, se ha marchado...”. Cuidamos de Jacobito durante varios meses y cocinábamos para el Milo quien no dejaba de decir “Ramiro ponlo en la nevera, bien abajo, para que no lllore”. Nos reíamos, pero avizorábamos el drama de un hogar en derrumbe con la falta de Maite, quien nos cocinaba, atendía a su hijo, y al Milo que ahora nos mostraba una faceta impensada, su fragilidad, su absoluta inutilidad para vivir. Su mundo era el mundo de la ficción, del teatro, del cine, de los spots televisivos y de sus relatos de una vida de fiestas y glamur, de Cinecità y esa fábrica de sueños situada en el corazón de Roma. Llegó el día de volvernos, el departamento era un desastre y el Milo se mostraba vulnerable, lloraba más que Jacobito y nosotros no sabíamos cómo decirle que debíamos volver a nuestro país. La intriga nos carcomía, no podíamos irnos sin saber de Marcelo Szeinfeld y el desenlace de la historia en Roma. Mientras Milo se había tildado diciéndonos “estoy pal ‘tiro’ chavales, nosotros solo esperábamos exprimirle lo poco del elixir de ego y ficción de lo habitaba. “Nos vamos Milo, en unas horas debemos tomar el avión de regreso”. “Y qué haré con el niño, Maite no ha regresado, creo de verdad que estoy pal ‘tiro’”. “Ya te acomodará Milo, debes contratar una baby sitter y verás que Maite volverá. Tienes todas las martingalas y trucos para seducir a una mujer, la reconquistarás”. A propósito ¿por qué no nos cuentas de tu amigo Szeinfeld y aquella fiesta donde conquistó a Loren? Jacobito dormía y un cierto orden pareció emerger del piso de Madrid. Milo se sirvió vodka, prendió un goloises y se acomodó como para seguir. ¡Joder!, ¡pues nada!, que mi amigo Szeinfeld también era muy guapo y fue el único que se animó a desafiar a Loren. Se situó frente al cordel que la separaba de la gente y se quedó mirándola con detenimiento. Como a una obra de arte. La miró y la miró y la miró fijamente repasando cada parte de su cuerpo, cada detalle de su voluptuosa geografía, hasta demorarse en los ojos color de almendra y nácar de Sofía. Ella se sintió turbada y le preguntó si se conocían. Sí, dijo Marcelo, soy el de las flores amarillas. ¿Eras tú el que me envía margaritas? Sí, respondió mi amigo y agregó: y además soy el del perrito. ¡¿No?! No puedo creer que conocieras mis preferencias. Amo las margaritas amarillas y los blancos perros de Pomerania. Lo sé, dijo mi amigo, los amas tanto como yo te amo a ti. Creo que es tiempo de marcharnos Sofía y estiró su brazo. Sofía, se levantó del sillón y el tiempo pareció dislocarse. Por un momento todo se detuvo y la gente permaneció fija en cada lugar. Solo Szeinfeld y Loren tomados de la mano sortearon las estatuas vivientes y recorrieron al amplio salón de la villa. Bajaron magnánimos por la escalera cubierta de una suave alfombra escarlata bajo un cielo luminoso como plata bruñida. La noche conspiraba para la apoteosis del final. La escena que cierra la anécdota, son ambos subiendo al Lamborghini marfil estacionado en la entrada de la villa y partiendo embelesados, uno con el otro, con destino incierto y veloz. En el interior, la fiesta recomenzó con todo su esplendor, hasta que se fueron apagando los sonidos de cristales y de música. Amanecía. Nadie percibió la ausencia hasta el mediodía, cuando la luz romana encandilaba la villa. Federico despertó de su letargo cuando notó que lo habían despojado de su obra más preciada.

Hugo Álvarez Picasso

Las tres Marías, junio 20, 2020 La primera tarde de sábado.



Macarena.

Francisco Barata Bausach.

Mi mundo, el que viví, el que siempre me gustó, había desaparecido. La maldita crisis, ¡puta crisis!, acarreó el hundimiento de todo lo que siempre consideré necesario. Me dejó huérfano de necesidades porque ya no podía cubrirlas y asombrado, comprobé que podía vivir sin ellas. Mi vida fue un engaño; trabajar como un gilipollas para conseguir cosas que ni puta falta me hacían, amigos de copas y barra de bar, revoloteando hacia la luz de la codicia, que ardieron como polillas cuando yo me apagué. Ahora lo sabía; tarde y con rabia, vivía consolándome con la cocaína, quería destruirme poco a poco y sin cojones para el suicidio, elegí devastarme. Contemplaba la miseria que antes odié, pero que ahora amaba; no tenía más remedio, era lo único que tenía, la miseria que me rodeaba.

Yo era parte de ella; no solo me sentía complacido, esperaba hundirme hasta el fondo en aquella mierda. Tuve que adoptar un rol sarcástico; me veía en esta cruel tesitura por la codicia de unos hijos de puta, la mayoría de los cuales se fue sin sufrir esta mierda. Perder todo lo que tanto me costó tener; cosas que encima no eran tan necesarias como creía para vivir, ¡qué puto engaño! Incluso ser abandonado por mi pareja, otro fracaso más. No se lo perdonaría nunca a esta puta sociedad, no necesitaba contemplar tan temprano mi fracaso; el desmoronamiento de la estúpida vida que con tanto ahínco había construido, como tantos otros gilipollas, embaucados por una miserable sociedad.

Mientras pensaba en tales putadas, contemplaba en el camastro del fondo a mi compañero de piso: tan gordo, sudoroso, tumbado panza arriba y resoplando su miserable vida. Más de una vez, paranoias generadas por la cocaína, pensé en estrangularlo con mis propias manos, pero su cuello era muy exagerado y de aspecto toruno. Estaba condenado a pasar lo poco que tanta coca me dejara vivir soportando a ese cerdo mal oliente, incapaz de caminar ni por una vez a la ducha; tampoco me extraña. Lo que debía ser el cuarto de baño era lo más parecido a una fétida cloaca y allí defecábamos. Allí... yo que antes *«me la cogía con papel de fumar»*.

El cerdo resoplaba con irritantes berridos; a veces le rechinaban los dientes como si tratara de serrar el cadáver de su puta madre, si es que ese gorrino¹⁰ tuvo alguna vez madre. Pero tenía que soportarlo, yo no podía pagar el alquiler; la miseria que esta inmunda habitación costaba. Cuarenta grados hacía, la ventilación era imposible, el puto viento tenía a bien no soplar aquella infernal tarde. Así estábamos cuando al gordo se le escapó un pedo, ¡qué asco!, pero así fue. Resultó que le salió *«rana»*, marrón, poniendo perdida la cama, que ya de por sí estaba perdida. Ni se dio cuenta el jodido. El olor, calentado a fuego lento, como si fuera un sabroso guiso de mierda; era agrio, espeso y penetraba hasta el fondo del alma. Ni Dios podía aguantar aquel *«Gas Ziklon»* de baratillo.

Me puse el pantalón, una camiseta grasienta y me largué; matar al morlaco panzudo era un trabajo que se volvía imposible por la cortina de gases que la mierda, el calor y su resudación, convirtieron su camastro en una trinchera infranqueable. El portazo que di solo sirvió para que otro pedazo de yeso del marco se viniera abajo. ¡Hostia, las llaves!, ¡qué mala leche! Sin llaves, se quedaron dentro, sería imposible entrar por el estado de somnolencia en que aquel cerdo se encontraba y eso, si los humores que su flatulencia había producido no fueran lo suficiente nauseabundos para matarlo de puto asco. Aquello pintaba de maravilla; sin llaves para entrar, ni dinero, con calor, un domingo sudoroso y sangriento, al que le quedaba la suficiente vida para matarme antes de morir él.

¹⁰ Gorrino (Esp): Cerdo, especialmente el que tiene menos de cuatro meses.

Pensé pasar por el apartamento de «Are». Vivía en el piso de abajo, y bien mirado, era el lugar más próximo donde podría llegar en mi penosa situación. Además, ella tenía un ventilador que le regaló su último novio. Solía tener la puerta abierta para que el aire se diera una vuelta de vez en cuando, aunque fuese porque el ventilador lo empujaba y lo volvía a empujar cuando volvía a entrar, más caliente, si tal cosa era posible.

«Are» estaba dejada caer en su sofá en tanga, con las tetas al viento, intentando escapar del suplicio.

- Hola niña. — le dije más aliviado.
- Que tal Paco, aún sigues vivo con este puto calor. — sentenció amuermada¹¹.
- No te quejes, por lo menos con un ventilador se puede aguantar esta mierda. En mi pocilga, con mi cerdo de mascota, no hay quien pare. Para más desastre, dejé las llaves dentro y para despertar al cenutrio¹² de mi compañero me va a costar «lloros de viuda», así que si quieres compañía, aquí la tienes.
- ¿No será excusa para pegar un polvo, con la que cae? — respondía ella con desinterés.
- «Chiqui», ahora ni estoy salido ni estoy loco. Si estoy caliente, es por la meteorología imperante, nada que ver con tu cuerpo saleroso.

Su nombre era Macarena; verán si lo de «Are» no parece sinónimo de pija, pero no, era una tía inteligente y mordaz, podíamos hablar de lo que nos apetecía y, como estaba buena, follar cuando queríamos.

- Me pregunto muchas veces como es posible que en esta finca malviva la variopinta fauna que existe y te incluyo en especial a ti. — comentó ella, con sorna.
- Chiquilla, en los cimientos del edificio hay restos de un cementerio judío; sus ánimas están molestas desde que construyeron esta mierda encima. Por eso y para jodernos, atraen con su magia de almas penadas a todos los personajes más grotescos de la barriada.

Decidí tumbarme en el trozo de sofá que «Are» dejaba libre para que la ventolera del aparato me diera de lleno y así enfriar mis sesos que, poco a poco, se estaban desvaneciendo por el puto calor.

Quizás di una cabezada; lo cierto es que durante una hora conseguí evadirme de este podrido domingo. Entre sueños imaginaba una bañera llena de ácido sulfúrico, donde con un aparejo que construí, me permitía levantar al cerdo de mi compañero de piso y soltarlo en la bañera. La sensación que me producían sus alaridos de dolor, su cara mientras se iba descomponiendo por el benefactor efecto del ácido, era un sueño angelical que la irrupción de alguien en el piso de «Are», me devolvió a la realidad, comprobando que ni había ácido ni podía cepillarme a Desiderio, mi gordo compañero de piso. Del sobresalto, casi caigo del sofá.

Había entrado Amparito, la vecina del primero; coja, alcohólica, mala leche y solitaria, causa o efecto de todas sus donosuras. Venía a ponernos de mala leche, estoy seguro que era lo único que para ella justificaba su miserable soledad; joder al prójimo.

- Pareja, creo que Rosauero está almacenando garrafas de butano para mandarnos a todos a tomar por culo. — Espetó, a bocajarro, sin ni siquiera saludar.
- Amparito, qué burra eres, ¿cómo que almacenando butano?, ¿cómo lo sabes? — le pregunté aún sin centrarme, por el sobresalto.

¹¹ Amuermado (Col. Esp) [persona]: Que siente muermo (aburrimiento o decaimiento).

¹² Cenutrio (Col. Esp): Persona torpe y lenta para comprender o ejecutar una cosa.

- Si mujer, solo nos faltaba salir volando como el fascista de Carrero Blanco. — comentó «Are».
- «Are», que sí, que le he visto subir garrafas. Que tiene el pasillo de un naranja subido. Y no creo que las quiera para su estufa en pleno verano.

Rosauro vivía en el primer piso, era un cuarentón que se quedó colgado en algún «rave» antañón, a base de tripis y setas, allí estaba aún. De todos los vecinos, era el menos vecino, porque estaba muy lejano. Aquel mal viaje que un día se pegó, le había dejado en el limbo.

Mientras pensaba en Rosauro, Amparito, cansada de incordiar, y visto que nadie le dijo que se sentara al fresco se fue; pero la mala puta, porque mala leche tenía para amamantar una piara de cerdos, cerró de un portazo, eso, en agosto y en aquella tarde maldita, era una manera de intentar acabar con nosotros. Pero yo, raudo, abrí la puerta mientras le recordaba a Amparito, de que mal se iba a morir. Ni se enteró la muy lerda, ya estaba perdida en la apestosa escalera. Me senté otra vez en el bendito sofá, aireado por el maravilloso ingenio de la tecnología, por esas aspas que puteaban al aire y le obligaban a romper el impenetrable calor que hacía, y me repito, porque el puto calor no menguaba con el paso de la tarde, dándonos alguna oportunidad de vida. En ese instante pensé que Einstein no se molestaría, por pensar que el ventilador y el aire acondicionado, eran los mayores descubrimientos de la ciencia del siglo veinte.

Tan profundos pensamientos eran gemidos de las neuronas que se me iban deshilachando por los efectos del calor; de esas heroínas que luchaban con todas sus fuerzas para no convertirse en fluido recalentado. Ya empezaba a desaparecer el sol, y la niña quiso invitarme a tomar algo en la terraza de una plazoleta; a pocos metros de nuestro edificio, con la esperanza de aprovechar el fresco que, implorábamos, siguiera a la desaparición del Astro Rey, ese hijo de puta pletórico en pleno verano mediterráneo.

«Are» era una niña increíble, y no me hubiera importado, en otra situación, tirarle los tejos en plan serio. Pero, no solo la edad era una barrera importante, además mi ruina de vida no debía compartirla con una persona tan sensible como ella. Bajamos las escaleras sin agitar demasiado el aire para que no se convirtiera en un viento abrasador. Al pasar por la puerta de Rosauro, atisbamos por un instante los recipientes con butano. La puerta se cerró de un portazo, quizás para impedir que el calor saliera de su casa, porque tal era mi penuria que ni el calor dejaba escapar, o quizás para que no viéramos la acumulación de aquellos envases, algún mosqueo sentimos los dos al verlas, «¿estarían llenas?» pensamos. Nos sentamos en una mesa que teníamos controlada por gozar de la ventura de ser un rincón refrescado por el viento. Pedimos cervezas, con un vaso frío. El primer sorbo nos nubló la vista; un puro orgasmo placentero.

- Esto es la hostia, «Are», una frescura que te mueres.
- Tienes razón Paco. A propósito, — continuaba ella animada. — tengo unos poemas casi acabados, me gustaría que les echaras un vistazo.
- Cuando quieras pero, una cosa que siempre quise preguntarte ¿por qué escribes poesía? es muy difícil triunfar. Y hay que comer, aunque sea de vez en cuando.
- Es lo que me gusta. Creo que no lo hago mal y paciencia tengo un rato. Tú has dicho que no estaban mal mis poemas. Y ya que estamos en plan serio, déjame que te pregunte algo, viene a cuento y hace días te lo quería comentar.
- Dime niña lo que se te pasa por esa cabecita; estamos en hora de gracia, el puto calor parece que nos va a dar tregua, en la que podemos ser «normales» y no bichejos cocidos a fuego lento.



— ¿Por qué no te vienes a vivir conmigo? me gustas mucho.

Aquello fue como una acerada cuchillada que me atravesó el corazón.

— «Are» ¿a qué viene eso aquí y ahora? ¿es por el calor, te encuentras bien? —, necesitaba ganar tiempo y no se me ocurrió otra tontería.

— ¡Qué coño de calor!, lo llevo maquinando hace tiempo, me gusta estar contigo, pero conociendo tu pasotismo, no me he atrevido a pedírtelo antes.

— Joder «Are», ¿no te das cuenta que hay razones de peso para que tu propuesta sea del todo inviable?

— ¡Del todo inviable! tienes cojones Paco, ¡ni que te pidiera en matrimonio! Solo se trata de vivir juntos. Además, estoy segura que te gusto, eso se nota, no tienes pareja ni nada por el estilo. Solo follas conmigo ¿cuáles son esas putas razones?

— Pues, pequeña odalisca, las hay. Soy mucho mayor que tú, Desiderio no puede pagar el piso solo, tengo menos futuro que Pedro Sánchez en el «PSOE», y no tengo nada que ofrecerte. Tú te mereces alguien de tu edad, para poder fabricar el futuro los dos juntos.

— Acabas de recitar una retahíla de estupideces de culebrón barato, excusas absurdas. Di que no te gusto, que no sientes nada por mí. Quedarías mejor.

— «Are», quiero destrozar yo solo mi puta vida. ¡Solo! ¿entiendes? para eso no necesito joderle la vida a nadie y menos a una mujer como tú.

Me di cuenta que era la primera vez que la trataba de mujer; cierto que lo era, mujer autentica pese a su edad pero, me parecía que podía controlar mejor mis sentimientos y también los suyos tratándola de niña. Se dio cuenta del matiz, y pareció le daba aún más rabia, porque me lanzó una bellísima, sentida y contundente frase.

— Vete a la mierda. ¡Gilipollas!

Tras el piropo, se levantó de la mesa y salió corriendo. Yo tengo algunas ideas al respecto de cómo quiero joderme la vida, ésta, ya que la anterior me la jodieron otros sin pedir permiso. Lo que no entra en absoluto en mis planes es hacerle daño a Are“. Sé que no lo quiero admitir, sé que mi vida es una mierda, que me quiero joder de pura rabia, pero sé que siento algo por esa chiquilla, maravillosa, nada maleada, ansiosa por disfrutar de la vida y a ella no la quiero contaminar con mi mierda.

Antes nunca he sido coherente en nada; pero ahora en el declive vital que me estoy montando, he elegido no volver a crear una vida que me puedan volver a joder. “Are“ sería romper mi coherencia, no quiero volver a luchar.

En esos pensamientos estaba, cuando un estruendo tremendo sacudió la plazuela y nos envolvió una nube de polvo.

Rosauro cabrón, ¿qué has hecho? Fue lo primero que me vino a la mente, ¿dónde estaba “Are“? Me apresuré hacia nuestra finca, el polvo se estaba disipando, nuestras viviendas semiderruidas; faltaba media fachada, me aventuré hacia el interior de la escombrera formada. Necesitaba encontrarla. De la fachada quedaba poco, vi que el primer piso era una ruina, la escalera no existía hasta la altura del tercero, donde vivía “Are“. ¿Dónde estaban todos?, el que menos me importaba era el hijo de puta de Rosauro, el olor a gas, me reafirmaba quién había sido el culpable del desastre, ¿pero y los demás?

Era imposible trepar hasta la escalera, lo intenté, pero en ese momento unos policías me sacaron de allí, peligraba mi vida dijeron. Fuera llegaban los bomberos. Mientras preparaban las mangueras, relaté a la pasma lo que imaginaba había sucedido y también los vecinos que



habítbamos, de todos, solo podía estar seguro de que mi compañero de piso, Desiderio, estaba dentro, por lo menos espero que no olier a mierda.

Los bomberos regaban con cariño lo que restaba de finca, comenzando a aventurarse en su interior, buscando supervivientes; vi a Amparito acercarse con una bolsa de basura en la mano, la reputa estaba enterita y ni caso le hice. Al rato vi salir a los bomberos con un cadáver embolsado. Pasó por mi lado, complexión corpulenta, pobre cerdo, Desiderio consiguió lo que quería. Pasaba el tiempo y “Are“ no apareció. El hijo de puta del calvorota, era un montón de trozos churrascados, me lo contaron los bomberos, cansados y sudorosos.

Siguió llorando la noche, y “Are“ no estaba entre los escombros. Quizás se hubiera ido para siempre de allí.

Nunca más la volví a encontrar; era lo mejor para los dos.

Yo no quería otra oportunidad, no quería renacer de la mierda, así estaba bien jodido, ¿para qué recobrar ilusiones?

Años después, muy avejentado, cada vez más cansado de la mierda de vida que llevaba, con la nariz destrozada por la cocaína, pasé por el escaparate de una librería. Vi una pila de libros, era el último premio “Nadal“, la ganadora, en un cartel de mucho lujo, “Are“ Corominas, bellísima, con su novela, “Destrucción moral“. Con sonrisa de triunfo, el único que había tenido hace años, seguí mi lento deambular hacia ningún sitio.

Como cada puto día, solo quería llegar pronto al final del camino para acabar con esta mierda de vida..., la vida que ahora había elegido para joderme.



Madeleine Farescout o la forma de la muerte.

Jar Hollies.

“De aquí a un buen tiempo, se decía, ya no serán los humanos quienes cacen a los pájaros, sino los pájaros a los humanos”

Sentada sobre una piedra grande, se encontraba esperando a su ansiada presa, que no tardaría en llegar. Era común que jóvenes inexpertos en la carretera se perdieran buscando ayuda en el bosque; esa era su ventaja.

De repente escuchó pisadas que aplastaban hojas secas. ¡Ya llegaron! –Pensó-, pero se quedó inmóvil, porque cualquier movimiento en falso podía arruinarle su plan. Así que se mantuvo acechando a la silueta que se acercaba desorientada. La adrenalina por levantar y disparar su rifle empezó a invadirle e hizo que su pie apretara con fuerza algunas hojas; hasta que se escuchó un: ¿Hola? ¿Hay alguien?, y de inmediato por la desesperación, alzó su arma y apuntó sobre lo que era la cabeza de la silueta y disparó; cayendo enseguida su presa. Madeleine se puso de pie, aun apuntando sobre su víctima por si ésta se movía, pero no vio ningún otro movimiento, y se fue acercando. Al llegar no vaciló en dispararle en el pecho y nuevamente en la cabeza; haciendo que le salpicara gotones de sangre a su vestido y manos. Terminada su caza, prosiguió a rebuscar entre las cosas que cargaba el joven en sus bolsillos, y halló un relicario que llevaba una fotografía de él y de una joven bella. Observar la fotografía y sentir entre sus manos el relicario, trajo a su memoria un recuerdo que pasaba más por alguna idea; el de haber cargado uno hace muchos años. Madeleine agitó su cabeza como si aquel pensamiento fuera a desaparecer con el brusco movimiento y por el momento se disipó el recuerdo. Sus dotes de cacería le informaron que aquella muchacha de la fotografía podía estar cerca o tal vez esperando a varios kilómetros dentro de un auto, y se apresuró en introducir el cuerpo en un carrito de madera que ella misma había fabricado. Se mantuvo jalando el carro, pero vigilando que nadie más saliera del bosque, por ese motivo cargaba su rifle muy apegado a su brazo derecho por si debía disparar.

-

Después de un largo trayecto pasando por arbustos, y cultivos de maíz de su propiedad; llegó a su casa. Soltó la cadena del carro e inhaló aire para recobrar fuerzas y levantó el cuerpo. El cansancio que la invadía, hizo que arrastrara al muchacho; dejando un camino rojo en el piso. Una vez llegado al matadero, lo depositó con brusquedad sobre una mesa de piedra. Ahí mismo cortó la ropa con una tijera y habiéndolo desnudado; empezó a cortar su carne. La violencia con la que cortaba la piel y los huesos, le impregnaban de sangre y grasa en el rostro. Y eso le llenaba de satisfacción. Sentía el control en sus manos. Aquella rutina la tenía desde que su padre murió y tuvo que hacerse cargo de ella misma.

Cuando hubo terminado, lavó cada pedazo y los guardó en un recipiente. Luego se sentó a descansar en su silla mecedora. Mientras se mecía con los ojos cerrados, su memoria evocó el momento en el que halló el relicario y recordando algo escrito en él, abrió los ojos y sacó el relicario que había guardado en el bolsillo de su vestido. Revisó la inscripción que tenía en la parte inferior y solo vio dos iniciales, pero Madeleine recordaba haber visto un “Con amor. Mamá”.

-



Aún sentada, se quedó pensativa, observando el relicario que cargaba con una mano. La inquietud de no entender lo poco que recordaba, la llevó a mover su mano y ésta a dejar caer el preciado relicario. El sonido del impacto provocó inmediatamente que Madeleine trajera a su memoria el relicario que su madre le obsequió hace muchos años, cuando era apenas una niña. Aquel recuerdo fue nítido en su totalidad.

El descubrimiento levantó a Madeleine de su silla, quien dio unos pasos, perpleja, tratando de asimilar sus recuerdos. Caminó ensimismada hasta que chocó frente a frente con su reflejo. Y se quedó observándose, quietamente, queriendo entender por qué había olvidado por tantas décadas la vida al lado de su madre, y derramó las lágrimas que reprimió por tanto tiempo.

Viéndose llorosa, indagó en su mirada si acaso era tan solo una versión similar a su padre y quedándose en silencio, inspeccionándose, comprendió que sí lo era; una versión pobre y mucho más repugnante que él. Durante tantos años había sido solo la sombra de su padre; el señor Farescout: un hombre sin alma, que devoraba todo a su paso, quien privó a su única hija de los brazos de su madre, para convertirla en una asesina. En una mujer feroz e infeliz.

-

Madeleine Farescout, desdichada y afligida, se quedó observando, lánguidamente, su rostro. Rostro golpeado por las lágrimas. Lágrimas que le sirvieron de inspiración para susurrar la melodía con la que su madre le arrullaba. Para arrullarse. Para calmarse. Pero en su rostro brotó una sonrisa, una alegría aparente que iba germinándose hasta hacerla reír.

Río. Río a carcajadas; como una niña. Opacando el espejo con su aliento. Dejándola irreconocible. Esa era su verdad; un reflejo opacado por ella misma. Una persona desalmada, sin marcha atrás, invadida por la culpa de haber olvidado a la persona que la había querido y protegido. En ese mismo instante, Madeleine trató de limpiar el espejo con la manga de su vestido, pero era inútil; la opacidad estaba impregnada como tinta indeleble. Madeleine buscó su reflejo en otro espejo, pero tampoco lo halló. Simplemente no podía verse. Entrando en desesperación, palpándose el rostro y sus brazos, se encaminó hacia la cocina, y hallando el cuchillo, lo levantó, aún nerviosa de no verse, pero se halló. Ahí estaba ella. En ese pequeño espacio capaz de reflejarla.

Pudo ver su rostro lleno de arrugas y marcas, sus manos agrietadas y la satisfacción que yacía en sus ojos al observar el reflejo de su rifle.



Carne quemada.

Ítalo Leo.

Esa tarde hacía un calor insoportable, tanto que sentía que la suela de mis zapatos iba a fundirse con la planta de mi pie, mi cabello negro estaba medio mojado por el sudor. caminaba a casa desde la escuela, como ya era de costumbre, mi madre y mi padre olvidaron ir a buscarme..., nunca fui alguien dependiente de ellos de igual forma, tenía 8 años, pero sabía cómo defenderme, sabía como preparar algo de comer y también como regresar a mi casa desde diferentes puntos de la ciudad, a simple vista sonaría que eran unos malos padres pero lo cierto es que sus trabajos los adsorbían tanto que no les queda tiempo para pensar en otra cosa, es complicado entender su sacrificio..., pero hay que pagar las facturas. Tome mi ruta diaria a casa, mire el fresco y verde pasto de las casas del vecindario por última vez, escuche los ruiseñores cantando en los árboles, salude a Sara mi vecina, esa hermosa niña de cabello oscuro y luego entre a mi casa, me prepare un pan y subí a mi cuarto, ni siquiera note si ellos estaban en casa, ni siquiera pensé en decir padre ya llegue, encendí el aire acondicionado y me recosté en la cama a mirar el techo de mi habitación, estaba exhausto, recuerdo que cerré los ojos y al abrirlos la oscuridad inundaba mi habitación, la puerta estaba entre abierta, intente encender la lámpara, pero la bombilla no estaba, luego escuche la canción de aquella cajita musical, resonaba entre las paredes de la casa, provenía del cuarto de mis padres, ni siquiera me moleste en ir a ver qué pasaba, estaba exhausto...

Entrecerré los ojos nuevamente y mire una silueta femenina frete a mi cama, se encorvo un poco y beso mi frente, cerré los ojos nuevamente y luego un extraño aroma a carne quemada, me hizo despertar, el agotamiento no los deja ni cocinar como es debido, pensé ingenuamente..., al escuchar las pisadas en las escaleras me acosté mirando a la ventana y sentí el olor nuevamente, sentí ese aroma a carne quemada, mire la silueta femenina por el espejo de la cómoda, esta vez tenía un plato en su mano, luego de tanto tiempo mi madre, me preparo algo de comer, pensé ingenuamente..., escuche la puerta cerrarse, tome el plato y mire dos bistec y un par de papas, los comí rápidamente, ¡sí que tenía hambre!, mi madre había perdido el toque en la cocina, la carne, estaba algo quemada y tenía una textura extraña, seguro no la golpeo lo suficiente, pero eso no importaba, yo estaba feliz, ¡sí que lo estaba!, se preocupó en cocinarme algo antes de ir a la cama...

Cerré mis ojos nuevamente y luego solo sentí el sol en mi rostro, sentí un olor que inundaba la casa, sentí ese olor a carne quemada nuevamente, me levante y lave mis dientes, antes de alistarme para ir a clases, mire por la ventana y vi los autos de mis padres, baje las escaleras escuche la cajita musical sonando en la cocina y mire un papelito sobre la mesa de la sala, lo tome y leí su contenido “espero te haya gustado la cena, el desayuno está servido espero te guste, nos veremos pronto”. Camine al comedor y mire a mis padres sentados, ellos, ellos..., algo estaba mal, no se movían y luego... el terror inundo mi cuerpo, las... lágrimas... inundaron mis ojos, mi mano empezó a temblar levemente, y sentí algo que me ahogaba por dentro, algo que evito que gritara me senté junto a ellos, y mire sus brazos, les faltaban pedazos de carne, el fregador estaba lleno de sangre, las sartenes también, me quede junto a esos cuerpos inmóviles hasta que llego la policía, mire los platos servidos, “tocino” y huevos revueltos...



Paemas

Lucia Yoelin Gonzales Gonzales

“ADIOS DETONANTE”

RECUERDO LETAL

Pinta mis sueños, borra mis heridas.

Ilustra los recuerdos vagos sin sentido.

Ilustra la memoria en el lienzo de tus poros, inhala el cortante aliento.

Saborea el rastro,

Rellena las cicatrices para darle invisibilidad a su causa.

Usa como lienzo la piel que recubre por fuera,

El recuerdo del néctar del fluido derramado,

Esencia penetrante,

Sensaciones inefables,

Son el arma letal de tu efímero paso del encuentro grabado en cada arista de nuestros cuerpos.



LEERTE ME COSTÓ EL ALMA

Comenzaste proporcionando el título que te identifica. Me agradó.

Comencé a leer tu prólogo, que llamo aún más mi atención por saber cuál sería el contenido completo.

Quise dejarme sorprender sin tener expectativas de cuál sería el nudo y peor aún, el desenlace.

El inicio no fue para nada tedioso, al contrario, se me iba el tiempo leyéndote.

Pero al llegar al clímax, hubo ocasiones en que mi comprensión lectora me comenzaba a fallar, y tenía que releer una y otra vez para poder comprender y entender tu lectura si mi plan era seguir leyéndote.

No quería desistir sin antes llegar al final y concluirte.

Pase tanto en tu lectura que insomnios me acompañaban cada noche, tazas de café ya vacías.

Cuando por fin, después de tantos desvelos y noches largas culmine el clímax, mi rostro se tomó un tiempo para mirarse al espejo y note que ojeras debajo de mis ojos me acompañaban.



Mi rostro demacrado.

Mis manos temblando cuando intentaba tocar mi piel con cicatrices,

Me dolía hasta el cabello de no haberlo peinado,

De haberlo descuidado tanto por querer seguir leyéndote.

Ya sin fuerzas por querer llegar al desenlace, opte por dejar inconclusa tu lectura.

Pues el comenzar a leerte sin haber leído tu sinopsis,

Ni tu índice

Me costó desvelos,

Me costó llanto,

Me costó noches enteras con los parpados abiertos

Pensando y tratando de comprender lo que leía de ti día a día,

Noche a noche.

Leerte me costó días largos,

Noches frías.

Aunque también, días de lectura que me daban paz y un tanto de alegría.

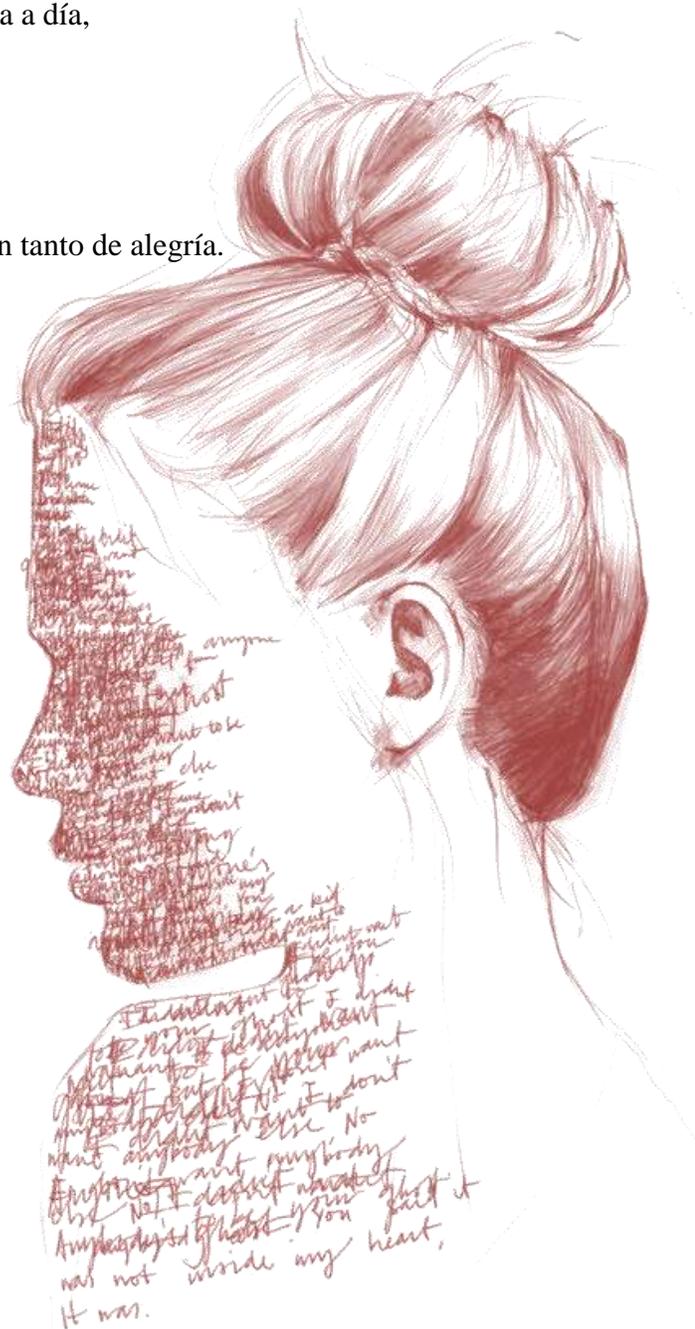
Leerte me costó tiempo.

Leerte tomo parte de mi vida.

Leerte me costó paz,

Me costó calma.

Leerte me costó el alma.

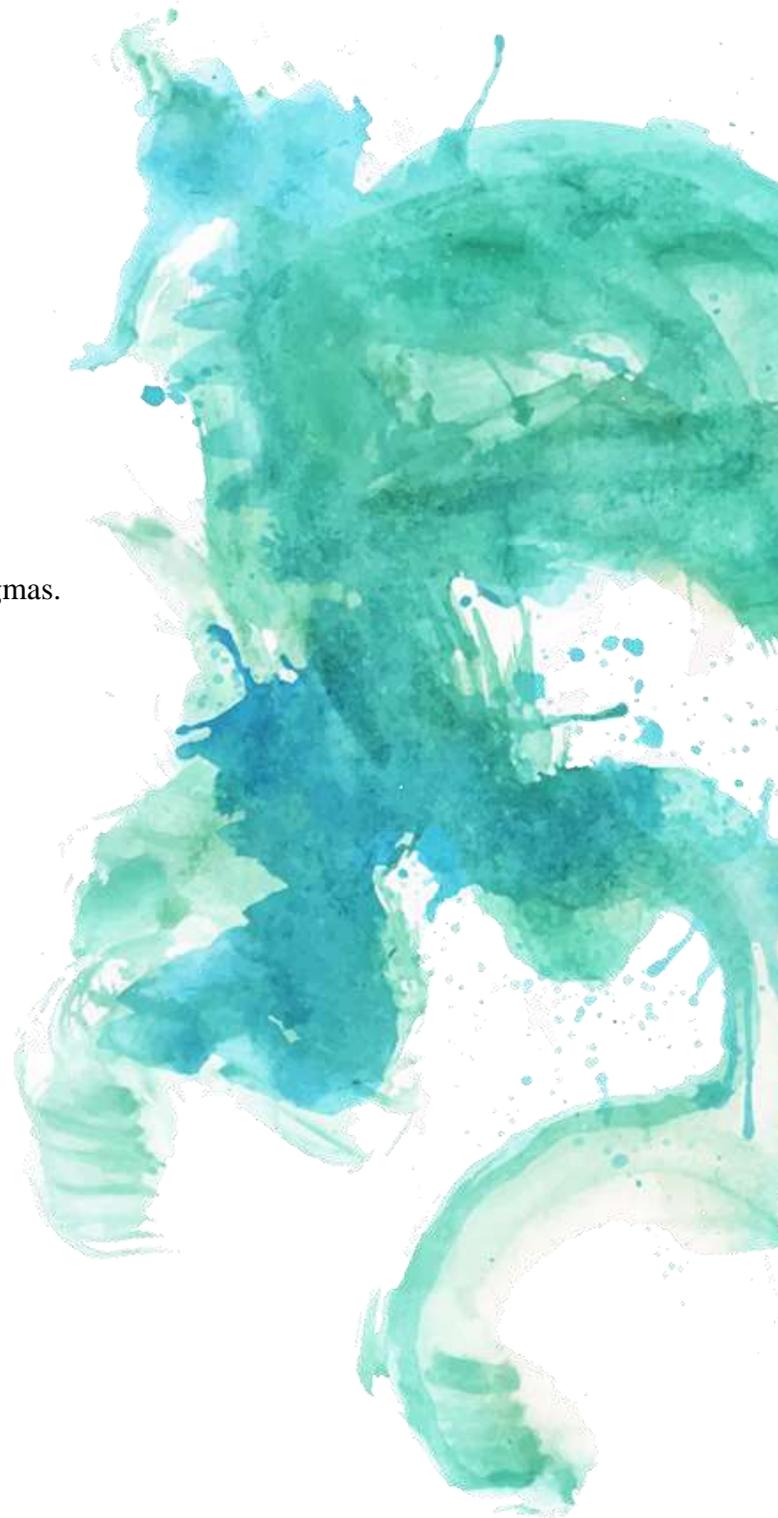


Rusvelt Nivia Castellanos.

“Amor y Paz”

DAR LUZ AL AMOR

Siempre,
La educación humana engendrarla,
Hermosa como la evolución,
Nos corresponde meditarla con los sabios,
Pasar por donde Sócrates para
Escuchar su sabiduría,
Ir a la fuente de su poesía griega,
Ser el canto y el acto altruista,
Enseñar con las virtudes,
Conocerme a mí para respetar al prójimo.
De efecto, madurar en el peregrinaje y
Visitar el templo de Aristóteles y
Descubrir su retórica con su ética.
Hacer un escrito que contenga sus mejores apotegmas.
Y esparcirlo a la comunidad que me rodea;
La moraleja de la mano con la bondad.
Una vez propiciado lo justo,
Crecer entre más libros, leerlos con agrado,
Para los días de buenas nuevas,
Vivir en la casa del maestro, que ora parábolas,
Allí interiorizar su verdad y luego emanarla
A quienes buscamos la razón con paz,
Por la fraternidad mundial.



NOSOTROS UNIDOS

Y vuelve el reconcilio;
Nos mecemos sobre sedas,
Jugamos a ser inocentes.

Estamos de nuevo reunidos,
Por los lados provocamos gaviotas,
Se nos quedan los ojos ruborizados
De entusiasmo, mansedumbre apacentamos
En vez como la compañía disfrutamos.

Unos cantos albergan nuestras voces.

Por lo acompasado del recogimiento,
Musitamos nuestra juventud,
La acariciamos como a un girasol y
Todavía levantamos el vaivén del cordel,
Que desenvuelve nuestras confianzas.

Acrecencia somos graciosos,
Nos echamos simpatías,
Brincamos al lago de las plumas.

EN LA ELEVACIÓN

Toda sublime con adoración,
La humanidad se propaga en paz,
Resurge entre nosotros el lirismo;
Rapsodas y artistas de voces sacras,
Cada vez nos volvemos más adorables,
Suspiramos armónicas serenidades,
Se transparentan nuestras emociones con la poesía y
Juntos rebosamos lo esencialista,
Geniales proliferan nuestras alegorías,
Colmadas de gran moralidad y
Para el bien transparente,
Nosotros palpítamos con lucidez,
Las sinfonías milagrosas, porque hoy,
Nuestra cosmópolis se vuelve paradisiaca.



SABIO DE VERDAD

Espíritu eres de amor,
Que flamea en lo celestial,
Sanas nuestros dolores.

Tú proteges a quienes
Estamos desesperados,
Nos cubres con abrazos,
Das la bondad.

Ni nunca te ausentas,
Porque perduras
En pureza,
Con la abierta misericordia.

A lo superior,
Oleas zureos mansos,
Por ser angelical.



Eduardo H. González

“MANTO DE HOJAS Y AGUA”

A Rubén Bonicas Nuño

1

Sucede que a veces,
Con la certeza del vacío en el estómago,
nos sentimos decididamente huérfanos.
Es como si rechináramos los dientes
Hasta sangrar en la duda, como si
volviera, apenas abiertos los ojos al
tiempo,
El recuerdo de nuestros padres,
Su ausencia semejando la migaja del día.

Es el silencio que insiste en aquietar los pasos.
Y nos encontramos tocando las notas precisas
de una música que nadie quiere ejecutar.

2

Nada existe sino el poema,
Insiste en el pecho simple, pero lo injusticia
Arma crisoles, la malicia de las horas,
Se hace transparente.
Todo existe bajo el designio del poeta.
Convierte al agua en su
manto,
Y la soledad en su destino,
Y las hojas en la tersura que
nunca ha sentido: se hace eterno.

El poeta no sabe para qué sirve el poema;
lo respira, sabe cumplir el quehacer diario.
Sus versos lo salvan por algunos instantes
de la angustia de no saber por qué escribe.



Sin embargo,
Se conmueve antes de que arribe el verso.

La poesía es su destino y el desatino también.
El verso le lava el gozo y lo desnuda,
dejándolo como el primer día en que parte

La primavera; hace de él el tibio
simulacro de estar muriendo.

3

Sucede que a veces, el poeta encuentra una mujer
y le entrega su desdicha,

La promesa por siempre incumplida.

La penetra, a la mujer, con su soledad y su desdicha.

¡Ah, mujer, qué infortunio acoge
la pleamar de tu alegría:

Cedes ante los labios dolidos del poeta!

Pero, qué necesaria es la congoja para el poeta,
el acto sencillo de confundir su mirada

Con la ausencia de la mujer que ama.

El poeta declara, cada día, la marea que lo arrincona
a la alegría, a la muerte, a la poesía.
Sabe desmenuzar sus lamentos,

Regar el jardín de sus pecados, dislocar sus
huesos; disolverse a sí mismo.

Sabe, ante todo, el mínimo acto en que se perfila
la angustia: su destino de poeta.

Sabe velar el sueño de los que sueñan,
y sabe cantar, aunque en cada palabra

Se imponga el desplome de su voluntad.

Sabe el poeta llegar a la cita, no la evade.
Bebe la dudosa evidencia de saber que todo termina.
Y entonces, como un niño que acoge entre sus brazos
el temor, encaja su rostro entre las piernas

De una mujer, permanece quieto, apesadumbrado,
con su corazón que tiembla solitario...



Francisco Valenzuela Sarabia.

“Poemas e hiperpoemas”

MARATÓN

¡Hala Filípides! ¡hala héroe ateniense!

¡Hala hemeródromo infatigable!

Quienes te conmemoran son hombres que se evaden,

O trotan a la siga de un espejismo,

O se rascan cutículas muertas

Sus otros pasados descompuestos,

Sus yos cansados y rendidos.

Y es que correr es dejar atrás al ser que fuimos,

Aquellos que acechan la paz y la redención lo sabrán,

Al igual que los semidioses que atraviesan

La meta de los invencibles sin importar los vótores o el laurel

Antes de ingeniada la gesta.

— Deporte que llama a reventar el corazón —

Filípides marchó hacia el porvenir de los recuerdos humanos,

Tal vez codiciando ser otra obra de arte.

Un consuelo sempiterno para aquellos

Sin memoria genética (pero sí mental)

Que resienten a los hados.





LOS HORRORES DE UN ETERNO RETORNO

Entresueños

Observo los surcos en mis palmas,

Estas líneas son también las de otro.

Estas partículas, este polvillo sideral que nombro

Una masa; una equis elevada al infinito

Será replicada.

Me digo:

Tal vez renací con calcado semblante,

Tal vez cometí mismas acciones,

Mismos sentires,

Mismas equivocaciones que aquel

¿Acaso soy un calco? ¿Un remedo?

¿Cuántas regresiones aguantaré?

¿Es el hambre por el hambre acaso?

¿Varía siquiera el hábitat? ¿La trama?

Mis gemelos antepasados y descendientes

Fueron y serán en ésta la tercera roca del sistema,

Hasta la implosión del universo.

Existiré por siempre idéntico

En este limbo atemporal e involutivo,

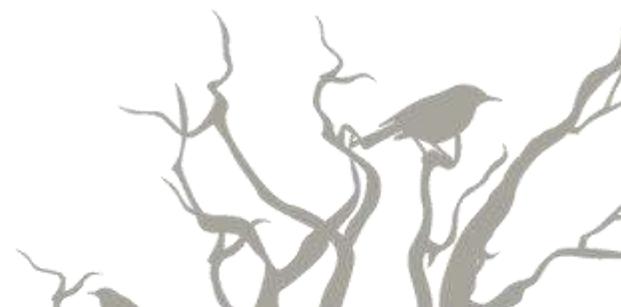
Mi gnosis se repara en cuerpos análogos

¿El tiempo todo lo destruye o lo reconstruye?

[HTTPS://SOUNDCLOUD.COM/SAINT-OF-HOPE/ATHENAS-DEATH](https://soundcloud.com/saint-of-hope/athenas-death)

Seiji Yokoyama Kazuko Kawashima

Intérpretes de la melancolía,





Cronistas de la tradición occidental.

— Evocar lo clásico o antiguo —

Su lamento moderno da nuevos bríos

A una sensibilidad en proceso de expiración;

Milagro estético accidente

Que bien puede ser fenómeno

De estudio para extraterrestres;

Formas ulteriores que, al recabar entre cascajos,

Concluyan que Japón no era solo una espada

O caballo de mar partid@ en islas,

Sino también el más patético de los pueblos;

Un herido artista de postguerra que,

A partir de dos godzillas atómicos,

Recreó una cultura original.

A pesar de tener que asimilar

Los modos bárbaros de los forasteros,

Costumbres que los nipones lograron sortear por décadas

Al menos hasta la llegada de los barcos negros.



Enrique Abundio Llamas Ramírez.

Versos sueltos

Escalofrío de azucenas

Me encantaría que fueras tu quien sigue mis pasos,
mis huellas,
mis silencios,
mis penas,
los equilibrios que me mantienen alerta,
el desequilibrio que a veces despierta,
una razón para nombrarte eterna, costilla, luciérnaga;
destino que nos acerca hasta ser olvido,
escalofríos de azucenas.



Parte de su piel

Solo por un instante ser parte de su piel,

Escalofrío,

Esa sed, que nos inunda en las cenizas que abren al consuelo,

Al respirar su piel;

Ese rayo de la mañana que engendra de fe el arrullo de nuestras camas,

Esa caricia que arde y que sabe a sed.

Lo eterno (ausencias de luceros)

Amanecen los sueños, mareados,

Insulsos, enfermos,

Obstinados al abismo de su propio pensamiento,

Ebrios de emociones sucumben al desvelo de unos tenues ojos,

Mantos llanos que descubren lo eternos, la ausencia de luceros.



Gabriela Ladrón de Guevara.

Duda razonable

Camina como ciega extiende los brazos;
No reconoce el camino,
Pierde la cabeza y la razón.
Resplandor de ojos entre maleza,
Sigue avanzando espiral envolvente,
Lluvia resbala sedosa por su faz.

Su voz revela que no está convencida,
No hay tregua para los desalmados.
Repartirse el botín entre todos,
No lavarse para no ensuciar el agua;
Hipocresía sin límites, dolores vibrantes.
Ella escucha y desconfía.

Encierro constante cuatro paredes,
Eco invariable, apaga la luz.
Ella busca aire circulante
Entre lentejuelas ajadas y flores viejas.
Ellos la asfixian quieren pudrirla,
Analiza encuentra un pasillo de sal.

Quizás la encuentren mañana;
No es relevante, ella no está.
Recuerdo desmorona memorias antiguas
Al fin es libre; salió viva.
Nadie la extraña no importa ya.





Sandra María Soler.

RETRATO

En la foto la niña tiene los cabellos claros

Y una sonrisa de Monalisa;

Marrón es o sepia, antigua.

Posa fingida en una época amoldada,

Y ella en la regla.

Quizás la miro porque se parece

A lo que no recuerdo

De mi infancia.

Ni molde, ni regla ni estampa.

Todo es borroso, en sepia amarronado.

Ella fue niña y lo olvidé muchas veces,

Yo fui niña y ella jamás me olvidó.

Frente a su retrato la entiendo ahora

(Como decía siempre),

Ahora que todo fuera de la foto

Es sepia también.

Y yo una copia.



MALASANGRE

Se ha caído el vino sobre la mesa;
No se quebró nada y lo manchó todo,
Entonces recordé tu nombre.
Pensar que solo tomabas vino en la misa
Y te persignabas;
Luego,
Subías y me tomabas a mí.
El único elixir que aceptabas
Después de sostenerme con furia.
Sangra la mesa,
Me quiebro en el punzón de uvas agrias,
Olfateo aserrín.
También me persigno,
Por las dudas.



David Alberto Cerqueda Benítez.

Una persona se vuelve sus silencios

Lo que escribo, no basta
para descubrir el tallo,
para tasajear la raíz,

Para cosechar palabras que cargan

Ciertos nombres como frutos.

Mi alma no es cautiva, ni presa, ni depredador.

Mi alma es la palabra de ayer, la sopa que comimos y el amor,
desquebrajado por una nieve que sabe a recuerdos

Y momentos que saben a
todo.

Y tener todo tu cuerpo sobre la noche.

Terminar de enseñar el uso adecuado de la tilde.

Imaginar en lugar de caminar a casa.

Con firme corporeidad, con inmediatez,

No somos los mismos. Hurgar en los cajones.

Los desconocidos se arrojan contra al cielo al mirar tus pasos.

Tengo un montón de palabras que cargan tu nombre;
son todos los idiomas que conozco Somos el viento.

La palabra que paso temprano

Con el primer bus de la mañana.

El ruido que hace un perro de la calle,

Al no atarse correas en el cuello.

El cómodo silencio de los que hablan poco.

Somos eso que las palabras lloran
y aún no se inventado.



Walter David Castillo Cáceres.

Hálito de la muerte

-Oda-

Los cristales rotos de las ventanas
caerán en el suelo desinteresado;
Dejando así de sonar las campanas,
cayéndose levemente el sonido.

Estás encerrado y no puedes moverte, ves
acercándose un espectro a tu lado;
esperando tomar tu lugar en la tierra.
Sientes escalofríos muy penetrantes.
Alguien susurra levemente al oído diciéndote.

¡Ha llegado tu hora!

Se siente levemente el bálsamo húmedo y
la sensación de que debes partir,

En el viaje astral observas tu ser dormido,
esperando las pulsaciones dejen de latir.

Las aves de alas negras
cantarán para ti una canción
tétrica con aroma a azufre.

El reloj de arena detendrá el pulso
mientras el último suspiro acabará
en un segundo.

¿Recuerdas esos ensueños vívidos
que parecían tan reales?

Esto será lo mismo, solo
que en esta ocasión toda
será distinto

Y ya no despertarás.

El hálito de la muerte hace parte
del viaje sin retorno,

Ya no habrá recuerdos,



todo lo que tenías

No te pertenecerá,

Y todo lo que alguna vez amaste,
desaparecerá al igual que
burbujas a través del viento.

Suponemos que todo
quedará a oscuras

Pero, no por mucho tiempo, por
qué el camino

A recorrer es largo,
y tan amargo que no
podrás volver.

Es como perder la
cordura.

Los hilos de la muerte
Se dará cuando toda tu vida
pase frente a ti

De manera fragmentada,
miles de historias,
llantos y risas,

Rabia y alegrías,
todo en un mismo

Momento antes de la partida.

Cierra los ojos, y déjate ser,
yendo lentamente sobrepasando
los límites de la existencia,
observarás las luces
incandescentes que se elevan, que
todo vuelve a nacer,

Que aún no es el fin.
— Es ahí donde sabrás que todo.



Indira Ríos.

Maldito el inicio

Ando deambulando, un sórdido augurio cruje sentado

En mis ilusiones deshojadas

¿Ilusiones?

Todas se han vuelto una muchedumbre de puñaladas.

El día y la noche son telarañas

Sofocando mis confundidos pálpitos,

Despertar, dormir, dormir, despertar,

¿Son diferentes?

Ambos me amenazan

El miedo está en ambos, míralo,

Caza mis pupilas inmaculadas

¿A quién le hablo?

¿A los periódicos?

¿Estoy dormido?

No sé,

Bailan las sombras vestidas de basureros,

La catedral es enorme y no tiene entradas,

La brisa hace un duelo con mis débiles andrajos,

Las nubes se escurren,

La hipotermia acosa el callejón que socorre

Mis huesos apiñados,

Los semáforos juegan con sus luces

¿Hay alto para mi pena?

¿Cuándo inició?

¿Por qué no me miran?



¿Creceré?

Las suturas de mis fuerzas

Están naufragando

¿Existo?

¿Cuándo dictaron mi sentencia?

¿Es vitalicia?

¿Qué hice?

Todo está borroso, mis vísceras se desploman,

Las yemas de mis arpegios buscan salvación.

¿Y si mi boca fuese grande?

La alcantarilla quiere tragarse la ciudad,

Me pide una sonrisa.

¿Qué es una sonrisa? No lo sé,

Se lo preguntaré, porque en alguna esquina vagabunda escuché

Que los niños siempre rí



Jonathan Ordoñez Noirfalise

El deseo del pintor

Sacas la sombra a toda cosa,
Cuando cierras los ojos,
Todo se vuelve más claro.
Sacas la sombra a toda cosa
Y, de un golpe, todo se vuelve mejor,
En un relámpago.

El detrás de tus párpados es una aurora
El humo de oscuridad, ahí se evapora
Tu mirada cerrada, todo se libera
Lo sombro fluye, cerca de la rivera

Las tinieblas que a veces nos devoran,
Contigo, están condenadas a que se mueran
Las nubes oscuras ya no pueden hacerte nada
Ni la penumbra, ni la guerra

Sacas la sombra a toda cosa,
Cuando cierras los ojos,
Todo se vuelve más claro.
Sacas la sombra a toda cosa
Y, de un golpe, todo se vuelve mejor,
En un relámpago.

Hace pleno día cuando duermes
Ves bien más allá de los decorados
Abriste los ojos cerrándolos
Volviste a antes abriéndolos

Las sombras que coloreas
Las coloreas otra y otra vez más
Ya no tiene nada de divertido
Piénsalo un momento



La poesía es el presente vivido para siempre

Claroscuro
Me levanto claroscuro
Y me baño pleno de estrella
Suspiro en la mañana

Camino
Camino en el olvido
Ocurriéndome cuando el sol estalla
Abrazo el día

Tarde
Tardo en la tarde
Esperando el atardecer
Respiro su aparecer

Noche
Anoche encontré la noche
Con quien comparto mi sueño
Y la muerte de mi ego



Ya no me ilusiono

Podría quedarme
Como observador de éste mundo.
No como testigo,
Nada más como observador

Ni como actor, ni como viajero.
Es que me cansa juzgar,
Es que me cansa ilusionarme.
Me cansa elegir o/y huir.

Me gustaría ya no juzgar
Pero no puedo pararme de juzgarme a mí,
A mi pasado y a mi juicio.

Me gustaría ya no ilusionarme
Pero le traigo estrellas en mis ojos
Y mujeres en mi corazón
(Sería ilusionarme)

Me gustaría ya no huir
Pero llevo mucho miedo
Y hablar del miedo me da tanto miedo

Entonces tal vez es mejor actuar
Cansarme y vivir
Al final de cada día podré ir a dormir,
Para descansar



Jorge Alberto Rascón Guevara.

Mar amargo.

Crece el viento el oleaje ante mi trono.

Azules aguas de una tierra cálida y mortífera, donde sólo mi reino y su humedad fría

Han de llenar mi pecho de altivo sentimiento.

Alveolos de sal.

De espuma el cuerpo

E islotes lejanos los ojos.

Aves de rapiña circundan las costas,

Mar de despojos, tesoros y deseos enterrados, lentos secretos silenciosos, la muerte aún sigue muda,

Clamando hacia la noche que surja del estruendoso rugido,

Marejada bravía, tumultuosa orquesta, al son de los rencores, el vicio encarnado.

Rugen las aguas en un grito, hacia mis labios. Se alzan las olas al compás de un dolor sórdido. Las más fluidas tormentas colmadas de venenos.

Océano antropófago, rencores que calcan la memoria.

Oleaje y tormenta, oleaje y tormenta.

Rey de todos mares, brutal abismo azul.

El cielo surcado de palomas negruzcas como las nubes de lluvia. Cuando la sombra se postra palpitante sobre un trono de sal y cal.

El mar, desata, templo al tiempo, furia de los dioses.

¡Obsérvame santo cielo real!

Expuesta el alma sostenido el piélago.

Pleno de poderes me abandono

A la sombra perversa de los muertos.

A respuesta de la luz cruentas armas.

Entre el vacío y el milagro puro. El abismo no acepta falsos cautivos. Vago oscuro pueblo de los mares.

Anda sacro fuego pleno, ofrece tu luz de divinidades.

Apártame al idólatra profano a lo pagano, que los muertos duermen bien en estos mares.



Oleaje y tormenta, oleaje y tormenta.

Navega las aguas sin miedo, ángel curioso.

Bebe la sequedad nítida y ponzoñosa.

Prueba la carne de carneros profanos misteriosos;

El agua es vasta al ebrio de ausencia.

En la fuente del amargo, la mar duerme leal a la obscena inmortalidad de la oscuridad.

Magro ente insecto, profano, consagrado al horroroso mar de delirios.

Agudos gritos mudos de profundo.

Ecos susurrantes a donde la luz muere

Al sueño de sangre de un hades hambriento. Densa ausencia reprochable de la dulce vida.

Lugar de la muerte, zona hadar, fosa abismal.

Todo huye, la serenidad sabe morir.

Bello engaño atrapa la piedad en la risa de la insania. De pozo cisterna resonante, la tumba de los mares.

Oleaje y tormenta, oleaje y tormenta.

Maldición que gobierna desde el fondo marino.

Fosa abisal, oscura maldición se teje a punta de gusano hasta las costas.

Abismo vacío, muerte del lucero. Aquí ya ni los fantasmas ríen, se acaba el festín de las almas.

Llora la última de las tumbas del mar a esta oscuridad profunda y salada,

Que corroe a raíz la causa misma de la vida.

Ceguera absoluta, silencio absoluto.

Lo que pareciese tranquilidad

Esconde el calvario tortuoso de un alma porosa.

Camino entre solitarios océanos, observó su decadencia que es la mía

Y entonces lloro en sus estrechos corredores.

Oleaje y tormenta, Oleaje sin tormenta. Oleaje que muere...



Aleqs Garrigóz.

Caos

El universo es remolino de destrucciones sin fin.
Cada cosa permanece inerme ante el terror.

Hay una lógica de daño,
un vacío que se expande y puede devorar
toda estrella falaz,
en cualquier momento.

La luz es manifestación de muerte.

Muchas veces todo lo creado se repliega
como un niño amenazado,
antes de que lo trituren.

De esa oscuridad renacen más formas monstruosas,
para perpetuar la guerra entre los seres.

El universo es el hogar violentado
por el padre de todas las miserias.





María del Refugio Sandoval.

Rejillas

Sé que existen...

Quizá, escondidas en el laberinto

Del interior del Ser;

Buscadas

Por la Filosofía y Teología:

Conciencia, alma espíritu.

Para algunos resplandecen

Con premura,

Otros la exteriorizan

Con acciones contundentes,

De ayuda, destrucción,

Sed de poder o guía,

Utilizando distintas herramientas

De convicción, persuasión,

Persecución...

Acciones, carentes de lógica

¡Cercanas a la locura!

Desde el inicio de los tiempos...

Predominio del más fuerte.

Conquistas de tierras, jerarquías y propiedad,

Guerras y luchas en nombre de la libertad;

Hambre de poder,

Pisoteando valores,

Silenciando voces,

Dejando almas y espíritus



En el limbo del olvido

¿Dónde estaba la conciencia de Hitler?

¿Será acaso que su alma se encontraba marchita,

Sin asomos de benevolencia y piedad?

¿Por qué tanta disparidad en los estratos sociales?

Sigue predominando la injusticia;

Rapiña, falacias,

Conciencias adormecidas,

Sin asomos de luz en su hábitat.



Existe una gran distancia
Entre tu palabra y mi palabra...

Al momento de querer emerger
De mis labios tenues,
Solo escucho tus pasos alejándose,
Y el eco de las palabras
Que nunca me dices de frente.

Se antepone siempre
El abrumador peso del trabajo,
El interés personal de triunfo,
El exquisito placer del poder,
El gozo interno que proporciona
Ejercer crueldad hacia el otro;
El constante sentir, que cada quien
Tiene en las manos a cada cual,
Y no existe más falsa alegría.
Crear que se tiene siempre la razón
Y que lo que se piensa como causa o explicación,
Es indiscutiblemente un acto intencionado del otro.
— No existe más verdad que la mía. —

Existe tan corta distancia
Entre tu corazón y mi corazón...
Que la única barrera existente
Es el perfecto disfraz que nos ponemos,
Tan perfecto, que no permite
Imaginar que, por debajo,
Solo existe la necesidad de tener al otro
Como compañero y amigo inseparable.

Hoy ya totalmente desnuda,
En una fría noche en soledad,
Lamento la estupidez de mis actos
Y lloro silenciosamente...

Aunque reconozco
Que tengo pavor que veas mi corazón desnudo,
Ya que tengo miedo ser el blanco fácil
De algo que es difícil de explicar y entender.

Amanece ya...
Es hora de pensar en el disfraz
Que me he de poner.

Marcelo Medone.

MIL OJOS

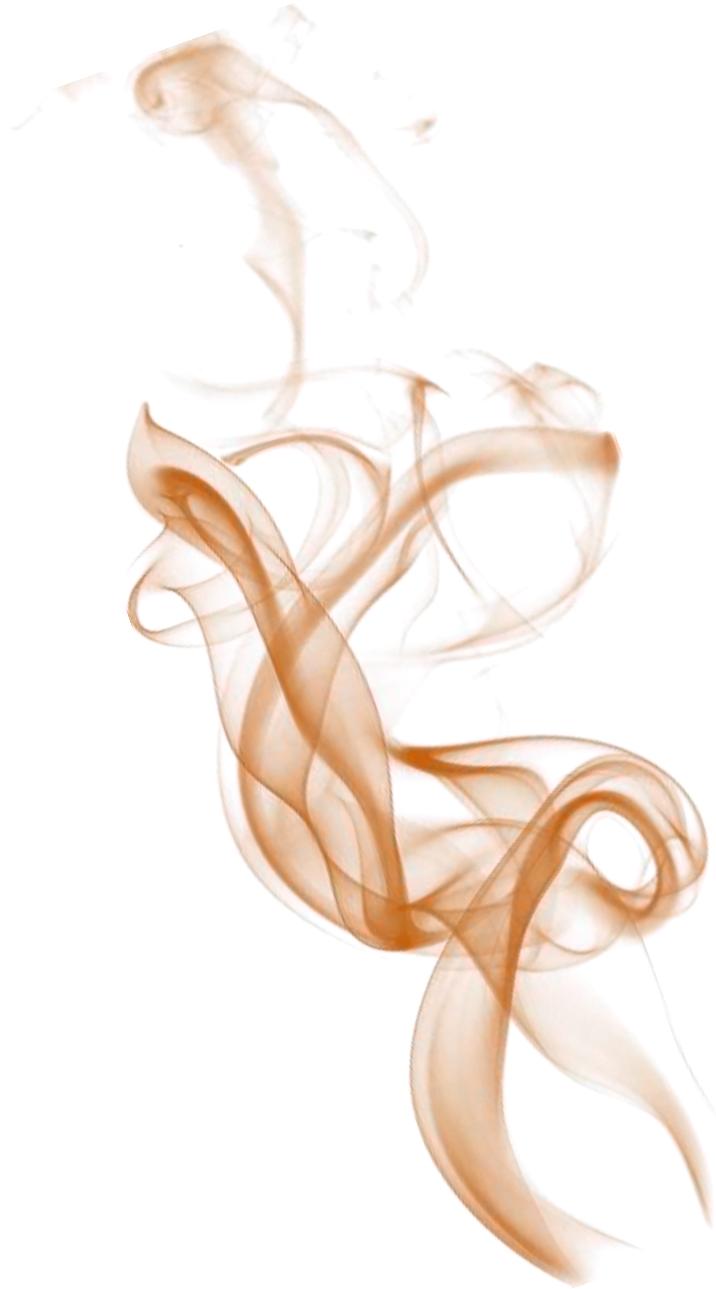
Llueve y mil ojos
se agachan
buscando refugio,
quinientos barbijos
esconden mil labios.

Mil oídos,
vagan insensibles
al repiqueteo de la lluvia,
sobre el pavimento;
sucio de cuarentena
inmaculada y estéril.

Mil brazos solitarios
abrazan el vacío,
socialmente distanciados;
a dos metros
de otros brazos
que no buscan contacto:
amnésicos
de manos,
dedos y uñas
apasionados.

Mil ojos
se levantan y sonríen,
esperanzados
contra toda esperanza,
contra toda estadística
fría y televisiva.
Quinientos barbijos
húmedos,
por fuera y por dentro,
cegaadores de sonrisas
contemplan el cielo.

Mil ojos miran
mil zapatos ajenos,
mil pies
enfundados,
que se escurren
como la lluvia;
entre las baldosas.
A dos metros de distancia,
a una eternidad
en el pasado,





a una eternidad
en el futuro.

Quinientas almas
se esconden,
se abrigan,
se guarecen,
esperando la noticia
del fin de la espera,
del fin del silencio,
mientras mil ojos
se ilusionan
con que
finalmente
salga el sol.

Giovani Ocaña Saucedo.

Ansiedad

Cuánto florece del pavimento
por estos días tan veraniegos,
se asoma el día, su movimiento,
tan lento que se torna ansiedad,
reinante, blanca sobre mis nervios.

Retráctiles y caleidoscópicos tiempos,
asumo mi posición de esclavo.
Pasado quiero arrancar de mi piel
quemada por lapsos,
lacerada antes, esperando porvenir.

La corono, ¡Oh, querida mía!
¡Ilusión infantil!
Ha venido la naturaleza tibia,
anunciando tu grácil furia.

Más, en el recuento,
no puedo lavar alma ni pecado.
No hay lago, mi naturaleza muerta,
solo al final,
la pira de mi bautismo atormentado.

Son tus dianas, insomnio escoltado
de abrazos y espinas.
De ambas soy amante;
de tortura ambas son aspirantes





y con ambas antes reía.

Apuesto a condecorar las heridas
que en mis falanges florecieron,
llamaradas aún no extintas;
sangre por daga tuya
hundida, tu arte perpetuada.

Colapsos sucediendo, Dios lo ha prometido,
antes rendido a tu estancia y llegada.
Aún sin almohada a mi lado descansas,
y no logro tu furia aliviar, ni preparar por la mañana tu partida.

Siempre tú, en mi costado derecho,
sin derecho, amenazas a tan zurdo corazón.
Atrincherado y sordo en mi costado izquierdo,
apenas te asomas y te declaro la guerra a la sazón.

Has colocado las monedas en mis ojos,
sin ceremonia ni pirotecnia.
Soy alumbramiento en mi letra,
siendo movimiento con mis tobillos rotos.

Y aunque esta prosa, de colorido y pirotecnia
suene ausente, y de ellas nada tenga,
sigo ensuciando mi pluma en el tizón de mi alma,
que mi trajinar no mengua,
pues aire y poesía me reclaman.

Letras incÓmodas



Alma Delia Blancas Mirano

“Las personas sordas como minoría cultural y lingüística”

Oscar Pérez de la Fuente

“La sordera es una identidad cultural, no una mera pérdida de audición”.

Introducción

Un conflicto permanente entre dos sapiencias: “la cultura dominante” y “la cultura dominada”; un choque de ideas generado por estereotipos en una sociedad intercultural, un sentido de ignorancia y una lejanía hacia un sentimiento de autoempatía, empatía y expresión comunicativa situada en tiempo y contexto; es el panorama que presenta la dualidad entre una comunidad “silenciosa” y “silenciada”, la cual se encuentra sumergida en un proceso de adaptación que recurre al vínculo entre la inclusión, redistribución y reconocimiento, a través de la capacidad de dar desde el corazón de manera compasiva, aprendiendo un lenguaje que involucra una interpretación distinta y retardora. Esa manía que tenemos las personas por “etiquetar” a otros, se aleja de un enfoque humanista que pretende incluir a “todos” como individuos a partir del respeto a la diversidad e igualdad de derechos humanos; esto ha sido por tiempos ancestrales una lucha constante, entender que vivimos y actuamos en una sociedad diversa, es la disputa entre aprendizaje e incultura; aceptación y discriminación; adjudicando un sinfín de concepciones a “todo aquello que no es parte de una mayoría”. Por consiguiente, iniciaré el presente ensayo, desde un cuestionamiento con el cual se pretende marcar el rompimiento de esta ignorancia que subyace de una sociedad que segrega a lo “diferente” e interpreta, conceptualiza y categoriza a distintas minorías enfocando las diferencias como debilidades y las áreas de oportunidad como los tratamientos médicos de seguimiento. Luego entonces, ¿la sordera es solamente la pérdida auditiva o es una identidad cultural?

¿Dónde habitan los sordos?, si bien, las personas sordas deben adaptarse a un mundo distinto; la sordera, es una identidad cultural que constituye una minoría y, por tanto, demanda una adaptación a las características de una sociedad mayoritaria.

- Todos los días cuando estaba Yo en casa, le hablaba a mi esposa y parecía que no me escuchaba, entonces desesperado por la situación, fui al médico y le expuse mi problema; ¡Doctor, creo que mi esposa está perdiendo su capacidad auditiva!, ¡cada vez que le hablo, no contesta, parece que no me escuchara!, platicando con el Doctor, este le dijo: ¡a ver amigo!, ¡usted, va a llegar a su casa y le va a hablar desde distintas distancias a su esposa!, de esta manera se dará cuenta si está perdiendo la capacidad auditiva. Así lo hizo, llegó a casa y le habló a su esposa desde diferentes distancias, ¿Qué hay para cenar?, (desde 15 metros de distancia), ¿Qué hay para cenar? (¡10 metros de distancia!), ¿Qué vamos a cenar? (Al oído); contestándole la esposa: ¡Esta, es la tercera vez que te respondo a tu pregunta!

Anónimo.

Este ejemplo de vida, puede resultar débil para la exposición del tema; no obstante, se trata de mostrar que la sordera no es únicamente la pérdida auditiva sino una identidad cultural; en esta ejemplificación, la capacidad auditiva implica una multiplicidad de factores, entre éstos: la atención, en este caso, el sr. no escuchaba a su esposa, tal vez quien estaba perdiendo la audición era él o simplemente era precisamente la falta de atención; entonces la sordera va más allá, se orienta hacia la compasión desde la comprensión hacia dicha minoría, esta aceptación ha defendido la inclusión dentro de una sociedad excluyente.

Desarrollo

¿La sordera es solamente la pérdida auditiva o es una identidad cultural?

¿Cuáles son las concepciones sobre las personas sordas?, la manera en que se concibe a una persona sorda es la perspectiva con la cual se abordan los casos existentes próximos y contextuales; la sordera, puede trabajarse desde dos perspectivas específicas, como discapacidad y trastorno o como parte de una identidad total. Ambas posturas requieren de un conocimiento amplio de conceptos y tecnicismos para tratar y definir a una comunidad sorda. La complejidad que esto demanda, impacta en el desarrollo y comprensión de la dinámica de comunicación de acuerdo a los criterios y características particulares que se retoman; esta gama de conceptos y el trabajo de cada uno, maneja perspectivas con distinta visión pero enfocadas al mismo fin; por consiguiente, en términos médicos, según Chavarría, el modelo es rehabilitador de la discapacidad y de acuerdo con Palacios es “Normalizar a las personas con discapacidad que se logren asimilar a la mayoría”. Estas visiones se encuentran vinculadas a su vez con el modelo desde el enfoque del oralismo, siendo un asunto cíclico la identificación de las causas y el proceso de rehabilitación y normalización de las personas sordas. Dicho vínculo permite la aplicación de ciertas metodologías como el lenguaje de señas y gestual; tal relación es un lazo que se trabaja en conjunto, puesto que los múltiples factores impiden que se abarquen en una dirección. De lo contrario, esta unicidad se convertiría posiblemente en una barrera para la persona sorda considerada desde una discapacidad, orientada a una esfera cognitiva y lingüística y propiamente como política de identidad. Ahora bien, conjuntando estas visiones, es importante hacer hincapié en uno de los fines más importantes a trabajar independientemente de la postura en que se analice, este es, la filosofía de vida, el que ellos logren tener “una vida independiente”, de forma digna y de calidad dentro del colectivo minoritario en el modelo de sociedad. Mucho de ello, depende a su vez, de cómo se asuman las personas sordas en la sociedad, acaso nos hemos preguntado, ¿cómo se siente un sordo?, ¿qué problemas tiene un sordo?, ¿qué sentimientos experimenta un sordo?; analizando estos cuestionamientos, visualizando documentales, complementando las lecturas, etcétera; es viable analizar, que la mayoría de los problemas de los sordos no precisamente son únicamente por la discapacidad auditiva, sino por acontecimientos sociales que los segregan y aíslan; además de tomar en cuenta que en la comunidad sorda, también existe una clasificación que repercute en el uso del manejo de signos e identificación como sordo. Esta minoría, expresa una identidad colectiva y autónoma. ¿Cuáles son los límites de los sordos? Los límites legítimos de la diversidad cultural, el sentido de pertenencia a una identidad, la socialización e interacción en una comunidad, la lengua de signos como aspectos o elementos de identificación, son parte de un despegue que hace de esta comunidad sorda una minoría cultural y lingüística; en este sentido, la educación de esta minoría pretende abordar una educación basada en un modelo bilingüe y bicultural. Ante lo anterior, es importante enfatizar esta información desde una perspectiva que enfoca la “comunidad educativa” enriquecida por valores, tradiciones y creencias; hasta ser una forma de ser y construir una manera de vida con riesgo de convivencia.



Conclusiones

La comunidad sorda como minoría en una sociedad excluyente, busca su identidad cultural que le permita su inclusión a una mayoría, cuyas características son determinadas por su comunidad, lengua, cultura e historia; esta dualidad entre inclusión y exclusión, son principios de problemáticas sociales que redundan en estereotipos. Así, conversar sobre las personas sordas, particularmente genera un reto que yace desde el conocimiento de nuevos contenidos, de tecnicismos, de la comprensión de un lenguaje, que pueden visualizarse específicamente dentro del ámbito educativo, que demanda precisamente, tal inclusión, pero ello, ¿qué demanda en un docente? Una parte relevante, radica precisamente en la profesionalización, atención a la vulnerabilidad, remitiéndonos a ese sentido de compasión que hablábamos al principio; compasión entendida como el respeto a la diversidad cultural, la atención de pertenencia a un grupo minoritario, hablar de esa idea de empatía, de expresión lingüística y cultural. Ser parte tanto de una comunidad sorda como oyente, es una forma de incluir a la mayoría a esa minoría, es decir, siempre se habla de “normalizar o rehabilitar a esa minoría para que ésta sea incluida en una comunidad oyente mayoritaria; sin embargo, cabría preguntarnos, ¿por qué esta mayoría no busca incluirse en esta comunidad minoritaria de personas sordas?, ¿por qué no ser parte de este tipo de diversidad cultural?; esto sin duda alguna, sería un gran paso en la inclusión de personas sordas al aula regular y demandaría en el profesional de la educación, un nuevo reto de preparación ética y moral desde un enfoque humanista, demandante dentro de un currículum educativo actual.

Bibliografía

- PÉREZ, Oscar, “Las personas sordas como minoría cultural y lingüística”, Universidad Carlos III de Madrid, Págs. 1-21.



José Antonio Samamé Saavedra

LA BRUJERÍA Y NIGROMANCIA EN LA LITERATURA OCCIDENTAL

En los últimos periodos se registran una serie de disertaciones respecto al pensamiento escatológico expuesto en diversas obras literarias específicamente del barroco, cuya ideología constituye una temática polémica en el desarrollo de discursos antisupersticiosos elaborados por eruditos con influencia religiosa que vetan, discrepan, prohíben la adopción de creencias demoniacas por erigirse como una equívoca filosofía que difunde rituales de culturas muy remotas o provienen de movimientos desertores de la teología.

En ese sentido, se evidencian escritos desarrollados desde fines del siglo XV hasta finales del siglo XVIII, cuya temática comprende instrucciones a ejecutar los exorcistas en personas poseídas de ideas diabólicas, manuales contra la brujería, magia y demonologías; relatos aniquiladores e inquisitoriales, entre otras producciones contrarias a la heterodoxia expresa (Lobato, San José, & Vega, 2016).

En mencionado periodo se registra una producción literaria perteneciente a diferentes géneros que articula lo mágico con hechos objetivos, exponiendo personajes de la realidad histórica, lo cual, implicó considerar en la trama la participación de las brujas y hechiceras, cuya figura sobrenatural incitó a la realización de una gama de escritos encaminados a explicar la magnitud de gravedad de cada pecado cometido, la presencia demoniaca manifestada en su ser, su génesis, entre otros aspectos característicos que revelan diversos acontecimientos del contexto de la época.

Por tanto, en el transcurso del siglo XV y XVII, se registran diversos relatos fundamentados en las perspectivas que postulaba el Renacimiento como el Barroco entorno a una filosofía mágica del mundo, sin prescindir de los acontecimientos propios de la época, destacando la persecución constante a mujeres que desarrollaban la baja magia o acto diabólico, lo cual, ocasionó la difusión de artificios, nigromancia, pactos demoniacos, práctica de la quiromancia, rituales diabólicos, entre otras manifestaciones relacionadas a hechos oscuros, sobrenaturales y mágicos, cuya ideología se revela contra el cristianismo imperante de la época y la restricción al libre pensamiento literario.

Asimismo, el personaje de las brujas surge de la evolución del rol desarrollado por las hechiceras, pues se incorpora un elemento diferenciador en su actividad, destacando el pacto establecido con el demonio, los rituales diabólicos, conjuros maléficos, entre otros hechos que alcanzaron gran auge posterior al acontecimiento del cristianismo, lo cual, desembocó en la imposición de castigos por herejías y práctica de cultos paganos. Cabe resaltar que, desde la Edad Media se evidenció un listado de libros con temáticas enfocadas en la magia como en el misterio, cuya autoría se asigna a brujas (os), sin embargo, su difusión se realizó por los monjes pese a constituir un delito condenado por la iglesia.

En ese sentido, el surgimiento de relatos que plasman prácticas esotéricas concierne a los diferentes enigmas de la existencia de la naturaleza humana en el planeta, cuya búsqueda de respuestas consistentes aún constituyen un misterio no revelado expresamente en el cristianismo, por tanto, las artes demoniacas, brujería como magia persisten por la presencia de estratos sociales orientados al desarrollo de cultos paganos, los cuales, desafían la ideología oponente.

Diversos movimientos literarios en especial el modernismo profesan un pensamiento enfocado a exponer relatos que recrean nuevos mundos alternativos a la realidad, cuya ideología de los escritores se opone al racionalismo como al sistema burgués procedente del capitalismo, por tanto, la ficción constituirá un elemento clave en la creación de un escenario diferente a la historia vivida, además la magia, ambientes surreales, recuerdos, estado onírico, fantasía, imaginación, etc., permitirán en conjunto analizar aspectos negativos registrados en la realidad, es decir, se avoca por lo terrorífico, demonología, brujería, entre otros, siendo considerados por muchos autores de Latinoamérica como García Márquez, José Fuenmayor, Julio Cortázar, etc. (Sales, 2014).

La transformación del mito generado acerca del rol de las brujas en la sociedad, permitió la construcción de un personaje literario de profundo análisis, cuyo paradigma se ha modificado en el transcurso de los años, es decir, se cambió su personificación de ente maléfico evidenciado en los cuentos tradicionales a un arquetipo de menor aversión caracterizado por su agilidad y astucia en su actuar, lo cual, ha propiciado su incursión en la literatura infantil (Fernández, 2015).

Acorde con lo anterior, la brujería y nigromancia en la literatura occidental constituye un tópico con mayor énfasis desde el modernismo por el predominio de una corriente ideológica marcada por la libertad de pensamiento y la preferencia por la representación simbólica de una realidad subjetiva, es decir, la tendencia por la literatura fantástica ha propiciado la integración de personajes que realizan magia, brujería, cultos demoniacos, entre otras actividades oscuras, cuyas cualidades o atributos se derivan de diversas perspectivas sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Fernández, B. (2015). Esas otras mujeres: Las brujas en la literatura infantil. *Catalao - GO*, 37 - 50. Obtenido de <https://minerva.usc.es/xmlui/bitstream/handle/10347/16569/39885-167326-1-PB.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Lobato, M., San José, J., & Vega, G. (2016). *Brujería, magia y otros prodigios en la literatura española del Siglo de Oro*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
- Sales, C. (2014). *La construcción literaria de la bruja en dos cuentos de Julio Cortázar*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona. Obtenido de https://ddd.uab.cat/pub/tfg/2014/119403/TFG_cristinasales.pdf





Jesús Quinto Celestino

Pasión, introspección y locura: Una revisión a «El globo Negro» de la Castañeda.

Artista: La Castañeda.

Álbum: El globo negro (locus niger).

Año de publicación: 1995

Discográfica: Sony / BMG

Corría el año 1995 y aparece una obra que, en lo particular, atrae algunos buenos recuerdos; pero pongamos un poco en contexto este breve análisis: la ONU declaraba a este año como «Año conmemorativo de las víctimas de la Segunda Guerra mundial», en Bilbao (España) se inaugura el metro, en Argentina ocurren algunas explosiones en una fábrica militar de Río Tercero con el fin de ocultar pruebas de tráfico de armas, en Colombia es asesinado el político Álvaro Gómez Hurtado, en Chile se inician las transmisiones de Duna FM, los gobiernos de Perú y Ecuador inician la guerra del Cenepa, en Uruguay se celebra la edición número 37 de la Copa América, Venezuela obtiene su quinta corona en el certamen “Miss Mundo”, en Brasil Fernando Henrique se convierte en presidente mientras que en Bélgica se celebraba la edición 79 del Tour de Flandes. Mientras estas y otras cuantas cosas pasaban en el mundo, en México nos encontrábamos con el fin de la transmisión del programa humorístico “Chespirito”, el último concierto de la banda Caifanes antes de su separación o con eventos más lúgubres como la Masacre de aguas blancas.

Entre el caos que se podía vivir en el acontecer diario en el mundo, aparece un disco que, a manera de viaje introspectivo, nos muestra los matices más extraños de la composición del ser humano, reluciendo la locura y la pasión como condimento a la vida diaria; hablamos de «*El globo negro (Locus Niger)*» de la banda mexicana de Rock La Castañeda, un material oscuro que nos invita a preguntarnos ¿qué tan cuerdo está el cuerdo? Y ¿qué tan loco está un loco?

Este disco empieza con una breve introducción; pieza oscura que en un primer plano nos recibe con el latido de un corazón y la respiración pausada que invita a la relajación antes de adentrarnos al caos que podemos encontrar dentro de nosotros mismos, aderezado de lúgubres acordes de sintetizador; todo seguido de una potente línea de bajo y batería que nota a nota nos guía en esta experiencia sonora. Seguimos con «la cabeza», una canción con un estridente inicio de batería y bajo mezclados en perfecta armonía, recordándonos un poco a la conocida frase “la labor más complicada es conocerse a uno mismo” y bien lo refleja la letra con frases como «*En tus sentidos resentidos, hay compuestos descompuestos. Algo pasa en tu interior, se te desprende la cabeza.*» como una referencia a todo aquello que se oculta dentro de nuestra mente; nuestros miedos, resentimientos y anhelos más profundos. Hallamos de igual forma otra buena referencia a la liberación de emociones y sentimientos,



principalmente negativos, buscando siempre una mejora o bienestar. Esto lo encontramos en el siguiente fragmento: *«En tus sentidos resentidos hay compuestos descompuestos. Extirpemos el tumor, que se ha formado en la cabeza»*. Pasamos posteriormente a *«Gris normal»*, una pieza que nos transmite aquella fragilidad que existe entre la locura y la sanidad, poniendo a manera metafórica la cotidianidad de lo que socialmente se conoce como normal, así como la relación del color azul con esa inestabilidad, ese “colorido” que solo el loco puede hallar dentro de sí, así también, puede encontrarse una interpretación crítica hacia la psiquiatría o psicología, de modo que busca que el “loco” termina adaptado a un entorno que no ha logrado entender las diferencias entre cada individuo, buscando atacar aquello que ponga en duda la cordura de aquellos “poseedores de la verdad”; esto se puede extraer del siguiente fragmento: *«Cuando recuerdo el azul, pienso que es un pasado sin retorno. Que todo se vuelve gris y se ensucia todo en nuestros ojos. La muerte de la razón, hace brotar la muerte en nuestra risa; y aun cuando vamos hacia allá ¿por qué tragar veneno tan aprisa?»* esto último dejando en claro que la rutina y esa normalidad termina por matarnos en vida.

Posteriormente encontramos «sueños», haciendo énfasis en esa sensación que en ocasiones dejan aquellos eventos oníricos, desde aquella sensación de felicidad hasta la angustia que causa un mal sueño; el poder de arrastrarnos fuera de la realidad por algunos instantes, brindándonos un poco de inspiración (recordemos el caso de Giuseppe Tartini y el cómo compuso su “trino del diablo”). Una canción muy bien realizada, acompañada de un solo de saxofón, con tintes melancólicos pudiera decirlo, bastante disfrutable.

Posteriormente encontramos una triada de composiciones que bien pueden describir una de las situaciones más pasionales que puede tener el ser humano: el amor. Iniciamos primero con *«El pescado»*, canción que nos remite a ese proceso de cortejo dentro de una relación, guiados principalmente por aspectos como el físico y, en muchas de las ocasiones, para satisfacer el deseo carnal por ambas partes, resultando uno con afectaciones al momento de que la relación termina. Posteriormente encontramos *«la ventana»*, una pieza oscura y melancólica que nos lleva poco a poco en ese dolor que causa la pérdida del ser amado, la necesidad de evocarlo entre recuerdos: con una letra que compagina perfecto con los toques que le brinda el piano, así como el saxofón cerrando la atmósfera de soledad que solo el duelo puede causarnos. Pasamos con *«El loco»*, pieza interpretada originalmente por el artista regional mexicano José Alfredo Jiménez; en una versión más lúgubre en la cual predominan los acordes del piano y guitarra que, en acompañamiento a la letra, muestras la parte más retorcida y pasional del amor, eso que poco a poco empieza a caer en la obsesión. Para muestra el fragmento siguiente: *«Dicen, que yo no te conozco, que yo debo estar loco, soñando en tu querer...Sabes que estoy enamorado, así, desesperado que ya no sé qué hacer...»*

Continuando con este desborde de locura, encontramos *«tu culto»* y *«el gusano»*; la primera continúa describiéndonos aquella relación simbiótica en cuanto a las relaciones interpersonales, en la cual se pierde por completo la individualidad del sujeto, dando pie a una existencia a partir del otro; esto se interpreta en la estrofa *«Embárcame en tus venas, hasta la irrealidad. Viérteme en tu lago, piérdeme en tu mar. Para traspasar, llegar donde te vas, y a tu culto penetrar. Para trascender a otra existencia en tu mirada, y a tu culto penetrar.»*; mencionando reiteradas veces la necesidad de pertenecer a ese culto en la cual la persona amada se convierte en un todo que dirige y designa el destino de quien lo adora. *«El gusano»* puesto como el ente central de la vida, metafóricamente puede referirse al órgano más importante del ser humano; el cerebro. Lugar en el cuál se procesan nuestros recuerdos, lo que los sentidos perciben del entorno y los sentimientos y emociones. Del mismo modo, causa de aquella nuestra locura.

Dejando de lado la locura, hallamos *«Tloque Nahuaque»* que se traduce del Nahuatl como “el señor de lo cercano y lo lejano”; dentro de la mitología mexicana, hace referencia a como el dios de la existencia



y la inexistencia, creador de la primera pareja de seres humanos y jefe supremo de las 5 edades del mundo o los 5 soles. Un dios de lo desconocido y lo misterioso. Una canción e la cual destaca la línea de bajo inicial, así como el ritmo de batería que brinda ese toque agresivo al disco; es como una canción de batalla moderna.

Finalizamos con «*confusión*» y «*el cuerpo*», la primera hablando del caos que existe dentro de la vida cotidiana, entre situaciones bélicas, las discordancias religiosas y las crisis económicas que pueden generar estragos en la mente y el cuerpo de las personas. La última canción del disco, retoma parte del ritmo de la introducción de este material, canción que, a manera de mensaje motivacional, incentiva a la constante protección de cuerpo y alma de nosotros para evitar que los estragos por algunos de los temas tratados, puedan perjudicarnos de tal manera que perdamos lo más preciado que podemos tener; la vida.

Un álbum conceptual ampliamente recomendado por la temática que maneja, o tan distante de la realidad. Si bien, lo expuesto en esta recomendación es fruto del análisis de un servidor, cada quien tiene la posibilidad de encontrarle, o no, sentido a este material.



Rod DobleM.

De un paraíso del pasado a un paraíso del barrio.

El “sampling” y el ¿peligro? de la nueva ley anti plagio en México.

No sé a ciencia cierta cuál fue la primer canción ‘oficial’ de rap que llegó a mis oídos. Pero de los primeros recuerdos que tengo sobre escuchar *rimas sobre un beat* es seguramente el clásico “*Sí Señor*” de Control Machete o el inconfundible “*¿Qué a muy machín, no?*” de Molotov. Sin embargo por más que lo intentaba, no lograba dar con cuál había sido mi primer acercamiento a la música rap en inglés.

Fue hasta hace poco que se activó una sinapsis en mi memoria al escuchar “*Pastime Paradise*”. La cual encontré después de ver el mini documental sobre Stevie Wonder que *Histeria de la música* (canal muy recomendado para clavados en esto, por cierto) realizó. Al llegar al análisis del disco “*In the Key of Life*” o “*En la tonalidad de la vida*” mencionan que de ese disco habían salido dos *samples* muy famosos. Uno fue para Will Smith y el otro para Coolio. Al buscar la canción mencionada el recuerdo fue tan claro como el agua. En algún punto de mi infancia, ese beat inconfundible con las cuerdas que aportan un ambiente fúnebre y la voz agresiva de Coolio me hicieron sentirme como en un verdadero “*Gangasta’s Paradise*” mucho antes de saber el peso y significado de esas palabra, o de siquiera entender en lo más mínimo qué decía la letra en general.

...

Ciudad de México, 26 de junio de 2020, Senado de la República.

“El Pleno del Senado aprobó con 66 votos a favor y 39 en contra [...] en lo particular la Ley Federal del Derecho de Autor, que forma parte de las leyes reglamentarias del T-MEC.” (Arellano, 2020).

Pareciera que una ley como ésta surge en el marco de un mundo globalizado e interconectado, para defender el trabajo de las y los nuevos artistas independientes. El cual ha crecido de manera exponencial debido a la viralidad que el internet y las redes sociales permiten.

¿Podríamos pensar hace 20 años que una adolescente de 18 años se llevaría 2 de los Grammys más importantes con una producción hecha en casa, o que una de las canciones más reproducidas en la historia de la música contemporánea vendría de la Península de Mornington, Australia? Pero en fin, ese es tema para otro artículo (guiño, guiño).

El punto es, que si bien las redes de información masiva permiten una exposición de artistas que no era posible previamente, también es una oportunidad para el resurgir de una vieja práctica ‘ilegal’ en la industria de la música que tuvo su ‘boom’ a finales de los 70 y



dio origen a lo que hoy conocemos como hip hop: el sampleo.

Un *sample* o muestreo, consiste en extraer un pequeño fragmento de determinada canción (mas de 8 compases o 10 segundos puede llegar a ser considerado plagio) y utilizarlo para una pieza completamente distinta. Esto puede ir desde el ritmo de batería de una canción funk, las trompetas de cierta canción de blues o hasta un fragmento de alguna canción jazz. Claro, el productor comúnmente modificaba el *pitch* (altura tonal) o el *tempo* para que no fuera tan detectable el plagio. Suena sencillo. Cortar, pegar y re grabar. Esperar a que nadie se de cuenta que estás ‘robando’ un fragmento de su obra musical para hacer hits y dinero, mucho mucho dinero.

Podríamos mencionar a Afrika Bambata, Grandmaster Flash o Dr. D.R.E. como los pioneros del *sampling* o en general, como quienes popularizaron su practica en el mundo del hip hop. Sin embargo, hasta ellos mismos como DJ’s tuvieron que ceder una parte de sus ganancias o llegar a acuerdos con los artistas, compositores y disqueras. Siendo estas últimas las que lograron ver en el *sampling* una práctica musical que no les estaba generando ingresos. Es como si cierta empresa dueña de un sin fin de personajes comprara estudios completos para explotar monetariamente a más personajes. Que bueno que esas cosas son tan del siglo pasado.

Acto seguido, vinieron las demandas para los DJ’s. Quienes, al saberse acorralados optaron por dos salidas: ceder partes de sus ganancias al momento de ocupar *samples* de artistas firmados por disqueras o comenzar a hacer sus propios sonidos. (de nuevo, habrá otro artículo para explorar cómo este hecho nos llevó a nuevos horizontes musicales de la talla del *slam* y el *acid jazz*)

¿Qué es lo que cambió en 40 años?

Como lo mencionaba anteriormente, la situación actual genera una atmosfera transgresora donde los artistas independientes ya no tienen que recurrir a una disquera para que su música sea escuchada por millones de personas. Vaya, ni siquiera hay que pagarle a una distribuidora para que tu música aparezca en plataformas de *streaming*. La situación es, que esa libertad de exposición genera una creencia vinculada a una libertad de uso indiferenciado de *samples* para tu canción. Y que por ser independiente y *underground*, no va a llegar a oídos del artista original.

Justamente esto le pasó a Charls Ans con la canción “Mis ojos no podían ver”, la cual contiene un *sample* completo de más de 30 segundos a la canción “No quise mirar” de Carla Morrison. Después de buscar por varios medios al rapero, Carla comenzó el proceso legal de su reclamo por propiedad intelectual. Y no es la primera vez que a la cantautora le *samplean* una pieza. Artistas como LNG SHT o J Balvin han hecho uso de su música, pero eso sí, siempre dando el crédito merecido a Carla, así como sus respectivas regalías. (Getty, 2020).



¿Está en peligro el *sampling* en México?

La respuesta corta es no. Podrán estar en peligro otras libertades como aumentar la memoria RAM de tu laptop, tomar una captura de pantalla y hasta hacer memes (Animal Político, 2020), pero nunca estará en peligro ser una estrella porno.

Ya hablando en serio. En un ámbito artístico es muy difícil hacerse paso, en cualquiera de sus facetas. Y si a la carencia de pago justo por tu trabajo le sumas un peligro constante de plagio cuando quieres dar a conocer tu trabajo en internet, generas que el arte se estanque y quede rezagado a que tú y tu grupo de amigos sean los únicos que escuchen, lean o vean tu contenido. Porque no sabes si otra persona en un espacio geográfico distinto puede plagiar tu creación y hacer mal uso de la misma.

Esta nueva ley incluye candados digitales y de propiedad intelectual que a criterio de su humilde escritor, fueron hechos con base en las exigencias de los países vecinos para pagarle más a las grandes empresas. A Apple le conviene que sea ilegal cambiar el disco duro por tu cuenta para ahorrarte casi 200 dólares o a EMI Music le conviene cobrar regalías por un video de perritos haciendo cosas en youtube que tiene 15 millones de reproducciones y música de fondo de sus artistas. Inclusive esta ley tiene el poder de que censuren tu contenido virtual (lo bajen de la red) si alguna persona reclama derechos de autor, además da las cantidades estúpidamente altas que tendrías que pagar si una corte te encuentra culpable, genera un punto de inflexión en la violación de libertad de expresión. (Infobae, 2020).

La cuestión es: honor a quien honor merece. El *sampling* no está como tal en peligro en México con esta ley. Que nos gustaría a los creadores de contenido tener una regulación bien pensada para fortalecer a las comunidades artísticas, sin duda alguna. Sin embargo, siempre y cuando seamos consientes como creadores que existen diferentes tipos de licencias para las expresiones artísticas que encontramos por la red. Y que debemos dar el crédito y solicitar los permisos necesarios para que la propiedad intelectual no se viole. Esta ley puede pasar a afectar en lo menos a la industria musical. Porque aunque lo pareciera, el *sampling* no es, en estricto sentido de la palabra, un plagio.

Entonces, ¿el *sampling* es bueno o malo?

Como productor y como músico independiente considero que se tiene razón en reclamar los derechos de tu obra, y en general en cualquier creación artística o de contenidos. Pues detrás hay horas y horas de arduo trabajo. ¿Acaso ustedes no se aseguraban que sus proyectos en equipo de la escuela llevarán su apellido aunque sólo hubieran puesto la cartulina? Y a pesar de todo esto, en redes sociales le llovió *hate* a Carla, al grado de tildarla de avariciosa y ‘mamona’. Claro, como si pedir el reconocimiento y pago de algo que es de tu propiedad fuera un crimen.



Y aunque pareciera un problema de *millenials*, estas demandas llevan años existiendo. Uno de los casos pasados más sonados es el de Queen y David Bowie vs Vanilla Ice por el *sampling* de “*Under Pressure*” para “*Ice Ice Baby*” que fue catalogado como plagio por incluir más de 8 compases (aprox. 10 seg.) de la canción original y no otorgar créditos a sus autores.

Incluso la canción que se mencionó al inicio “*Gangasta’s Paradise*” tuvo que otorgarle el 95% de las regalías a Stevie Wonder, además de regirse a la exigencia del mismo compositor que solicitó omitir cualquier grosería para que les pudiera otorgar el permiso. (Epstein, 2017).

Y es aquí donde entra en juego la magia y lo extraordinario de la música. Desde mi perspectiva, el *sampling* está a favor de las nuevas reglas ecológicas de las tres ‘R’. Reutilizar una canción para dar vuelo a tu imaginación y crear algo completamente distinto a partir de pequeños pedazos de canciones antiguas no es una práctica sencilla. Vienen a mi memoria *samples* muy populares que otorgaron esa carga emocional para hacer que las canciones quedaran impregnadas en nuestra memoria. El sampleo de “Todo se Derrumbó” para la icónica “El Arte del Engaño”, la ya tan explotada ‘*Repper’s Deligh’t* de *The Sugarhill Gang* o si nos vamos a extremos, el álbum ‘Bocanda’ de Gustavo Cerati está construido en su totalidad de *samples* que encontró en la colección de LP’s de su padre y haciendo uso del icónico AKAI MPC60 creó una joya de la música contemporánea. Aunque fue catalogado como el mayor de los plagios por los más puristas del rock. Cerati sólo dio muestra una vez más de su genio haciendo uso de una herramienta que para los 90’s era exclusiva del hip hop (y obviamente metiendo en los créditos a todas y todos los músicos y bandas involucradas en las creaciones originales).

“*Gangasta’s Paradise*” y “*Pastime Paradise*” son canciones completamente distintas a pesar de tener la misma base rítmica y melódica, el mismo coro y hasta el mismo pre coro. Una habla sobre los seres humanos y su encadenamiento a estar pensando siempre en el pasado o el futuro y no disfrutar el presente. La otra, es la realidad que se vivía en los barrios marginados de L.A. y que incluso fue tomada como *soundtrack* principal de la película “Mentes Peligrosas”. Curioso que la película sea más recordada por el videoclip del sencillo que por la película en sí. Y pareciera más curioso aún que mientras a la canción de Stevie se le tomó como una canción ‘mhe’ de un gran disco (siendo opacada ampliamente por sus hits funk “*Sir Duke*” y “*I Wish*”), “*Gangasta’s Paradise*” fue la primer canción de rap en pisar el puesto número 1 de la lista Billboard en 15 países además de los Estados Unidos.

Esto es sólo una pequeña instantánea de cómo el sampleo cambió la música para siempre. Es una técnica que llegó para quedarse, para revolucionar la industria. Y como dije anteriormente: para demostrar que la música es tan infinita que puede hacer una canción de otra canción.



Fuentes:

Arellano, S. (26 de junio de 2020) Senado aprueba reformas a Ley de Derechos de Autor para armonizarse con T-MEC. *Milenio*. Tomado de: <https://www.milenio.com/politica/t-mec-senado-aprueba-reformas-ley-derechos-autor> Consultado el 12 de julio de 2020.

Redacción Animal Político. (1 de julio de 2020) ¿Protección al derecho de autor o censura? Las reformas aprobadas. *Animal Político*. Tomado de: <https://www.animalpolitico.com/2020/07/derecho-autor-censura-reformas-proteccion-digital/> Consultado el 12 de julio de 2020.

Torres, E; Martínez, C. [Historia de la Música]. (2019, septiembre)STEVIE WONDER – HISTERIA DE LA MÚSICA [Archivo de video]. Tomado de: <https://www.youtube.com/watch?v=ITsiuoWjCuY> Consultado el 12 de julio de 2020.

Infobae. (1 de julio de 2020). Por qué las reformas a la Ley de Derecho de Autor podrían censurar tus contenidos en internet incluso sin pruebas. *Infobae*. Tomado de: <https://www.infobae.com/america/mexico/2020/07/01/por-que-las-reformas-a-la-ley-de-derecho-de-autor-podrian-censurar-tus-contenidos-en-internet-incluso-sin-pruebas/> Consultado el 12 de julio de 2020.

Getty. (1 de julio de 2020). Carla Morrison explota y demanda a Charles Ans por robar su música: es mi propiedad. *Telehit*. Tomado de: <https://www.telehit.com/musica/carla-morrison-demanda-a-charles-ans-por-robar-su-musica> Consultado el 12 de julio de 2020.

Epstein, D. (1 de agosto de 2017) Gangsta's Paradise de Coolio: La historia detrás del éxito de 1995. *RollingStone Colombia*. Tomado de: <https://www.rollingstone.com.co/musica/gangstas-paradise-de-coolio-la-historia-detras-del-exito-de-1995/> Consultado el 12 de julio de 2020.

Colaboraciones

Gracias a los autores que
participaron en este número:

Agradecimientos a:

Yoelin Gonzales Gonzales
Tomas pacheco estrada
Héctor Daniel flores machuca
Héctor Daniel Olvera campos
Rusvelt Nivia castellanos
Eduardo Barragán Ardissino
Fernando Raúl morro Cuellas
Ezequiel olasagasti
Richard sosa
Alma Delia Blancas Mirano
Enrique Abundio Llamas
Martin Esquivel Ochoa
Andrés camilo
Indira ríos
Sandra María Beatriz soler
Jorge Alberto rascón Guevara
Walter David castillo Cáceres
Guille Horacio Pegoraro
Ale montero
Marco Antonio toche Zevallos
Alberti David Cerqueda Benítez
Gabriel ladrón Guevara

José Antonio Samamé Saavedra
María del refugio Sandoval
Angélica Esmeralda García
Hugo Álvarez Picasso
Francisco Barata Bausach
Jar hollies
Giovani Ocaña Saucedo
Yauni loco
Mariano Diani
Jonathan Ordoñez Noirfalise
Emilio Palacio
Italo leo
José Rodolfo Espinoza
Carlos Gael Escobedo
Leonardo Martínez
Virginia maría amado
Marcelo Medone
Aleqs Garrigós
Rodrigo Marcelo Martínez
Jesús Quinto celestino
Alejandro Ramírez Ortiz.

El mensaje llegará la orilla
serán las manos del aventurado
Quien usará de bálsamo las
palabras para sanar la herida
que el otro no puede ver

Hasta la próxima